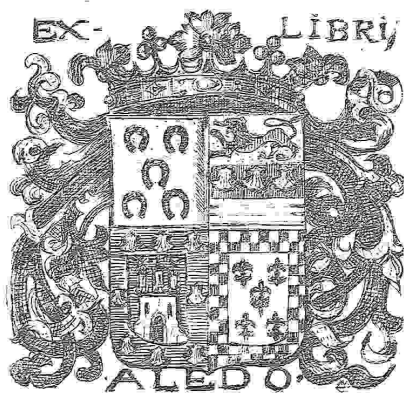








LIBRO DE MADRID

Y

ADVERTENCIA DE FORASTEROS



23
15237
LIBRO DE MADRID

Y

ADVERTENCIA DE FORASTEROS

POR

MANUEL OSSORIO Y BERNARD

Segunda edición considerablemente aumentada.

MADRID: 1892

IMPRENTA DE RICARDO ROJAS

23 — Isabel la Católica — 23

Teléfono núm. 3.071.



R. 95450

中國近代思想史綱要

陳天華著 謝家榮編

上海神州國光社發行

（上海南京路）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

（電話二二二二）

PROLOGO

— La necesidad, suprema razón de todos los actos de la vida, me impuso desde hace tres años la costumbre de escribir diariamente un artículo no político, fechado en Madrid, y en el cual se reflejase el asunto de mayor actualidad, bien fuera de costumbres, bien de crítica literaria, ya consignando los adelantos de la ciencia, ya los triunfos del arte. De esta suma de trabajos procuré más tarde entresacar los que fuesen de costumbres madrileñas, y si no vi que eran buenos, como Dios al terminar su obra, comprendí que eran curiosos y que acaso podrían leerse sin enojo, coleccionados, los que nacieron para diseminarse en

la prensa ultramarina y de las provincias peninsulares.

Tal es el origen del presente librejo, que puede conceptuarse dividido en dos partes, conteniendo la primera, por orden en cierto modo cronológico, costumbres madrileñas de caracter permanente, y la segunda otros temas libres, aunque relacionados también con la vida de Madrid. El lector benévolo que ha visto con agrado—según informes de los libreros—mis obras *República de las letras*, *Cuadros de género*, *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*, *Un país fabuloso*, y otros de índole análoga á la que hoy le ofrezco, no querrá indudablemente causarme un desencanto permitiendo que las páginas que siguen á este prólogo sean pasto de la voracidad ratonil, constante consumidora de infinitos productos del humano ingenio.

UNA SUPERSTICIÓN

Existe—y arraigadísima por cierto entre la gente de Madrid—la tradicional creencia de suponer que siempre que comienza un año nuevo, lo que la llegada de éste nos sorprende ejecutando sigue influyendo durante el curso del año entero.

Que nos da la primera hora del primer día de enero trabajando... Pues ya es corriente que todo el año ha de ser un trabajo no interrumpido.

Que estamos bailando cuando nace el año... Pues baile y jolgorio para todos los doce meses.

Para destruir esta supersticiosa creencia bastaría tener en cuenta que la inmensa mayoría de los habitantes del planeta está durmiendo al empezar el año, y no hace lo mismo, ni mucho menos, en los meses subsiguientes.

Pero ¡vaya V. á sacar de su error á las muchas personas que lo abrigan!

Anoche, ultima del año, al retirarse á su casa un vecino mío, ofuscado por los vapores alcohólicos, saludó á su costilla golpeándola largo tiempo con un bastón. Y lo que ella decía hoy:

—No siento yo la felpa de anoche, sino el precedente: las trescientas sesenta y cinco que he de recibir mientras dure el año.

Hay quien encarga en la última noche del año que sus deudores le manden alguna cantidad á la una de la madrugada.

—Aunque no pueda V. mandar el saldo, no importa. Mándeme V. algo, pues lo esencial es empezar el año cobrando dinero.

Los amantes, al hablarse en la noche de San Silvestre, prolongan su entrevista todo el tiempo que pueden, repitiéndose una y cien veces el sabido cuestionario:

—¿Me quieres?

—Con toda mi alma. ¿Y tú á mí?

—Con alma y vida. ¿Me olvidarás?

—Jamás te olvidaré.

—Júrame que me quieres.

—Júrame tú que no querrás á otra.

Y así sucesivamente hasta la una menos cuarto de la madrugada, después de lo cual se

retiran ambos á descansar, persuadidos de que su amorosa correspondencia no ha de verse turbada por lo menos durante doce meses.

Anoche han dado principio los bailes de máscaras en Madrid. Indudablemente el año va á ser carnavalesco, por lo menos para los que se han pasado la noche saliendo de la polka para entrar en la habanera, y dejando la habanera para consagrarse al vals.

Los madrileños que cenan fuerte la noche postrera del año se habrán preguntado al levantarse de la mesa en la madrugada: ¿Nos pasaremos el año comiendo? Después, si han padecido una mala digestión, habrán tenido que añadir: ¡Gran Dios! ¿Qué cuerpo resiste trescientos sesenta y cinco cólicos?

Un amigo mío, reputado autor dramático, llamó anoche á su criada y se puso á leer delante de ella una comedia, recomendándole que de vez en cuando aplaudiera. De esta suerte—debió decirse—aseguraré el éxito durante la temporada teatral. Por desgracia, la criada, que llevaba muchísimas horas de trabajo, fué aflojando progresivamente en sus aplausos y acabó por dormirse y roncar con estrépito.

—Mal síntoma—dijo entonces mi amigo;—los oyentes y espectadores no muestran el mayor interés por el drama. Y eso en el momento

culminante de la obra: en la escena en que trato de probar que la propiedad conyugal es un robo y que los derechos del amante son mucho más respetables que los del marido.

Preocupación ó capricho, superstición ó lo que sea, lo indudable es que la idea influye poderosamente en el ánimo, y que yo mismo, contagiado por el ejemplo, saludo todas las entradas de año consagrado al trabajo para que no me falten los productos del mismo durante sus doce meses.

ESPERANDO Á LOS REYES

Nota de un viajero, explorador del centro de España, fechada la víspera de Reyes de cualquiera de los años últimos:

”En esta noche los madrileños se reúnen en grupos de quince ó veinte; engañan, ó alquilan, á un individuo, á quien hacen cargar con una pesada escalera y le colocan al cuello un cencerro; se tiñen todos las caras con carbón; empuñan gruesas teas de alquitrán, y en esta forma, sonando almireces y latas de petróleo, cruzan corriendo la población de Norte á Sur y de Este á Oeste.

—¿Por dónde vienen los Reyes?—pregunta uno. Y hacen que el conductor de la escalera se suba á los últimos peldaños de la misma para que mire al horizonte. Pero antes de que tenga tiempo de observar nada, suena una voz que grita: ”¡Por la Puerta de Toledo!” Y los

que junto á Chamberí sostienen la escalera la dejan caer; el infeliz que subía mide el suelo, y, si no se ha roto ninguna costilla, vuelve á cargar con la escalera y á seguir á sus compañeros ébrios, que en cada una de las paradas dan un nuevo tiento á la bota de vino, elemento indispensable de esta fiesta. Algunos terminan la noche en la cárcel, otros en la casa de socorro, muchos duermen en el fango de las calles..."

El Conde de Xiquena en 1883, y los Gobernadores que en los años siguientes han ocupado el mismo elevado cargo, pusieron tales y tan prudentes limitaciones y cortapisas al *derecho* de alborotar, atropellar y emborracharse, que las antiguas comparsas han desaparecido, y si el viajero explorador volviese á Madrid en la noche del 5 de enero no encontraría motivo alguno para la nota más insignificante. Para que el mandato no caiga en desuso, todos los años se publica un bando haciendo constar que de ninguna manera se autorizan ruidos de latas que molesten al vecindario, y para que, de todas maneras, no pueda comparsa alguna salir á esperar á los Reyes sin antes haber abonado cinco pesetas con destino á los establecimientos de Beneficencia.

En la fiesta de Reyes, como en la Noche-Buena, existen dos fases: la del hogar y la del

arroyo; esta última tiende á desaparecer, como queda dicho, para gloria de la civilización; aquélla, como basada en las tiernas afecciones de la familia, subsiste y subsistirá.

Fijándome ahora en la segunda de dichas fiestas tan sólo: ¿saben Vds. si llegarán los Reyes?

Los niños les aguardan: saben perfectamente que todos los años, utilizando los momentos que ellos consagran al sueño, los Magos del Oriente pasan por su calle, y así como hace diecinueve siglos llevaron sus ricos dones al humilde portal de Belén, ahora también los irán dejando á los niños que se acuerdan de ellos y que les esperan. Pero, ¿acertarán los Reyes con los cuartos en que habitan niños? Es de creer que sí; pero, por si acaso, bueno será ponerles una seña en los balcones ó en las chimeneas, y ese algo lo es, mejor que nada, un par de zapatitos infantiles, en los que también pueden depositar sus dones si no son de gran tamaño.

En la madrugada del día de Reyes infinitos niños de ambos sexos encontrarán siempre, al levantarse de la cama y abrir los balcones, llenas sus botitas de juguetes, delo cual deducirán que los Magos llegaron... aunque hayan entrado de incógnito.

Tal vez pudiera facilitar la explicación de este hecho el encuentro que tuve yo en la noche del 5 de Enero último con mis buenos amigos los furibundos republicanos Melchor y Baltasar, saliendo del Bazar de la Unión envueltos en sus capas y con sendos bultos de juguetes de varias clases.

—¿Vosotros por aquí?

—¡Chist!—me dijo el primero de los mismos. —Esta noche somos Reyes Magos... pero, no nos vendas... ¡nos excomulgaría D. Manuel!

Dulcísimo y tierno influjo de las criaturas, que así logra dar al traste con las convicciones políticas y que hace conservar las más santas creencias aun á los hombres que hacen gala de prescindir de ellas!

SAN ANTÓN

Este Santo tiene el privilegio de compartir con San Isidro y San Sebastián la devoción del pueblo madrileño... y el consumo de panecillos.

El Santo ermitaño trae aparejada fiesta religiosa y romería en la calle, con lo cual se satisface lo mismo el fervor católico que el afán de las diversiones en el honrado pueblo madrileño. El frío excepcional de estos días del año parece llamado á privar de su animación á la romería del Santo; pero no hay frío, por grande que sea, capaz de eliminar una fiesta en el extenso catálogo de las mismas.

La romería de San Antón se verifica todos los años con el mismo aparato que los anteriores: durante toda la tarde los tranvías no atropellan á los transeuntes por la calle de Hortaleza; pero en cambio lo pueden hacer

muy á su sabor las caballerías, ricamente enjaezadas, que son llevadas á la ermita del Santo por sus dueños para recoger la paja bendita y hacer pública ostentación de su gallardía. De trecho en trecho, y para hacer más difícil el tránsito, los puestos de panecillos del Santo, cubiertos con las colchas de cama de sus dueños respectivos, sostienen los temerosos fragmentos de materias desconocidas, pintadas de vivísimo almazarrón.

Por las aceras y el centro de la calle, un oleaje incesante de personas que en aquel extraño lugar pasean, subiendo y bajando desde la Red de San Luis hasta el antiguo Saladero. El público acude, pues, á la fiesta; pero la lleva en sí mismo: de otra suerte aquélla no existiría. Risas, galanteos, quejas, frases soeces; la oración junto á la iglesia y la blasfemia dos pasos más allá; todo el vario y confuso rumor de millares de voces: he aquí lo que en la calle de Hortaleza puede recoger el observador, mientras que difícilmente se abre paso entre la muchedumbre, y sus pies van arrastrando cautelosamente para no perder el resto del cuerpo el equilibrio.

En cuanto á los elementos bucólicos de la fiesta, por extraña contradicción, las caballerías toman alimento bendito, llamado á prote-

gerlas en el resto del año, y las personas estudian prácticamente los adelantos de la toxicología, consumiendo los panecillos á que me he referido antes, diminutivo aleve contra el que debe protestar indignado el pan verdadero.

En la romería:

—Écheme V. un kilo de panecillos y cóbrese con este medio duro... Es bueno, aunque difícil de pasar.

—Franqueza por franqueza: tome V. su kilo de panecillos, que también son buenos, aunque difíciles de pasar.

En otro puesto:

—¡Qué caros van este año!... Yo no digo que no sean mejores; pero el año último eran más baratos.

—Mucho dudo que fueran más baratos; pero crea V. que peores no lo podían ser.

Monólogo.

—Esto es hecho. La vida no es más que una carga y voy á soltarla... Compraré una libra de panecillos del Santo y me sentaré á comerlos junto á un árbol, dejando á mi lado la carta dirigida al juez de guardia... Trabajo les

mando á los médicos que hagan después mi autopsia, como no sean muy conocedores de lo que son en Madrid los panecillos de San Antón.

Después de la romería:

—Hay que llamar al médico. Juanita se ha comido media docena de panecillos y está á la muerte. Se le ha debido formar una pared maestra en el vientre.

—Nada de médico entonces; á quien hay que llamar es á un maestro albañil.

.....

—Pero ¿por qué no te opusiste á que los comiera?

—Porque el deseo de comer panecillos del Santo era la última voluntad de Juanita, y la última voluntad es siempre respetable.

BAILES PÚBLICOS

Los bastoneros, adelantándose un mes al Carnaval, han vestido su capuchón y empuñado su vara de cintas; los directores de orquesta han cogido la batuta, y las parejas se han lanzado al centro del salón para recorrerlo vertiginosamente á los acordes de un vals ó de una polka. El tradicional y ridículo ¡te conozco! lanzado por una máscara á otra persona que no se disfraza, se repite continuamente, y los encargados de los ambigús estudian las matemáticas especiales que han de permitirles cobrar por una ración de jamón en dulce lo que puede costar en Fornos una comida de las que se encuentran hoy en moda para honrar— así se dice—á las eminencias de la ciencia ó del arte.

Apenas ha comenzado el mes de enero cuando entramos, sin advertirlo casi, en el pe-

riodo de Carnaval, y por las noches tenemos en las calles ensayos de las estudiantinas, que no necesitan arriba de treinta consecutivos para dominar un paso doble, con el cual pondrán á prueba en febrero la generosidad y la paciencia de los transeuntes.

Pero los bailes á que antes he aludido tropiezan hoy con grandes dificultades: consagrado el salón de Capellanes á comercio de música y derribado el Circo de Paul ó salones de la Bolsa, como últimamente se llamó el local, sólo queda á los bailarines el recurso de la Alhambra ó del Ramillete, del Circo de Price ó de la Zarzuela, á menos de aceptar con todas sus consecuencias los bailes de más alto vuelo de otros locales, ó sea los bailes en que no se baila. De aquí el retraimiento relativo de los aficionados á Terpsícore, de aquellos buenos aficionados que llenaban hace años el salón de Capellanes, haciendo rica á la empresa que tenía en arrendamiento el local, y de aquí también las facilidades con que otras empresas pretenden llamar público. Entre estas facilidades la industria ha encontrado una, que es muy característica: dar los bailes gratis. Antes se repartían los billetes en los establecimientos de peluquería y en los cafés; ahora hemos progresado y se reparten por las calles á los tran-

seúntes con la misma profusión con que suelen repartirse los prospectos.

—Pero si los billetes se dan gratis—preguntará el curioso lector,—¿dónde está la ganancia del empresario?

Nada más fácil de comprender: la ganancia está en el guardarropa; en él tiene que dejar todo el que éntre sus prendas de abrigo, y aun las que no le abriguen. Contribución indirecta en vez de precio de entrada, el resultado es el mismo para la empresa, y el mismo también para los concurrentes, con la desventaja de aparecer asistiendo á un baile cuyos billetes no han costado más que el trabajo de alargar la mano. Esto explica la desanimación de los bailes en la época actual y los esfuerzos hechos por las empresas para llamar público.

Ahora se dan bailes á beneficio de familias desgraciadas, para socorrer víctimas de todas clases, en honor de hombres ilustres y hasta para solemnizar días y cumpleaños de altas personas. El entusiasmo artístico, la caridad y otras pasiones se muestran hoy al compás de una habanera ó de un vals-polka.

A veces estas prematuras inauguraciones de los bailes de máscaras se señalan por el mutuo cambio de numerosos bofetones. Los

brazos, émulos de las piernas, no quieren estar ociosos y trabajan incansablemente.

En algún momento un ruido sonoro ahoga los motivos de la pieza bailable, obligando á los concurrentes á preguntar:

—¿Qué nuevo instrumento es ese?

Y el ruido lo produce alguna bofetada perdida entre la concurrencia.

Hay bailarines que se clavan en los pies unos cuerpos duros, y que reconocidos resultan ser dientes y muelas de algún concurrente.

En un grupo la contienda toma tales proporciones que el piso retumba, y algunas madres miedosas se levantan para ir á buscar sus mantones en el guardarropa.

—Eso debe ser que se habrán renovado los terremotos.

—En mis tiempos—dice una obesa mamá á una tía de la misma promoción—los bailes de máscaras eran muy diferentes. ¡Cuánta cortesanía en aquel salón de Capellanes! ¡Cuánta delicadeza en Paul y hasta en la Camelia! Así que no tenía nada de extraño que se viesan allí duquesas, y marquesas, y vizcondesas. Recuerdo que una noche bailé yo con un joven que resultó ser el mayordomo de una casa grande, y que después de convidarme á un café con tostada entera me preguntó si quería otro.

—¡Qué suerte!... ¿Y usted qué hizo?

—Por no desairarle lo tomé también. Por cierto que se me formó en el estómago una pasta que tuve que combatir durante un mes con algunas purguitas suaves.

—A Capellanes, sobre todo, iba mucho señorío.

—Ya lo creo, y no como aquí... Yo no pensaba haber venido, pero mi niña se empeñó porque quiere dar un bromazo á un dependiente de una tienda de ultramarinos que la hace el amor.

—Yo y mi sobrina hemos venido para ver el local nada más.

—¿Y dónde está la sobrina?

—Pues viendo el local probablemente; un amigo la cogió del brazo al entrar y se fueron juntos. Creo que ahora estarán viendo los palcos y todas las dependencias de la casa. Pero en cuanto vuelva nos marchamos.

—¡Ay, señora! ¡Que por allí se arremolina la gente!

—No se asuste usted: es que están cambiando unos estacazos.

—¡Oiga usted cómo gritan!

—Naturalmente... ¿Qué menos ha de hacer el que los reciba?

—Para entrar en estos bailes se debía exigir la cédula de vecindad.

—Y un certificado de buena conducta.

—Ó un fiador de casa abierta.

—Ó la cartilla de servicio doméstico.

—Ú otra cartilla cualquiera.

—Decididamente—suele decir un setenton—hay que renunciar á los bailes de máscaras. Iremos á los de este año porque no se diga; pero desde el año próximo, vida nueva.

Y al pasar á la salida por la calle de Capellanes añadirá suspirando:

—¡Qué tiempos los nuestros! ¡Lo que nos divertíamos!... En esos salones pasábamos alegremente toda la noche, y cuando no teníamos que ser llevados á la casa de socorro, nos sorprendía la madrugada en la prevención.

COMERCIO DE ALMANAQUES

Desde que se desestancó el comercio de almanques y dejaron de venderse los privilegiados con los anuncios del Observatorio de San Fernando, y á razón de nueve cuartos uno, el ramo ha ido creciendo de año en año hasta llegar al verdadero diluvio de calendarios de todas especies, formas y tamaños que ha caído sobre Madrid. A las observaciones oficiales sucedieron primeramente las de los astrónomos zaragozanos, más ó menos legítimos, y á las de éstos las de cualquier confeccionador que pronostica á su antojo calores, vientos ó fríos, en los meses de julio, marzo ó enero respectivamente. Y ¡cosa rara! las predicciones inventadas por los autores de los almanques modernos no han sido ni más acertadas ni más erróneas que las antiguas de los astrónomos: prueba

evidente de que hoy como ayer, y probablemente como mañana, nada hay tan seguro como

el mentir de las estrellas.

Sin trabas, pues, dentro del orden astronómico; sin necesidad de esperar á que la *Gaceta* publique en octubre los anuncios oficiales que se refieren á las cosas del cielo, los autores ó editores de almanaques fundaron su principal empeño en adelantarse unos á otros. ¿Publicábase en octubre un almanaque? Al año siguiente aparecían dos en septiembre; al otro salían tres en agosto, y al inmediato cinco ó seis en julio. De seguir este sistema, los que en 1.º de enero deseen comprar un almanaque del año que empieza, habrán de acudir á los puestos de libros viejos, cuando no de consultar algún archivo. En cambio podrá surtirse cómodamente de almanaques para los dos ó tres años siguientes.

Esta precipitación para formar almanaques tiene sus quiebras: recuerdo que en 1868 se me había encomendado la formación de un almanaque del 1869, para el cual puse á contribución, según es uso y costumbre, á todos los más notables y conocidos poetas y prosistas. La previa censura, que entonces existía, tuvo á bien

tachar en el libro unas cuantas composiciones, las bastantes para exigir la reimpresión de buen número de pliegos. Hízose así con gran disgusto del editor y pérdida de tiempo, no pudiendo terminarse la nueva tirada hasta los últimos días de septiembre. Los encuadernadores se encargaron de dilatar su terminación algo más, y cuando estuvo plegado, cosido y cubierto del todo, se vió que era inútil el almanaque, á menos de reimprimir sus primeros pliegos. En ellos constaban algunos datos referentes á la familia real, á los días de gala por festividad de alguno de sus individuos, etcétera, etc., y sabido es que el movimiento revolucionario de Cádiz había derrocado el trono de España.

El calendario se llamaba *El Pasatiempo*, por indicación expresa del editor, y nunca me cansaré de elogiar su previsión al decidirse por dicho título. Pasó mucho tiempo antes de conseguir que la imprenta nos diera hechos los pliegos; pasó mucho tiempo mientras se hicieron las reformas dispuestas por la fiscalía; pasó mucho tiempo mientras se enmendaron los pliegos del santoral, y, pensando piadosamente, pasó asimismo mucho tiempo antes de que se viera vendida la edición.

El Pasatiempo hizo honor á su título.

Por supuesto que la mayor parte de los almanaques modernos ó de libro carecen de las condiciones esenciales de esta índole de publicaciones: cuentos, anécdotas, epigramas y caricaturas abundan en ellos, como si la marcha de la vida, simbolizada en los almanaques, fuera cosa de burlas y materia de risa y chacota.

Consumidos en los meses de verano y otoño los calendarios para entonces publicados, les sustituyen los de carácter especial y que responden á las necesidades ó exigencias de determinada clase; más tarde dan los suyos los periódicos, y, por último, la oleografía sustituye á la tipografía, el arte á la industria, y salen á plaza los calendarios llamados americanos ó de pared, que tienen la ventaja de que el mortal se pueda fijar tan sólo en el momento presente: calendarios de veinticuatro horas, sin ayer como sin mañana, y cuyas hojas hay que ir quitando día por día con mano suicida. Calendarios á lo alto y apaisados, con taco cuadrado ó redondo, en forma de paleta ó de pirámide, con acompañamiento de cuadros estadísticos ó noticias curiosas; con figuras simbólicas, especialmente la del verano, que no otra cosa querrán denotar algunas bellezas de reducidísimo traje; con versos unos, otros con chara-

das, algunos con efemérides más ó menos próximas á la verdad de los sucesos históricos.

Muchos establecimientos industriales han adoptado estos años la costumbre de obsequiar á sus parroquianos con calendarios al cromó, y este arranque de generosidad ha influido en el mercado, abaratando los precios de los que había puesto á la venta el espíritu mercantil de otros especuladores. Los almanaques americanos se pregonan ya por las calles y son presentados al público en enormes cestos; los de libro, que costaron una peseta, se dan por un perro grande; dentro de poco se regalará uno de pared con oro y colores á todo el que compre una caja de cerillas de cinco céntimos.

Durante la primera parte del mes de enero el comercio de almanaques es el único que priva, sobre todo por las calles; los vendedores ambulantes nos hostigan con ellos ofreciéndolos á cualquier precio, y no hay inquilino de Madrid que no posea un verdadero museo de cromos. Poco después termina esta especialidad, y sobre las ruinas del comercio de almanaques se alza la del juego del ratón y el gato, el lápiz químico ó la culebra de movimiento.

Un apreciable ciudadano entra en una librería y pide un almanaque; lo abre por determinado sitio y lo devuelve en seguida pidiendo otro. Esta operación la repite ocho ó diez veces, y cada una con mayor ceño y evidentes señales de mal humor, y hasta diciendo entre dientes: ¡Reaccionarios!

—¿Puedo saber—pregunta al fin tímidamente el librero,—por qué no le conviene ninguno de los almanaques?

—Porque todos tienen el *día de Reyes*.

CARNIVAL

EL BANDO PREVIO — LAS FIESTAS — MIÉRCOLES
DE CENIZA — DESPUÉS DEL CARNAVAL

I

Para muchos madrileños la proximidad del Carnaval pasaría completamente inadvertida si no fuera por el bando de buen gobierno que hace fijar la Alcaldía dictando reglas para el mejor orden en el mismo. Y casi todas estas reglas se encierran en una, así como los diez mandamientos se encierran en dos.

¿Que quiere uno sentarse en un paseo?... Paga media peseta, y en paz.

¿Que quiere dar una vuelta á caballo?... Satisface veinticinco pesetas de impuesto, y ya no le piden más.

¿Que quiere formar una comparsa?... Da treinta pesetas al Ayuntamiento.

¿Que gasta coche y no quiere formar en la interminable fila de los de alquiler? Pues con abonar quinientas pesetas se queda tan tranquilo.

En una palabra: el bando es, con leves diferencias, igual todos los años, y más que á establecer un buen orden parece encaminado á dejar sin un cuarto á todos los aficionados á la fiesta carnavalesca.

Todavía, sin embargo, pudieran haberse añadido muchos artículos interesantes y encaminados al mismo fin.

Todos los muchachos que vistan el clásico traje de diablo de dos colores, podría decir, por ejemplo, pagarán una peseta, y otra más por cada metro de rabo con que lo adornen.

Los hombres que se disfracen de mujeres pagarán cinco pesetas por esta ostentación de afeminamiento, depresiva para su sexo.

Los que repitan mucho la frase de ¡no me conoces! deberán pagar, no un impuesto, sino una multa, y habrán de ir sin careta, en la seguridad de que nadie les conocerá tampoco.

Todos los que salgan de estudiantina necesitarán previamente acreditar que son estudiantes, y pagar siquiera una matrícula de segunda enseñanza. Queda prohibido terminantemente que los tullidos, mancos, paralíti-

cos y descabezados formen comparsas y se visitan de mamarrachos para implorar la caridad pública. También se prohíbe, en nombre del respeto que merece el arte, que los músicos de la murga se paseen por las calles vestidos de percalina de colores y tocando sus serpentones; harto se hace con tolerarles siempre que una boda, ó un bautizo, ó un día de santo les coloca á las puertas de nuestras casas.

Los enmascarados que den una broma pesada deberán satisfacer una multa de cinco pesetas, después de sufrir quince días de prisión celular.

Los que pongan mazas, rocíen de agua, ensucien á los transeuntes ó hagan cualquier otra salvajada análoga, serán encerrados en las letrinas de los establecimientos penitenciarios.

Estas y otras muchas reglas podrían haberse adicionado al bando del Alcalde para contribuir á que fuesen desapareciendo esas escenas, heredadas del paganismo é impropias de la época presente, que se desarrollan en los días de Carnaval.

Verdad es que tal vez las prohibiciones despierten el apetito, y que las medidas adoptadas por el Alcalde y las ideadas por mí sólo contribuyan á galvanizar el cadáver del Carnaval.

II

¿Ustedes han visto las fiestas carnavalescas en Villapequeña, Valhumilde, Puebla de Pobres ó Aldehuela?

Pues hagan cuenta de que conocen perfectamente lo que es el Carnaval madrileño, al menos en sus manifestaciones callejeras.

III

El miércoles de Ceniza señala las fronteras del Carnaval y de la Cuaresma. Por la madrugada salen de los bailes *pierrots* y capuchones, *mascotas* y valencianas; poco después, y con las fatigas todavía del insomnio, muchos devotos de ambos sexos acuden á los templos para recibir la ceniza de la penitencia; por la tarde se ven nuevamente en el Canal y en la Castellana máscaras y disfraces; la noche se consagra al descanso, y el jueves y los siguientes días á la oración y al ayuno.

El pez decapitado y seco se ostenta en todos los escaparates de los comercios; la prosaica lenteja y su compañera la judía rebosan en sus sacos, y en las pescaderías se nota inusitado movimiento para atraer al consumidor.

Las caretas y los dominós se han escondido por el pronto, sin renunciar á un nuevo, aunque efímero reinado, durante la noche del domingo de Piñata, y la religión y la moda se aprestan á un temporal consorcio que terminará con la llegada de la Pascua, después de la lenta caminata cuaresmal.

El miércoles de Ceniza tuvo antiguamente en Madrid una resonancia que ha ido desapareciendo: nuestro ilustre maestro Mesonero Romanos le consagró páginas de fina y discreta crítica, y es muy posible, es casi seguro, que hoy no pasen de tres ó cuatro las comparsas que realicen el entierro de la sardina; en cambio hay muchas otras que acuden de merienda al campo, aquí donde hay gentes que se entusiasman con los recuerdos y se emborriachan por tradición.

IV

El miércoles de Ceniza ha venido á cerrar, como queda dicho, el paréntesis de fiestas y jolgorio que todavía constituye para la gente joven el Carnaval. Las severas ceremonias de la religión por la mañana, las alegóricas despedidas de la tarde demuestran que ya hemos penetrado en tiempo santo.

Los capuchones han vuelto á su percha; los antifaces han ocupado nuevamente el fondo del cofre; las galas prestadas han sido devueltas á sus legítimos dueños; el mundo de arlequines y chulas se ha eclipsado como por ensalmo, y sobre la frente de las bellas, en que acaso el amor pasajero depositó sus besos en las vertiginosas vueltas del vals, la Iglesia ha impuesto la ceniza con el fatídico *Memento*, que restablece la normalidad de la vida y pone punto final á las extravagancias y locuras carnavalescas.

Estamos en la Cuaresma, con su obligado acompañamiento de sermones y ayunos, de meditaciones y vigiliass; época muy oportuna para el arrepentimiento y los propósitos de la enmienda, si uno y otros fueran compatibles con la condición humana, tan dispuesta á incurrir en el error como á perseverar en él.

Tan cierto es esto, que no falta quien utilice este período para recordar con deleite los pasados goces y desear que transcurra pronto un año para que llegue otro Carnaval. Que también la humanidad tiene, entre sus debilidades, la de ir empujando por detrás el carro del tiempo, con instinto suicida y constancia digna de mejor empleo.

Billetes perfumados, flores mustias, trajes

ajados, adornos y galas que tuvieron brillo y vida un solo día, pero de los cuales se desprenden recuerdos mucho más duraderos, ya tristes, ya alegres, reposad donde vuestros dueños os colocaron, y sed, á lo sumo, testigos de inocentes goces, pero no de hondos remordimientos; recordadles pasadas alegrías y no presentes dolores, y si por acaso fuisteis cómplices de debilidades, ocultaos para no atormentarles, ya que no tendrán la fortaleza necesaria para remediarlas!

—¡Lo que nos hemos divertido!—dicen unas modistas:—domingo, lunes y martes, de baile; hoy miércoles al Canal...

—Menos la pobre María, que tuvo el lunes un vómito de sangre y está si se muere ó no.

—Tampoco vino Elisa más que el domingo.

—Como que cenó tres veces en el teatro de la Zarzuela, y es un milagro que lo haya podido contar.

—Y en cambio yo no encontré quien me convidase más que á un azucarillo.

—Yo salí cada noche por un café con tostada.

—¡Para tostada... la que me dieron á mí!

—Mucho nos divertimos—dicen otros personajes del sexo opuesto.—¿Os acordais de lo que gritaba el perro á quien rociamos con petróleo y le prendimos fuego?

—¡Ya lo creo! ¿Y de las caídas que daban todos los que pisaban la plancha de hierro que habíamos untado con jabón? ¡Anda, que aquel señorito de la chistera que se rompió el brazo, ya tiene para mes y medio de cama!

—¿Pues y aquél mascarón vestido de diablo á quien reventamos á palos en la callejuela?... ¡Já! ¡Já! ¡Já!

—Mucho, mucho nos hemos divertido!

* * *

—¿Quién sería aquel enmascarado que se acercó á mi mujer?... Él conocía perfectamente á toda la familia, me conocía á mí, y habló de aquel endiablado primo de mi mujer que sentó plaza cuando ella se casó conmigo... y mi mujer se ponía cada instante más encendida, y se agarró á mi brazo para que nos ausentásemos pronto del paseo... Y él se quedó riendo, con aquella careta estúpida, y recomendándome que estudiase las *Bienaventuranzas*... ¿Qué querría decir?... Pero mi mujer es inocente: hasta en sus sueños la he oído repetir muchas veces: ¡Déjame! ¡Déjame!... Pero, ¿y si cuando esté

despierta no dice lo mismo que cuando está dormida?... ¡Oh, si yo fuese Diputado habría de formular un proyecto de ley suprimiendo el Carnaval... y aboliendo los primos de todas las mujeres casaderas!

Fiestas y saraos no suelen faltar en Carnaval entre las clases aristocráticas, con disgusto grave de los adversarios del lujo y satisfacción de cuantos vemos, detrás de cada una de esas fiestas, la suma de esfuerzos, de actividad y de trabajo que representa el lujo de las señoras mujeres.

Si las clases aristocráticas arrojan los restos de su opulencia pasada, las clases industriales labran con ellos la base de su porvenir, y ambas operaciones complementarias son perfectamente lícitas. La vanidad y el orgullo realizan en ocasiones sacrificios que la modestia y la actividad utilizan, y todos están en su derecho. No censuremos, pues, el lujo, ya que una satisfacción de breves horas para los menos significa para los más el alimento, el ahorro, acaso la prosperidad y la duradera alegría.

Esa falda de seda ha dado de comer á una modista durante un mes; esos adornos de brillantes han dado ocupación á una familia de

plateros ocho días; esos encajes han logrado la venta que durante años han estado esperando; el brioso tronco de caballos sostiene á las familias del cochero y del lacayo; esa ostentosa vivienda deja un crecidísimo alquiler al dueño de la finca, y la antigua nobleza se complace en llenar sus casas con los que representan las nuevas aristocracias, esos individuos que nacieron en humildes cunas y se abrieron ancho campo y brillante porvenir en todas las carreras del Estado por su constancia ó su inspiración.

—¿No va el muchacho al Ejército?—preguntaba ayer á mi peluquero.

—No, señor—me respondió:—he podido pagar los 6.000 rs. para que quede de recluta disponible. Mi trabajo me ha costado; pero, en fin, todo ha sido hacer tres pelucas de *Me-fistófeles*, una de Murillo y catorce de capricho, y peinar á siete señoras á lo griego, dos de *merveilleuses*, y á otra de "sol naciente en un día nublado..."

—Hombre, eso es caprichoso.

—Lo más caprichoso que he hecho ha sido la peluca de *hampón* de la Corte de los Milagros, y de truhan del siglo xiv.

—¿Y en qué libros ha estudiado V...?

—No me haga V. traición y se lo diré. ¡En el libro de la ignorancia ajena!

SAN JOSÉ

Un movimiento extraordinario, una alegría sin causa aparente, las murgas llevando á domicilio sus moros y desconciertos, las confiterías ostentando en sus escaparates ramilletes que parecen edificios, á cuenta sin duda de los muchos edificios que parecen ramilletes... Tal es el espectáculo que ofrece Madrid en este día.

La modestia del humilde carpintero de Judea no ha trascendido, por lo visto, á los que llevan su nombre, por lo que San José es una de las fiestas de campanillas de esta capital. Aunque el almanaque no la indicase, sus preparativos la anunciarían. Desde la noche anterior no hay casa en que no hayan hecho las murgas alguna de las suyas; los carteros corren cargados de sobres de tarjetas, y los mozos de cuerda y dependientes de comercio no hacen más oficio que conducir platos de dulces, desde

la tarta modestísima de bizcocho, hasta la fuente arquitectónico-monumental.

En algunas de éstas, para que la propiedad del nombre sea mayor, no hay quien pueda meter el diente: son de verdadera consistencia granítica. Algo de esto ocurre también á algunos bizcochos, preparados con ocho días de anticipación y que ofrecen todos los caracteres de verdaderas rebanaditas de pino... en recuerdo también, sin duda, del Santo carpintero de Judea.

San José nos anuncia el buen tiempo; San José nos trae la Primavera, que es la renovación de la vida y el alimento de la esperanza; San José nos recuerda la igualdad democrática ante la voluntad divina; San José nos sirve de eficaz intercesor para con su divino Hijo, mártir y salvador del hombre, y para con la Virgen madre, predilecta devoción del pueblo español.

No hay familia en que no se celebre este Santo: si en ella no hay algún respetable Don José, hay de fijo alguna Pepa de veinte años, ó por lo menos algun travieso Pepito de diez ó doce.

—San José da para todos—decía un confitero contestando á mi extrañeza al ver los prepara-

tivos hechos para aquella fiesta en todos los comercios.

Y como si fueran ecos de aquella voz, los médicos corren afanosos de uno á otro extremo de la capital en el día del Santo; los boticarios trabajan á las altas horas de la noche, y en todas las tiendas más ó menos funerarias se escucha el martilleo de los que preparan á los madrileños lo último que necesitan; y todos dicen, ó piensan al menos:

—¡San José da para todos!

La verdad es, como dejo dicho, que los Pepes y Pepas abundan en Madrid como ningún otro nombre. Una vez quiso comprobarlo un bromista, y cuando pasaban por la calle del Barquillo, y no lejos de él, unas doce personas, exclamó forzando la voz:

—¡Pepe!

Y nueve ó diez personas volvieron la cabeza.

Calcúlese cuál sería el compromiso de un mozo de cuerda que, llevando un soberbio ramillete, perdió la tarjeta en que iban las señas del destinatario, y sólo recordaba que era para un *D. José*.

—¡Descuidado!—decía un mozalbete á otro

mozo que conducía un plato de dulces,—¿no ves que te está cayendo tierra de ese tejado?

El mozo levantó la vista como queriendo cerciorarse de la exactitud del peligro, y al bajarla de nuevo vió correr al que le había dirigido la advertencia, y pudo observar que le había aligerado algo su plato.

A otro criado que conducía trabajosamente un enorme ramillete, en que todos los órdenes de la arquitectura parecían haber intervenido, se le acercó un goloso preguntándole:

—¿Cómo te compondrías, llevando ocupadas las dos manos, si un atrevido te quitase uno de estos dulces?

Y uniendo la acción á la pregunta, cogió una pera acaramelada y echó á correr, sin ser perseguido.

El criado, que sin duda era filósofo, comprendió que más valía perder una parte que exponer el todo, y renunció á la persecución.

Acaso también recordaría la frase de ¡San José da para todos! que dejó consignada en el párrafo anterior.

Con motivo de la fiesta del Santo circulan en este día en Madrid innumerables tarjetas. Ignoro á estas fechas la estadística de este año;

pero la del anterior arroja un producto para Correos de 5.672 pesetas, ó sea 56.720 tarjetas.

Calculando que dichas tarjetas sólo costasen á dos pesetas el ciento, tendremos un gasto de 1.134 pesetas, y asignando otra peseta á cada ciento de sobres podremos añadir 567 más, ó, lo que es lo mismo, un total de 7.373 pesetas.

Con igual suma hubieran podido entregarse 7.373 bonos para otros tantos pobres, encenderse lumbre en muchas casas y cubrir muchas y muy apremiantes necesidades.

La arraigada costumbre del tarjeteo, que á nada conduce, pudiera, y acaso debería proscribirse de nuestras costumbres, y á ello contribuirá mucho el conocimiento por todos del poco aprecio que se hace generalmente del pedacillo de cartulina. En muchas casas *el negociado* de las tarjetas es de la exclusiva competencia de un mayordomo: éste las recibe, y, sin dar cuenta á su señor, corresponde con otra tarjeta en la entrada de año, ó las rasga desde luego y las arroja al cesto de los papeles inútiles.

Nuestros abuelos lo entendían mejor cuando en los primeros días del año obsequiaban á sus amigos con un pedazo de papel deplorablemente impreso, y en el cual, encerradas en una orla

de dudoso buen gusto, se leían las siguientes ó parecidas frases:

"Buena entrada de año. Salud si conviene. Riqueza si es necesaria. Si pierde á una persona querida, salud para encomendarla á Dios. Si le nace un hijo, que le vea criado y hecho un hombre. Enhorabuena si logra buen empleo ó le toca la lotería. Pésame si algo malo le acontece."

Y con aquella tarjeta en papel de hilo, cuyo coste variaba entre cuatro y seis maravedises, se juzgaban cumplidos por todo un año.

Yo comprendo los regalos, especialmente cuando los recibo; pero no acierto á explicarme ese afán por aumentar los ingresos de la renta de Correos.

LA PRIMAVERA

La Primavera hace su presentación oficial y solemne con la exactitud matemática que en ella es costumbre; pero en Madrid suele acompañarla una nevada bastante regular y seguirla unos fríos más que regulares. A los madrileños nos sorprende la Primavera, por punto general, con triple manta en la cama, doble gabán sobre el cuerpo, bufanda al cuello y guantes y calcetines de lana en manos y pies.

Como todas las noticias de impresión, la de la llegada de la Primavera nos suele dejar fríos, no siendo raro escuchar por esos mundos:

—¿Con que la Primavera ha entrado?... Vaya, pues entonces hay que echar unos buenos troncos á la chimenea.

—¡Atchis!

—Jesús... Ya te has constipado.

—Naturalmente, desde que sé que estamos en Primavera tirito de frío.

Y los prudentes padres de familia á quienes haya cogido la noticia desprevenidos no podrán menos de exclamar, cual otros generales en jefe, en el estrecho círculo del hogar doméstico: ¡Que no se abran los balcones! ¡Que se componga un cristal que hay roto! ¡Póngase burlete en todas las junturas de las puertas! ¡Enciéndase el brasero grande! ¡Sacar las mantas! ¡Componer los manguitos!...

—¿Y tú sales á la calle?

—El deber lo ordena, esposa mía. ¡Que me traigan el gabán de pieles, no sea que la Primavera me cueste la mía!

Ya no es la Primavera aquella estación poetizada por el paganismo que la representaba en la figura de una joven en paños menores, coronada de flores y colocada debajo de un arbusto que retoña, ó bajo la figura de la diosa Flora; ya no es la que se honraba antiguamente con el citado nombre ó el de Vertumno, y que se hallaba dedicada á Venus, la madre del Amor.

No: la Primavera actual, al menos cuando entra de incógnito, como sucede en Madrid, ne-

cesita representarse vestida con un gabán ruso, llevando colgado del cuello un braserillo lleno de lumbre, y mostrando en su mano derecha un termómetro marcando cero en su columna. La figura habría de tener de fondo un país nevado, en cuyos primeros términos se vieran ríos desbordados, y en los últimos algunos robustos árboles tronchados por el vendabal.

Esa es la Primavera moderna y la única que hoy conocemos los desdichados que cruzamos tiritando las calles de Madrid con las manos llenas de sabañones y aligerando el paso, tanto para que pueda circular la sangre, como para llegar más pronto allí donde nos espera la antigua y alegre chimenea ó la estufa moderna, que nos asfixia con su humo y nos molesta con su mal olor.

—¿A dónde vas esta noche?—le pregunto á un amigo.

—Al teatro Español.

—Pues ¿no conoces ya el drama de Eche-
garay?

—Me lo sé de memoria.

—No comprendo entonces...

—Nada, sin embargo, más natural. En ese drama, y durante los dos últimos actos, hay encendida una chimenea de verdad, y esto temple y anima.

—Tienes razón: me había olvidado de que estamos en Primavera.

—Y tú, ¿dónde te diriges?

—A la plaza de Santa Cruz, donde suele colocarse un gimnasta que se traga estopas encendidas.

Quedamos en que de hoy en adelante no hay que hacer caso de los señores poetas, aunque canten á la Primavera con la elegancia y la inspiración del difunto Selgas. Son unos embusteros. Si fuéramos á creerles empezáramos por aligerarnos de ropa y correríamos gravísimo riesgo de ser uno de los infinitos casos de pulmonía que registra en la última semana de marzo el estado sanitario de *El Siglo Médico*.

Con la llegada de la Primavera se adelanta el período en que brotan las primeras lilas.

—¡Mamá! ¡Mamá! Hoy he visto ya lilas en el Retiro.

—¡Y yo!

—Yo también las he visto hijas mías... Por señas que nos han venido siguiendo hasta casa.

SEMANA SANTA

—Ya se acerca la Semana Santa.

—Es verdad; y nos sorprende completamente desprevenidas.

—Será necesario encargarnos unos vestidos de seda.

—Y mantillas: las que tenemos están ya para tirarlas.

—Y calzado, porque en Semana Santa suele llover y en la carrera se lucen mucho los bajos.

—A papá hay que recordarle que no pague al casero este mes, pues en seguida empezarán á llover los avisos de las señoras encargadas del petitorio.

—La verdad es que los días de Semana Santa son de pasión para todos.

—Y menos malo que en ellos se igualan todas las condiciones, y nadie advierte si una tiene ó no tiene coche.

—¿Y lloverá? Que no llueva, que eso sería terrible.

—Nos privaría de estrenar los trajes.

—Y de que nos acompañe Arturo.

—No; pues en cuanto Juan me vea con mantilla, se declara.

Tales son, tomados del natural y sin las exageraciones del naturalismo dominante, aunque sí con la verdad que reclama el arte, los diálogos que se escuchan en las casas durante los días que preceden á los de Semana Santa.

Desde la víspera de la misma apenas se ve más que palmas por Madrid.

¿Quién será el justo al que se trata de sacrificar?—se pregunta uno involuntariamente.

Porque semejantes preparativos de triunfo suelen degenerar en otros tantos de martirio: en este punto hemos adelantado muy poco desde los tiempos de la Jerusalén deicida hasta la fecha.

Lo que consuela en cierto modo es que la cruz no debe destinarse á ningún español. ¡Hay ya tan pocos que no la tengan, gracias á la prodigalidad de los Gobiernos! Si fuéramos á preguntar uno por uno á los transeuntes si tienen

alguna cruz, es seguro que nos irían contestando:

—Yo la de Santiago.

—Yo el hábito de San Juan.

—Yo la cruz sencilla de Carlos III.

—Yo la encomienda de Isabel la Católica.

Sin que faltase alguno que contestase á nuestra pregunta, respondiendo á la vez á su preocupación constante:

—Yo la gran cruz del Matrimonio.

Cierto que las palmas benditas en los Oficios de las iglesias sirven también para mundanos fines, y que muchas de dichas palmas, colgadas en los balcones de algunas casas, son un ataque á la verdad y una burla al simbolismo.

Si las palmas tuvieran la virtud de secarse cuando se ven obligadas á mentir, no podríamos pasar por las calles sin ir pisando hojas secas y varas convertidas en cenizas.

Afortunadamente, y para purificar el ambiente, el silvestre romero acude en estos días á la Corte, recordándonos que lejos de la misma, allí donde las florecillas esmaltan los campos y no hay más alfombras que la del musgo, las cristianas virtudes hallan albergue en inocentes pechos. En este diluvio de las modernas

costumbres, la paloma que saliera del arca no se posaría en las grandes poblaciones, sino que buscaría punto de más seguro descanso en los campos.

* * *

Estamos en plena Semana Santa, que empieza por traernos vacaciones parlamentarias. En una época destinada á conmemorar las doctrinas dulcísimas del Redentor, la fraternidad humana, la humildad y el perdón de las injurias, los Cuerpos Colegisladores, tal como se practica su misión en España, con sus luchas candentes y sus espectáculos dolorosos, son un contrasentido.

En ellos, la fraternidad se manifiesta con los ataques más violentos, de grupo á grupo y de partido á partido.

En ellos la humildad es tanta, que no hay medianía que no se juzgue llamada á regenerar el mundo y á salvar por lo menos á la patria, si bien con su cuenta y razón.

En ellos las injurias, en vez de borrarse por el arrepentimiento y por el perdón, se mandan escribir para perpetuarlas mejor, cuando corran el mundo multiplicadas por la imprenta. Hacen bien en suspender sus tareas los padres de la patria antes de que lleguen la hora de

tinieblas y los días de la pasión. ¿Para qué más tinieblas que las que nos envuelven, gracias á su paternal cuidado? ¿Ni para qué más pasión que la del inocente pueblo, que nunca se cansa de encumbrar á las nulidades endiosadas de nuestra politiquilla?

Por lo demás, así como el baturro del cuento hacía gala de no conmoverse en un sermón de Semana Santa porque *estaba en el secreto* de que Jesucristo había de resucitar al tercero día, así también nosotros despedimos á los prohombres de la política, que en estos días se marchan de caza, según tiene buen cuidado de advertir la prensa noticiera, porque sabemos, por amarga experiencia, que ellos han de volver.

Y vaya si volverán... Volverán como vuelven las oscuras golondrinas, y eso que éstas sólo esperan encontrar un humilde rincón bajo el alero de un tejado ó en los huecos de una construcción abandonada.

Nuestras eminencias políticas, más ó menos legítimas, no se contentan con tan poco.

* * *

Pero la Iglesia, con sus Oficios de tinieblas, ha advertido al cristiano que la conmemoración de la muerte del Redentor ha llegado. La cam-

pana guarda silencio, y sus metálicos sonos no nos despiertan al nuevo día ni señalan la hora de las oraciones. Los carruajes han dejado de circular, y Madrid, sin ellos, ha cobrado el aspecto de un pueblo muerto.

La muchedumbre, no obstante, circula alegremente de una parte á otra.

Hay que acudir á las apreturas de la capilla de Palacio.

Hay que presenciar la salida de los pobres de ambos sexos que han sido agraciados en la solemne ceremonia del lavatorio y la comida.

Hay que ver á la corte saliendo á recorrer las estaciones, si algún chaparrón de agua, nieve y granizo no convierte en caudaloso al sediento Manzanares.

Hay que ver la procesión de los Pasos, si el tiempo lo permite.

Hay que acudir al templo antes del toque de Gloria.

Y los madrileños, que saben todo esto, se sitúan en las calles más céntricas para ver pasar á las lujosamente ataviadas madrileñas, y las calles de más tránsito se convierten en punto de reunión y de paseo, donde se cambian miradas y suspiros, frases galantes y osadías de mala educación.

Las personas más relacionadas corren entre

tanto de un lado á otro para dejar cinco duros á las dos en la iglesia de San Luis; otros cinco á las tres en las Maravillas; dos á las cuatro en las Calatravas, y uno después en cada una de las iglesias de San Andrés, San Ildefonso, San Pedro y la Buena Dicha. ¿Cómo faltar á las invitaciones de la graciosa Marquesa de A, la alegre Condesa de B, la *espiritual* Duquesa de C y la inteligente Vizcondesa de D, que tanto pueden favorecer á cualquiera en su carrera política?... Por otra parte, la señora de E no debe ser olvidada, porque su esposo es jefe de una importante agrupación política, la de F porque hoy tiene grandísimo favor en las esferas oficiales, y la de G porque, indirectamente, está llamada en un porvenir no muy remoto á ser una potencia de primer orden.

Y los madrileños entran en el templo, y, sin mirar siquiera el monumento, entregan su cuota en la mesa petitoria y se alejan para realizar idéntica operación en otra y en otras iglesias. Entre tanto, el resto del público se oprime, se codea, disputa y escandaliza en la casa de Dios, y la voz del sacerdote apenas llega desde el púlpito á los ángulos del templo por el ruido causado por la concurrencia que se renueva, convirtiendo en pasadizo la casa de Dios.

En las puertas del mismo espera á las be-

llas pecadoras el mundo, bajo la forma de algunos pollos escuálidos, precisamente empaquetados en unos pantalones cortos y unas levitas, que no hubieran logrado antes ni los honores de chupa, con escasa patilla, unida al bigote por exigencias de la moda, y largos cigarros, que, con sus personas, completan la figura de un siete, como si se tratase de justificar el dictado de sietemesinos.

Y nuevamente se miran Evas y Adanes, y nuevamente se dirigen signos de inteligencia, como si la comedia humana no consistiese en tener siquiera un entreacto, para consagrarlo á la tragedia divina que en estos momentos se conmemora por la Iglesia.

Tal es la Semana Santa, en Madrid, conforme la han ido reformando las costumbres públicas.

Cuando tenga un rato que poder consagrar á la meditación, he de proponerme este problema: «¿Qué es preferible, un pueblo que abiertamente combate á la religión, ó un pueblo que hipócritamente se llama religioso y cristiano, y sólo se halla atento á las mundanas aficiones que le agitan y le mueven?»

Este tema ofrece desde luego mayor interés que el que tenía abstraído á uno de nuestros bohemios, con una esquila ricamente litogra-

fiada en la que la señora de X comunicaba á sus amigos que pedía en San José:

—¡Qué inútil gasto!... Yo pido todos los días del año en la puerta del café Suizo, y todavía no se me ha ocurrido hacerme tarjetas en que conste así!...

UN ANIVERSARIO

”La Real Academia Española asistirá en cuerpo á una misa de *Requiem* que en sufragio de cuantos cultivaron gloriosamente las letras españolas se celebrará el 23 de abril, á las diez de la mañana, en la iglesia de Religiosas Trinitarias de esta Corte, donde yacen los restos de Miguel de Cervantes Saavedra. La Academia ruega á V. que se sirva asistir á tan piadosa ceremonia.”

Esta invitación, repartida anualmente por la Academia á las personas relacionadas con ella, lleva al templo de la calle de Lope de Vega una concurrencia más ó menos numerosa, pero siempre muy inferior á lo que debía esperarse del acto que se celebra. Casi todos los académicos residentes en Madrid ocupan los bancos centrales, y á entrambos lados del templo se ven familias enlutadas, cultivadores de

las letras y gran número de jóvenes. Registro con gusto este último dato, que permite abrigar la esperanza de que la función anual en sufragio del alma de los escritores se verá de año en año más concurrida.

Durante el acto religioso la imaginación se aparta en ocasiones de él, buscando otros tiempos y otras personas... ¿Por qué no consignarlo aquí?

.....

Desde la calle de Francos á la del Humilladero, larga distancia para el Madrid del siglo xvii, breve terreno y menguada separación entre la vida y la muerte, cuatro hermanos trinitarios llevaban en hombros pobrísima caja mortuoria pocas horas después de los que constituyeron el día 23 de abril de 1616. Desde una estrecha guardilla al osario de un convento de monjas no era muy notable el contraste para que excitase la atención pública, y en el siglo xvii, como en el xix, una caja de mal trabadas tablas de pino encerrando el cuerpo de un pobre, conducido en hombros de otros cuatro, no podía llamar mucho la atención de las gentes.

Las campanas del convento anunciaron, doblando, la llegada del que acudía difunto á buscar en aquel sagrado recinto el reposo que vivo

no pudo nunca encontrar. Severos funerales indicaron luego que el muerto pertenecía á la Hermandad de los Trinitarios, y las lágrimas de las hermanas de la comunidad dieron á entender más tarde que la misma había perdido con él algo más que un amigo.

Si hubiera sido dable romper con el pensamiento aquella clausura, posible es que se hubiera podido observar el dolor, mucho más significado al romper en sollozos, de dos profesas, anciana, aunque todavía hermosa, la una, y joven la otra, que habrían podido compararse á una rosa y á su tierno capullo encerradas en una tumba para que el mundo no las marchitase.

Y si al darse tierra al cadáver se abría por última vez la caja que guardaba, se vería durmiendo el postrer sueño á un anciano de ancha y despejada frente, de nariz aguileña y cabellera que el tiempo tornó de oro en plata, con las manos cruzadas sobre el pecho y entre ellas una cruz... la que siempre le había consolado en el largo calvario de su vida: las palpitaciones de la existencia habían cesado en aquel ser; sus ojos se habían cerrado para siempre, dejando de reflejar osados pensamientos, y aquel cerebro gigante reposaba de la fatiga de la jornada. El obrero rendido de trabajar des-

cansaba ya: su obra, en tanto, crecía por instantes y llenaba el mundo, regocijándole y haciéndose aplaudir con entusiasmo.

Porque aquel cadáver era el de Miguel de Cervantes Saavedra, el Príncipe de los Ingenios españoles, estudiante en Madrid, paje en Roma, soldado en Lepanto, cautivo en Argel, recaudador de alcabalas en la Mancha, encausado en Valladolid, debiendo su subsistencia á los usurarios tratos de los libreros y á la caridad de los magnates, y labrando, entre estrecheces y ahogos, el imperecedero monumento de sus obras.

Tres años más tarde el convento fué trasladado desde la calle del Humilladero á la de Cantarranas (hoy Lope de Vega). Si los restos mortales que guardaba aquel cementerio fueron también trasladados con la comunidad que á la sazón viniera, entre ellos irían los de Cervantes. Las investigaciones posteriores no han dado resultado alguno; pero ¿qué importan sus restos materiales, si supo alcanzar doble gloria, en el cielo para su alma y en el mundo para sus libros?

.....

.....

La Real Academia Española le consagra anualmente un modesto funeral.

Privilegio de los muertos.

Si viviera Cervantes, es posible que aquella respetable Corporación le hubiese negado una de sus plazas de número.

ELECCIONES MUNICIPALES

PREPARATIVOS — LO DE SIEMPRE — REFLEXIONES
DE UN ELECTOR

Imposible leer un solo periódico que no venga ocupado casi completamente por noticias de carácter electoral. Dentro de pocos días Madrid quedará empapelado como en los felices tiempos en que cualquiera ciudadano pegaba sus anuncios allí donde más conveniente le parecía. Grandes cartelones se ostentarán en todas las fachadas, y hasta los transeuntes más míopes podrán leer de una á otra acera los nombres de los madrileños que aspiran á la inmortalidad municipal.

El número de los que consienten en sacrificarse por los convecinos es tan considerable, que dentro de poco será punto menos que imposible encontrar á un madrileño que no sea ó haya sido candidato á concejal. Cuando Madoz

escribió su Diccionario para uso de todos los que creían cobrar algún sueldo del Estado, consignó, al hablar de un pueblo de Galicia, el hecho curioso de que casi ninguno de sus individuos sabía leer; y que preguntados por la causa de aquel abandono, dijeron que "no querían aprender de letras para que no les obligasen á ser del Concejo." Hoy los tiempos han cambiado, y se busca con tanto empeño el ser concejal, como si en el mero hecho de serlo hubiese de mejorar la posición social del elegido, ó pudiera ser dispensador de favores de los que cambian el aspecto de las ciudades modernas... y de la ropa de la familia.

Las fórmulas del saludo han cambiado. Ya en vez de preguntar por la salud, los ciudadanos se acercan preguntando: ¿Por dónde se presenta V.?

Hay algunos candidatos eternos que vienen luchando por ser concejales desde hace largo tiempo, y que no lo han conseguido á pesar de haberse presentado primero por la Inclusa, después por el Hospicio y más tarde por el Hospital. Verdaderos muertos, en vida tienen su distrito natural en el cementerio, donde su entrada es segura más ó menos tarde.

Un observador curioso me advierte al llegar á este punto que en casi todas las elecciones municipales abundan los candidatos farmacéuticos. Me lo explicó perfectamente: los males de la administración madrileña se han agravado tanto, que hace falta para intentar curarlos la preparación de la *triaca magna municipal*.

Lo único malo que tiene el triunfo de aquellos candidatos puede ser el que algún bromista se acerque en días de sesión á la casa-ayuntamiento pidiendo que se le despachen diez céntimos de ungüento amarillo ó de jarabe de altea.

Pero, ¡qué lujo de actividad! ¡Cuántos planes! ¡Cuántos preparativos y proyectos en estos días!

Las mujeres, desde el hogar doméstico, donde ejercen legítima é incontrastable influencia, mantienen el fuego sagrado del entusiasmo concegil en los candidatos.

—Mira—le dirá una á su marido,—que peguen bien los carteles, porque hay quien los arranca para envolver y hacer patrones.

—Tu nombre—dice otra—se ve poco: hubieras debido ponerlo en letras doradas, ó al me-

nos que apareciese entre dos manos que le señalasen con el dedo.

—Pero mujer, creerán que pertenezco á *La Mano Negra*.

—No importa... ¡Ah! y que peguen carteles en los escaparates de todas las tiendas á la moda.

—En domicilios extraños...

—Y otro que se renueve diariamente encima de los anuncios de los teatros. Acuérdate de lo que hizo D. Tomás hace diez años.

—No recuerdo...

—Pues hizo que pusieran los carteles debajo de los balcones de algunas buenas mozas. Como era mucha la gente que acostumbraba mirarlas al pasar—hombres principalmente, que son los que tienen voto—la candidatura ganó así mucho terreno.

—¿Y cuántas papeletas vas á hacer de tu candidatura?

—He mandado tirar diez mil.

—Muchas son para tiradas; pero en fin, hay que procurar darles salida. Desde luego mandarás una al tendero.

—Pero si le debemos tres meses.

—Pues por eso mismo te votará, para ver si mejoras y le pagamos. Otra candidatura al carbonero, que te votará por la misma razón,

y varias al novio de la niña para sus amigos.

—¡Mujer!

—Así como así el muchacho está cesante, y tu elección puede resolver la boda y el destino. A los vecinos...

—Si no los tratamos.

—No importa: diles que empedrarás de nuevo la calle si te votan, y que harás venir por las noches una pareja de vigilantes. Anoche mismo robaron al contrabajo del patio cuando se retiraba.

Y los candidatos se lanzan fuera de su casa con los bolsillos llenos de candidaturas y de tarjetas para visitar á todos sus amigos y conocidos, renovar enfriadas relaciones y entrar *casualmente* en todos los cafés, por si en ellos encuentran algún elector del distrito.

Remueven una y diez veces los padrones del vecindario; desgastan las hojas del *Anuario del Comercio* de Bailly-Bailliére buscando nombres propios; ponen á contribución á todos sus amigos para que realicen análogos trabajos en su provecho; recorren cien veces la población en distintas direcciones, y al llegar la noche llegan á su sotabanco rendidos de cansancio, y se acuestan en busca de sueño reparador. Pero ¡ah! que la eterna pesadilla, la pertinaz calentura les acomete, y los candidatos,

aun dormidos, siguen trabajando por el bien común.

—Seré concejal—exclaman,—y empezaré por mudarme al segundo, porque un piso cuarto no es decoroso... Compraré á mi mujer el abrigo de terciopelo ahora que entra el verano... y á las niñas las capotas de la calle del Carmen... Y después las mandaré á Biarritz... Yo no podré ir por las atenciones de mi cargo, habiendo de presidir las corridas de toros y formar en todas las comisiones de festejos... Más tarde haré una indicación al banquero que fué mi principal, sobre aquél asuntillo de las expropiaciones de todas las calles del ensanche por la parte de la Morería, y propondré al Ayuntamiento la prolongación del viaducto hasta Carabanchel, donde tengo la casita de vinos y comidas... y después... después...

La esposa del candidato, viéndole víctima de la pesadilla, le despierta:

—¡Robustiano! ¡Robustiano! ¿Qué estás soñando? ¿Te sientes malo? ¿Quieres que te haga una taza de tila?

Y la cariñosa cónyuge añade por lo bajo:

—¡Jesús! ¡Jesús! Afortunadamente nadie puede haberle oído más que yo.

Los problemas electorales preocupan entre tanto hasta tal punto que sólo se habla de ellos, de coaliciones y contracoaliciones, de los que se retraen y de los que se presentan, de los blancos y de los negros. Si alguno, cansado de estas contiendas, se desentiende de compromisos y exclama:

—Déjeme V. tranquilo, ¡voto á tal!

Es seguro que en el acto se le acercará alguno á decirle:

—No desperdicie V. ese voto, y d selo á Don Fulano, que se promete labrar la ventura de los madrileños dentro del término municipal.

* * *

En estas elecciones todos aspiran   regenerar la administración; todos   innovar en el sentido más beneficioso y   disminuir cargas y aumentar comodidades al vecindario. A creerles, no sólo habría de ser completamente gratuita la administración municipal, sino que los concejales se hallan dispuestos   privarse de sus tranquilidades y de su bienestar, y   trasladar   la tesorería del Ayuntamiento toda su fortuna particular.

Y la verdad es que conmueven tan levantados propósitos; pero después de derramar algunas lágrimas, como es razón, al conocerlos,

cuantos peinan canas ó se limpian el cráneo con una toalla no pueden menos de recordar que desde hace muchos años todos los candidatos han acudido al cuerpo electoral con ideas igualmente sanas, y todos los Ayuntamientos han sido igualmente malos.

Entonces han encontrado justificado su indiferentismo, y si han acudido á depositar su voto por compromisos de amistad ó deberes de sumisión, se han vuelto á su casa diciendo:

—Acaso mi voto habrá quitado el triunfo á un adversario generoso y se lo habré dado á un amigo ingrato. ¡Cómo ha de ser! La urna electoral es un alambique en que los mejores deseos se funden para dar origen á esa sustancia incorpórea que rodea el corazón del hombre y se llama *ingratitude*.



¡Y cuidado si es bello, teóricamente considerado, el sistema que nos permite administrarnos por nosotros mismos! ¡Cuidado si es gloriosa, aunque difícil, la misión de los llamados á cuidar de nuestros intereses comunes, como hijos ó habitantes de un mismo pueblo!

Pero, á fin de que el resultado fuera más eficaz, debería introducirse una ligera variante en la elección: no votar á ninguno de cuantos

aspiran á ser votados, y elegir, en cambio, á los retraídos, á los que no pretenden la medalla ni el bastón. Posible es, por este procedimiento, que no siempre aceptasen los elegidos; pero una segunda elección ó una lista de supernumerarios resolverían el conflicto.

Cualquier procedimiento menos el que se reduce á que un caballero nos pinte que está dispuesto á sacrificarse por nosotros, en vista de lo cual le damos todos, á la par que nuestro voto, una patente de crédula necedad. ¿Con qué derecho podremos quejarnos más tarde si aquel candidato se burla de nuestras aspiraciones, y, confundiendo su misión, procura su propio bien anteponiéndole al del vecindario?

No entra en mi ánimo ¡libreme Dios de ello! analizar los merecimientos de los madrileños candidatos: entre ellos suele haber desde las mayores eminencias políticas hasta las mayores insignificancias personales; entidades que podrían hallarse al frente de un Estado, y otras que con la secretaría de un pueblo de exiguo vecindario quedarían pródigamente pagados sus merecimientos; ex-Ministros que se distinguen por cobrar puntualmente su cesantía, excelentes padres de familia, políticos rabiosos

que aspirarían á establecer la *Commune* en cuanto se vieran en la plaza de la Villa, apreciables hijos de otros apreciables padres; en una palabra, de todo... menos de lo que hace falta: modestos y celosos administradores de los intereses del vecindario.

¡Dichoso país éste donde tuvimos la suerte de nacer, y en el cual pensamos siempre lo mismo que piensan los Gobiernos que realizan nuestra felicidad!

Es de presumir que los nuevos concejales, abandonando sus alturas, se dignarán echar una mirada sobre esta pobre villa, tan necesitada de buena administración; y si logran el bastón de Alcaldes, se complacerán doblemente en llenar el deber que las circunstancias les imponen.

Porque vamos á estrenar dos docenas de concejales—aunque algunos de ellos vienen abonados á Municipio perpetuo,—que todos estarán animados de los mejores deseos en favor del vecindario; que si alguna vez faltan á los toros, al teatro ó á los jardines, no darán nunca ocasión á que tengan que aplazarse las sesiones del Ayuntamiento por falta de número, y que

ya estarán estudiando muchos de ellos los medios que pueden emplearse:

Para que el pueblo no sea víctima de los acaparadores en la cuestión de subsistencias.

Para que no registre la ciencia médica que hay muchos fallecimientos por falta de la necesaria alimentación, y otros por las adulteraciones de los productos.

Para que los panaderos no cobren un peso y den otro.

Para que las industrias no utilicen productos sentenciados á la quema.

Para que haya más higiene en las habitaciones de los pobres, aunque padezcan algo las expropiaciones para el ornato.

Para reformar los andamiajes y que no se registre diariamente la desgracia de algunos albañiles.

Para que no sigan reunidos las casas de los vivos y los depósitos de los muertos.

Para limitar los usos y abolir los abusos en la cuestión de consumos.

Y, finalmente, para que el vecindario conserve grato recuerdo de la administración municipal, aunque tenga que transigir durante algunos meses con el mismo empedrado de las calles.

Si así lo hiciesen, su buena fama será el

mejor premio á sus afanes cuando se retiren de la vida municipal, siempre que no conviertan en hereditario su cargo; y digo esto, porque no hace mucho tiempo, saludando á la esposa de uno de los representantes del pueblo en el Municipio:

—¿Qué hace Federico?—pregunté.

—Estudia para boticario.

—¿Y el mayor?

—Al mayor pensamos dedicarle á concejal así que cumpla la edad que marca la ley.

¿Llegará á realizar su deseo?

¡Quién lo duda!

El tiempo todo lo desarrolla, y los que hoy son concejales en estado de canuto, volarán con el tiempo luciendo la medalla y el fajín, signos de la honrosa confianza de sus conciudadanos.

CORRIDA DE BENEFICENCIA

Madrid está conmovido, alarmado, con una agitación que traduce en sus menores actos, con un aspecto de ansiedad que denuncia su malestar y su disgusto. Y la cosa no es para menos: como que se trata de la corrida extraordinaria de Beneficencia...

Nadie se cuida de las gravísimas cuestiones sanitarias, ni aun de las políticas, que son la comidilla habitual en Madrid, ni menos de los presupuestos, que cruzan por las Cámaras con igual ligereza que si se tratase de aprobar una carretera de cuarto orden; nadie, en una palabra, tiene ojos, oídos, atención ni inteligencia más que para la corrida extraordinaria de toros.

Ante el sólo peligro de quedarse sin billetes, no hay quien no se juzgue capaz de las más atrevidas empresas y de las más sublimes

locuras; todos son capaces de llegar á los mayores sacrificios, y, para algunos, ni el mismo crimen sería un inconveniente.

La plaza de Provincia y la calle de Cruzada, inmediatas al palacio de la Diputación, ofrecen el más pintoresco aspecto: allí comen, y beben, y fuman, y duermen los aficionados para hacer valer su derecho de abonados perpetuos, ora sea empresario Casiano, el nuevo Josué, que prohibió una tarde el sol, ora Menéndez de la Vega, el que ha demostrado con lo que abona por la empresa que no hay limitaciones para la locura humana cuando se trata de verónicas y volapiés, saltos al trascuerno y pases de muleta. Más tarde, cuando los billetes sobrantes sean remitidos al despacho de la plaza, la cola de aficionados se extenderá indudablemente desde la misma hasta la puerta de Alcalá, y en tan largo trayecto tomarán el relente de la noche y los abrasadores rayos del sol por el día los que aspiran á ocupar un tendido, aunque para ello tengan que empeñar los colchones de la cama y dejar sin pagar la cuenta del tendero de comestibles, las hechuras del sastre y la mensualidad del maestro de los muchachos.

Y tanto es lo que perturba esta corrida á los Diputados provinciales, que alguno ha sosteni-

do, en vísperas de la gran corrida, que ningún individuo tenía derecho á abonarse á los espectáculos más que por un billete. De haber triunfado su doctrina, habría sido necesario derribar todos los palcos de teatros y circos, y quedarían imposibilitadas las familias de asistir á los espectáculos, á menos de que la madre se abonase á una contrabarrera, la hija á un asiento de meseta de toril, y el padre á una andanada de sol.

Mientras llega el día de la corrida ¡qué de llantos en las familias! ¡Cuántos disgustos y contrariedades! Todos los razonamientos de la filosofía y todos los consuelos de la religión son ineficaces en estos casos.

¡No ver los pases de *Lagartijo* ni las estocadas de *Frasuelo*! ¡No poder dar opinión cuando se discuta si aquel echó pié atrás al herir ó si éste hirió con más corazón que arte! ¡No ver á los pobres caballos ser conducidos á palos y lanzarse ellos mismos sobre los cuernos, como si prefiriesen la muerte causada por su enemigo el toro á la vida que les da su amigo el hombre! Privarse, sobre todo, de las armonías de la música del Hospicio, del estridente toque del clarín, de la silba monumental propinada al Presidente, del paseo de la cuadrilla y su colocación en suerte! ¡Dejar de oír las cul-

tas frases que se cambian de tendido á tendido, la gritería que se levanta por cualquier motivo, la ovación tributada al banderillero y las imprecaciones lanzadas contra el picador! Privarse de las emociones que produce el botellazo lanzado contra un individuo de la grada, las bofetadas y los palos que se reparten en un tendido y, por último, todas las manifestaciones que convierten el circo en algo fantástico y diabólico, en algo semejante al reinado de la locura sobre las ruinas de la razón!... Esto es inconcebible, y no hay aficionado de buena ley que pueda tolerarlo...

¡Y luego se extrañarán los Gobiernos de que haya revoluciones!

¡POBRES PERROS!

Ya está fijado el bando que más directamente interesa á la raza canina, y con el cual se anuncia para la misma la Primavera, estación tristísima para los perros pobres, y aun para los que, siendo tributarios al Municipio, tengan la inadvertencia de salir á la calle sin el bozal, protector de las pantorrillas de los transeuntes.

El bando suele señalar escasa novedad. El que tenga dueño, pero carezca de bozal, juicio y multa; el que no tenga dueño ó se aparte de él, ingreso en el depósito del antiguo Canal, tres días de espera para el rescate, y al cabo de ellos la libertad por dinero, ó la muerte por asfixia.

Más tarde la industria lícita de los guantes, y acaso la ilícita de los embutidos, buscarán

en los cadáveres de los perros primera materia.

En vano los filósofos, y los moralistas, y los poetas han alzado su voz repetidamente en favor del perro, poniendo de manifiesto su lealtad, su inteligencia, su abnegación, su intervención cariñosa en la familia; en vano los interesados han realizado por el hombre sacrificios y proezas, ya defendiendo sus vidas y sus propiedades contra las asechanzas del crimen, ya salvando al náufrago, ya velando al amigo muerto, ya, por último, auxiliándole en la caza, sirviéndole de compañía en las soledades de la vida, conduciendo farolitos para alumbrarle durante la noche, llevándole la comida al trabajo, arrastrando el cochecillo de los niños, haciendo prodigios de ligereza y de equilibrio en los circos para ganar á sus amos el amargo pan del gimnasta.

La historia antigua y la moderna consagran á los perros ilustres numerosas páginas, y los Diccionarios enciclopédicos facilitan el conocimiento exacto de sus cualidades, virtudes y rasgos salientes; pero todo, todo en vano. El Municipio reclama la vida del perro vagamundo, y hace tributario al bien acomodado. Algunos hombres desdichados se consagran á la repugnante caza de los perros por

exigua retribución, y no bien llega esta época del año, se entabla entre el hombre y el perro una lucha curiosísima: el primero por coger al segundo, y el segundo por burlar al primero. El sistema es repugnante, pero preferible de todas maneras al envenenamiento usado antes por los agentes de la autoridad, y para el cual comenzaban por llamar y hacer caricias á los pobres animales, á quienes ofrecían con la tentadora morcilla la estricnina que había de hacerles reventar.

Desde el día en que se fija el bando comienza la emigración de los perros, pues así como antes sabían no haber peligro para ellos más que durante la noche, y dormían en las afueras para penetrar en bandadas por las calles así que llegaba la madrugada, ahora, en que no hay hora segura para ellos, desaparecen de Madrid no bien llega á sus oídos la noticia del peligro que les amenaza, ó así que leen el bando de la autoridad municipal; pues aunque desconozcamos cómo y de qué manera se enteran los perros de lo que tanto les interesa, comprobado está plenamente que lo averiguan muy pronto, y que, haciendo gala de una grandeza ejemplar, en vez de ponerse hidrófobos por la injusticia de los hombres, huyen de ellos y se marchan al campo para llorar las

venturas que les producía su residencia en Madrid, aun careciendo de domicilio fijo y habiendo de entregarse al merodeo y al botín.

Moritos, canelos, palomos y chuchos, de todas las castas, procedencias, familias y cruzamientos están advertidos ya á estas fechas: la sentencia de reclusión aparece estampada en las esquinas y en los periódicos oficiales; pero harto saben las víctimas que la reclusión es muy breve, y que detrás de ella aparece una sentencia de muerte inevitable y cruel.

Huid, pues, como el año último y el anterior; huid de una sociedad en que hay hombres bastante crueles para cazaros á lazo y arrastraros á un depósito, antesala de la muerte, y no consintais en contribuir á la moda de los guantes de doce botones y de los hojaldres rellenos en las pastelerías del antiguo régimen. Huid, que el riesgo se acerca, y que es imposible, viviendo en esta capital, sustraerse á él; pues no supongo que habreis hecho economías bastantes para presentaros espontáneamente á pagar 10 pesetas como perros libertos en el Ayuntamiento, ni para comprar luego la bufanda metálica que os impide el juego de las mandíbulas, prohibiándoos desde la bebida refrescante hasta el inofensivo bostezo.

SAN ISIDRO LABRADOR

PREPARATIVOS — APROVECHANDO EL TIEMPO LA ROMERÍA

Aunque el calendario no lo rezara; aunque tampoco lo indicasen el calor que nos molesta en el primer tercio de Mayo y las flores que profusamente adornan á las mujeres, cualquier madrileño legítimo ó conocedor, sin ser madrileño, de las cosas de Madrid, puede asegurar, sin temor de equivocarse, que se aproxima la fiesta del Santo patrón, del labrador humilde que mereció por sus virtudes ser venerado en los altares.

Los trenes de las vías férreas, los coches del antiguo régimen, las tartanas, galeras y caballerías vienen arrojando sobre la heroica villa un contingente numerosísimo de forasteros. Los pueblos de la provincia central y los de las limítrofes deben quedarse en cuadro, á

juzgar por los muchos individuos de ambos sexos y de todas las edades que se codean y se pisan por las aceras de la Corte, transitan por el centro de las calles y llenan posadas y fondas.

La romería de San Isidro es el pretexto de esta invasión, pues sabido es que carece completamente de encantos dicha fiesta, celebrada junto al sediento Manzanares y entre cerros de arena.

Pero con achaque de la romería se visita á Madrid, sus teatros y circos, sus paseos y cafés; se renuevan las modas del lugar, se estudia el aire de las madrileñas, se compran las cien mil baratijas é insignificancias de nuestros bazares, y se regresa al pueblo acaso con ménos ilusiones, y de seguro con mucho menos dinero del que se trajo para el viaje.

Y no cabe duda respecto á los forasteros: los unos porque traen los característicos trajes de la Mancha y de Castilla, de la Alcarria y de Valencia; los otros porque forman en fila y marchan unidos de la mano para no perderse; éstos porque conservan en nuestras calles y casas la costumbre de hablar á gritos como en la era del pueblo; aquéllos porque, á pesar del rebuscado afán con que imitan en el vestir á los madrileños, el tono tostado de sus rostros les denuncia.

Los teatros, que habían cerrado sus puertas, vuelven á abrirlas: poco importa el género que han de cultivar ni el crédito de los actores; lo esencial es que funcione el despacho de billetes, y en estos días las empresas hacen su agosto.

Los comercios de telas acuden á sus olvidadas existencias de hace años para llenar con ellas las fachadas de sus casas, y tienen la seguridad de que no ha de ser inútil el procedimiento.

Las liquidaciones-verdad, los saldos definitivos, las subastas positivas menudean que es una bendición, hasta el punto de parecer que todo el comercio aguardaba esta época del año para declararse en quiebra.

Mientras tanto, el timador que juega al As de Espadas acecha en la Ronda; el que ha de encontrarse una sortija de brillantes espera á que se acerque un grupo de forasteros; los *ciceroni* se ofrecen servicialmente á enseñar á los forasteros todas las curiosidades de la Corte, y en cada esquina se halla situado un individuo, portador del tradicional cartucho de perdigones, en la seguridad de que no faltará quien se lo cambie por legítimas y antiguas onzas peluconas, por modernos centenes de oro ó billetes de Banco.

En esta lucha entre el relativo candor de los forasteros y la positiva picardía de los madrileños, el triunfo es siempre de estos últimos. La prensa registra fijamente no pocos casos de éstos, y la policía, aun redoblando la vigilancia, no puede evitarlos casi nunca.

Pero ni estos engaños son los únicos, ni acaso los peores; otros de índole moral ó de publicidad difícil aguardan á los forasteros, muchos de los cuales se ausentan de la Corte lanzando contra ella terribles maldiciones y prometiendo no volver...

Hasta que unas fiestas extraordinarias ó una romería como la de San Isidro les hagan nuevamente quebrantar su propósito.

* * *

¡Desgraciada en tales días la familia madrileña que tenga parientes en los pueblos próximos! Su casa se verá convertida en posada, su despensa entrada á saco, su sala de recibo hecha dormitorio, sus individuos todos revestidos del cargo de guías de los viajeros, que en brevísimo espacio desean conocer todos los palacios y todos los museos, todos los espectáculos y todos los templos, todos los paseos y todas las curiosidades públicas. En vano será que la familia madrileña se defienda, alegando que

nunca, á pesar de su vecindad, ha visitado lo que tanto preocupa á los forasteros; en vano que finja enfermedad ó pesar, luto ó inconveniente material para complacer á sus huéspedes. Estos la empujarán para ponerla en movimiento, la harán buscar en la calle el descanso que en la casa se le ha hecho imposible, y no tendrá más remedio que ir desde el Observatorio astronómico á San Antonio de la Florida, desde la Guindalera á Pozas, desde la estación del Norte á la del Mediodía, cruzar el Prado y Recoletos, limpiándose el sudor copioso que la hacen verter sus parientes, entrar en todos los cafés del paso y poner á prueba su robusta naturaleza, haciendo un género de vida al que no estaba ciertamente acostumbrada.

Desde los coches del tranvía á las aceras de las calles se cruzan saludos de los habitantes de un mismo pueblo; unos á otros individuos se llaman á voces, haciendo gala de sus apodos, poco en armonía con la sociedad cortesana; y cuando se reúnen varios individuos en cualquier sitio, sus diálogos á gritos llaman la atención de los transeuntes, poniéndoles al corriente de todas las interioridades de dichas familias.

Madrid en estos días no es Madrid; en sus huéspedes se encuentran conservadas todas las

modas y todos los caprichos, desde el frac del currutaco de 1848, hasta el miriñaque de la elegante de 1850; desde el característico pañuelo de los alcarreños, hasta la montera gallega y la mantilla segoviana.

* * *

Pero los forasteros, hombres esencialmente prácticos, no acuden á Madrid solamente á divertirse: vienen también para sus negocios y los de su familia y tal vez además para asuntos políticos.

Véase en prueba de ello una carta dirigida por uno de los forasteros á su familia:

«Queridos primos: Aquí estamos todos los de la comisión gestionando el premio de nuestros servicios, y con grandes esperanzas de lograrlo. El Diputado nos ha recibido con mucho cariño y ha puesto á nuestra disposición una tarjeta para utilizar el tranvía: también nos ha dado papeletas para visitar el Museo Naval y lo reservado del Retiro, y nos ha dicho que un domingo nos llevará á ver el Museo de Pintura. Con su influencia pudimos ver en primera fila el simulacro militar del martes, y creo que también veremos la elevación de un globo desde la parte exterior del Retiro. Ahora trata de hacer que se interprete en nuestro favor la ley,

dándonos algunos destinillos, pues habiéndosele dicho que no podía hacerse el nombramiento si no habíamos sido sargentos, ha contestado y quiere hacer valer que lo fuimos... en la Milicia Nacional.

Aquí en Madrid la gente se divierte mucho y casi siempre de balde: por la mañana á la parada; al medio día á ver entrar á los Diputados en el Congreso; después á pasear por las calles, y á la noche á ver salir á los vendedores de periódicos atropellando á los transeuntes y oír tocar el piano junto á las puertas de los cafés. Hemos visto el Palacio Real por fuera; hemos dado vueltas al edificio de las Caballerizas; conocemos la entrada de todos los teatros, y el Diputado nos ha ofrecido hacer valer su influencia si llegan á prohibirnos la libre circulación por las calles.

Matías perdió anoche el reló, y creyendo que se lo habían robado, echó mano al cuello de uno que pasaba junto á él y que luego resultó ser un Senador: excuso decirnos que durmió en la prevención. A Diego le han dado un hermoso cartucho de monedas de cinco duros por mil reales en papel: no quiere abrir aquél hasta que nos encontremos en el pueblo. A Juanito le ha salido un pariente de su padre que le lleva á todas partes; pero tan delicado,

que no consiente que se hable nunca de dinero y deja pagar á Juan. Yo me divierto lo que puedo, y espero, como os he dicho, lograr una buena breva: como tengo buen carácter de letra y regular ortografía es posible que me hagan guarda de campo. Nuestro Diputado, tan campechano y tan guapo como siempre, según me dice su ayuda de cámara, pues desde la primera vez que le vimos no hemos podido encontrarle nunca en casa. ¡Y cuidado que estuvo fino con nosotros aquella vez! Llamó al criado y le dijo: "Perico, fíjate bien en estos señores, y cuando vuelvan por aquí no les hagas esperar, aunque esté comiendo ó en la cama." Lo malo es que tiene tantas ocupaciones que nunca come ni duerme en su casa. Muchas memorias á todos los que pregunten por nosotros, y no se os olvide recomendar al Alcalde que nos mande algunos fondos, ya que hemos hecho este viaje en bien del partido y representando al comité de la localidad. Vuestro primo,

Anastasio."

Es seguro que al recibirse en Villaquejosa la anterior epístola, todos envidiarán la suerte de los vocales del comité y dirán invariablemente para sus capotes:

—¡Y que no se divierten en Madrid!

Día 15. San Isidro labrador, Patrón de Madrid.

Si á esta indicación del Almanaque se agrega la astronómica de *Buen tiempo*, no es necesario añadir que las naturales consecuencias de dichas premisas serán un sinnúmero de indigestiones, alguna insolación y varias puñaladas perdidas; para algunos la prevención, para otros acaso el cementerio.

Desde la Cuesta de la Vega hasta el *pontón*, un cordón negro, formado por seres humanos que gritan, gesticulan, tocan silbatos ó conducen botijos blancos y rojos; en el *pontón* tantas protestas como perros grandes hay que abonar por el paso; en la cuesta que conduce á la ermita, los torrados imposibles, las rosquillas de Fuenlabrada hechas en Madrid, la leche de las Navas en combinación con la riqueza del Lozoya, los frasquetes de licores no registrados en ningún Manual del Licorista, los pitos de todas clases y los productos de la escultura en su aplicación á la fiesta del día.

En este ramo hay varias especialidades cada año, simbólicas y de carácter político; *Prim y Olózaga*, *Amadeo de Saboya* y *Carlos VII*, *Sagasta* y *La Mano Negra*: he aquí las especialidades que, según las épocas, han ido sucediendo ó acompañando á *Don Pepito*, *Pe-*

rico Manguela, el Doctor Garrido, el Perro Paco y otras entidades de carácter madrileño. Ni unos ni otros pudieron subir á más ni venir á menos.

Estos pedazos informes de barro, pintados y estofados caprichosamente, pudiéranse tomar como muestras bien conservadas de alguna civilización perdida del centro del África, ensayos tímidos del arte prehistórico, salvando siglos y generaciones, hasta llegar en este día á la pradera de San Isidro en la forma primitiva que hoy ostentan.

Como cabezas de silbatos, los retratos de Castelar y de varios políticos más: ¡diríase al verles que unos se silban á los otros con pertinaz empeño!

El progreso suele tener su representación en un taller de fotografía, donde por una peseta se obtienen nueve retratos nada menos... con aire de familia; ó en el teléfono para poner en comunicación con el centro aquella apartada región en que se celebra la romería.

No hay tenducho ni armatoste que no haya utilizado un telón, una bambalina ú otro cualquier aparato escénico de algún teatro destruido recientemente. Diríase al mirar aquellos cobertizos cerrados por telones teatrales, que los alimentos que en ellos se sirven son tam-

bién de guardarropía... único medio de que no hagan daño.

La pradera es un valle cercado de cerros de arena y de cementerios, recuerdo constante y fúnebre testigo de lo efímero de las humanas alegrías.

En su parte más elevada una humilde ermita, y en la hornacina que existe sobre su puerta, la efigie del Santo, la misma efigie tradicional que todos los años lluviosos ha sido apedreada... con excepción de los tiempos en que había Milicia Nacional, en uno de los cuales se dió el caso de que el retén de guardia disparase sus fusiles contra la imagen, para dar prueba clara y evidente del catolicismo del pueblo madrileño.

Junto á la ermita, el pozo de agua que sana las calenturas de los que con ella, y con fe bastante, acuden á beberla, y por todas partes tiendas de vinos de los que, á la inversa del agua, producen calentura á los que van sin ella.

Manzanares, avergonzado, corre por entre banquillos de lavanderas y tendederos de ropa blanca, lamiendo los estribos de los magníficos puentes de Segovia y de Toledo, filtrándose por entre capas de arena y recordando los tiempos en que podía arrastrar unas cubas de vino, haciendo exclamar á los que lo presenciaban:

—¡Una va llena! ¡Una va llena!—Origen curioso de la tradicional *ballena* del Manzanares, narrado por el popular Trueba en los tiempos en que habitaba entre nosotros sufriendo la nostalgia de su país.

La romería del Santo Patrón de Madrid no puede ser un motivo para las visitas que nos hacen los forasteros: pase, á lo sumo, como un pretexto para poder satisfacer el capricho de realizar un viaje de recreo á la capital (cuyos Ayuntamientos no han hecho nunca el más leve esfuerzo para que sea agradable la estancia de aquéllos en la misma) y como una ocasión excelente de utilizar las tarifas económicas de los ferrocarriles y de darse un atracón peligroso de esas sustancias alimenticias que se han escapado hasta hoy á todas las investigaciones de la química, y que en el lenguaje vulgar se llaman *rosquillas bañadas* y *rosquillas tontas*.

SAN DESESTERO

Santo es éste á cuyo culto no faltan nunca los empleados, y que, en unión de San Estero, domingos del año y fiestas solemnes, Pascuas y galas, forman el bello ideal de cuantos figuran en las nóminas.

San Desestero trae regularmente cara de pascua por aprovecharse en muchos puntos de jueves á domingo, cosa que será muy cómoda para los empleados públicos, pero que interrumpe sin necesidad la marcha administrativa y causa un perjuicio notorio á muchos intereses respetables.

Oficinas conozco donde el desestero se verifica en media hora, y en las cuales, sin embargo, los servicios se paralizan durante cuatro ó cinco días. En otras antiguamente el desestero duraba quince días y el estero otros tantos; verdad es que en dichas oficinas había también

vacaciones de verano, y que eran de las que en otros países suelen tener servicio de día y de noche por consagrarse exclusivamente al público. Hoy creo que esto se ha reformado, y que el desestero de las aludidas dependencias sólo dura sus tres ó cuatro días, que si da la casualidad de que vayan encerrados entre dos fiestas, no constituirán por junto arriba de una semana de recreo.

Nada importa que haya vencimientos de plazo fijo, que la tardanza de horas pueda ocasionar graves perjuicios, ni que la Administración, en sus relaciones con el público, necesite ser permanente, como permanentes son todos los servicios y obligaciones de los gobernados.

Los empleados observan el culto de San Estero y San Desestero con el mismo rigor que gastan para no extralimitarse en el trabajo: funcionarios conozco que escribiendo el *Dios guarde á usted muchos años* dejan para el día inmediato la última sílaba de la frase en cuanto les dan *la hora*.

Y es lo que ellos dicen: "Ya que no seamos exactos para la entrada en la oficina, seámoslo siquiera para la salida."

San Desestero tiene, no obstante, para muchos covachuelistas notorios perjuicios. ¿Dónde, no teniendo oficina, podrán pasarse las horas

en que aprieta el calor? ¿Dónde murmurar del Gobierno, leer los periódicos de oposición, liar cigarrillos de papel y hablar de las gimnastas de los circos? ¿Dónde podrán escuchar y referir como en la oficina tantos cuentos y chascarrillos de todas clases, pero en los que predomina el verde? ¿Dónde descansar más tranquilos? ¿Dónde recibir las visitas que no está bien vayan á su casa por el disgusto que podrían ocasionar á las mujeres?

La oficina para muchos es un gran recurso, y aunque sólo tengan que asistir á ella los empleados para leer la *Gaceta*, tomar café, descafezar el sueño, intervenir en la conversación general sobre asuntos ligerillos, vestidos de verano y en ocasiones hasta sin la hoja de parra que recomienda el pudor.

En el día ó los días de San Desestero, cerradas las oficinas, hay que acudir á los billares ó á los cafés, visitar la casa en que unas señoras viudas de Intendentes y de Comisarios ordenadores juegan unas pesetillas al monte, ó ir á conocer, por mera curiosidad, á las beldades mundanas de que tanto hablan los muchachos escribientes. ¡Y sabe Dios todas las consecuencias que este quebrantamiento de las ordenadas costumbres puede producir en el cuerpo y en el alma!

—Estoy deseando que acabe el desestero— me decía un oficial noveno de la clase de decimooctavos:—me he acostumbrado á dormir la siesta con la tapa del pupitre levantada para que no me vean los compañeros, y en el despacho de mi casa no tengo pupitre.

GIMNASIA

El circo de Price ha abierto sus puertas para la campaña de primavera y verano. Ya no se escuchan en él las notas altas del tenor, ni los gorgoritos de la tiple, ni el desentono de los coros; ya no ofrece los libretos traducidos del francés al catalán y las partituras reducidas á una mediana orquesta en que todos los profesores parecen estar reñidos entre sí, según lo mal que sacan los concertantes. El centro del salón está privado de sus filas de butacas, y en cambio lo ocupa la pista, con su barrera destinada á reproducir eternamente las graciosas caídas de los clowns y á recibir las pisadas de los caballos. Salimos de la época del canto y penetramos de lleno en la de los títeres.

El circo Hipódromo de Verano ha inaugurado también su temporada, aprestándose á la competencia, que, si es dudosa para él en la

primavera, es un triunfo seguro en el verano. Como que su construcción es de lo más elemental que puede darse, para que el fresco de la noche éntre por todas partes y haga menor el calor producido por las luces del gas y las emanaciones de una apiñada muchedumbre de espectadores.

La función ha dado comienzo.

¿Quién grita al salir? ¡Ah!... los de siempre: los clowns, con sus mejillas embadurnadas de albayalde, sus bocas prolongadas con carmín, sus anchos calzones y sus pelucas de cuernos. Traen el repertorio eterno é invariable, reparto de bofetadas apócrifas y auténticas, el ferrocarril, el baile de zancos, el muerto y el vivo, sus burlas á los demás artistas y sus gracias habladas, verdaderamente estereotípicas.

Sale después el caballito blanco y la artista encargada de hacer el paso del velo y las cuatro Estaciones y los cambios de trajes, ó de saltar una cinta, y después una bandera, y después un aro, y otro... y así sucesivamente.

Los excéntricos musicales, que hacen planchas y equilibrios y se revuelcan y se zurren sin perder una nota sus violines del *Spirto gentil* ó del *Miserere* de *El Trovador*.

Los niños y los grandes que trabajan en el trapecio, dando vueltas como un molinillo, co-

lumpiándose hasta tocar el techo con la cabeza, quedando suspendidos de la punta de los pies ó pasando de un trapezio á otro con matemática exactitud.

Caballitos amaestrados en libertad.

Monos montando á la alta escuela.

Cerdos primorosamente cuidados, y de los que la paciencia humana y el látigo han conseguido hacer verdaderos artistas.

Gimnastas que lucen su habilidad en la barra fija.

Funámbulos y equilibristas, y nuevos clowns, y nuevas amazonas, y nuevos animalitos amaestrados.

Todo esto basta para llamar público por el momento. Después, cuando aflojen las entradas, vendrán las mujeres acuáticas y las *misses* más famosas; el hombre sin cabeza, que resuelve problemas algebraicos; el que come un colchón lleno de lana, el que se traga un cañón de artillería, el que parte con los dientes una bola del puente de Segovia, el que levanta con tres dedos una locomotora, y toda esa inmensidad de seres extraordinarios que permiten anunciar en los carteles, abusando del lenguaje y de la lógica.

¡Gran suceso! Primer debut, del hombre culobra y de la mujer galápago.

Segundo debut, de *la fiera de las selvas*, quien cada noche se cena en medio de la pista á un acomodador.

Tercer debut, del capitán Tzwnrstwzr con sus veinte leones, á los que obliga á hacer calceta y á servir huevos fritos á todos los concurrentes.

¡Gran suceso! La familia H, conocida por *la maravilla del siglo*.

Debut de la familia K, conocida por *el asombro de las generaciones*.

Y más adelante: El *non plus*. Debut de la familia J.

Y salen unas y otras familias, alguno de cuyos individuos suele no tener más mérito que soportar sobre sus hombros á media docena de sus parientes... Delicada alegoría de lo que pasa á la familia española, donde uno solo de sus individuos, aun sin toneletes ni mallas, sostiene á la colectividad.

Junto al trabajo de resistencia se exhibe el trabajo de exposición, y de éste se encarga generalmente alguna tierna criatura de cinco ó seis años, destinada á trepar por altísimos palos, á ser arrojada como una pelota de los hombros de uno á la cabeza de otro, después de diferentes volteretas y revoloteos por el aire. Ciertó que la ley española lo prohíbe, pero

¿para qué se han hecho las leyes sino para tener el gusto de infringirlas?

Y las familias H, J y K, asombro de propios y extraños, van desfilando lentamente, después de llenar algunas noches los respectivos circos, para dar lugar á las familias X y Z.

Estamos, pues, en pleno período de aros, cintas y oriflamas, perchas fijas y volantes, alambres tirantes y flojos, escaleras de todos tamaños y á todas las alturas, juegos icarios y malabares, hombres que andan con los pies sobre el techo y con las manos sobre la tierra, volteos, piruetas y saltos mortales. Entre estos individuos hay uno que en un minuto hace treinta y cuatro planchas en las argollas. Los inteligentes le aplauden con calor, si bien no faltan tampoco espectadores que le miren compasivamente, y como si dijeran para sí:

—Treinta y cuatro planchas... ¡Bah! Más hago yo en cuanto suelto la lengua... y nadie me las celebra.

PRESUPUESTOS

En los primeros días de junio no se oye hablar más que de presupuestos.

Y se comprende perfectamente. En una población eminentemente burocrática como Madrid, las reformas que se llevan á cabo en la Administración central, y que se reflejan en el proyecto de presupuestos, tienen que transpirar á muchísimas casas, cuyos inquilinos esperan conocer los presupuestos generales del Estado para ajustar á ellos los suyos propios. ¡Y qué amargas previsiones y qué tristes presentimientos los de las familias de empleados públicos!

—¿Qué hacemos si te rebajan el sueldo?— pregunta la esposa.

—Rebajar en la misma proporción todos los gastos.

—Pero si no gastamos más que lo estrictamente preciso.

—Se conoce que el Gobierno piensa de distinta manera, y sospecha que vivimos en la opulencia con veinte duros al mes.

—Pues peor será si nos quitan todo el sueldo.

—Rebajaremos también hasta el nivel de la nada nuestros gastos. Los Gobiernos no se equivocan nunca, y desde que se ha descubierto el nuevo continente de que las naciones han de reducir sus gastos al límite de sus ingresos, las familias deben hacer lo mismo. Si nos privan de todo ingreso, en el acto debemos suprimir todo gasto.

—¡Hombre! Pues yo creo que lo que deberías hacer era buscar otros recursos.

—Eso cuéntaselo á los Gobiernos.

—Pues los Gobiernos acuden á la Deuda.

—La mía es ya tanta, y pertenece á la clase de diferida, que no admite aumento.

—Yo creo que no te quitarán, pues precisamente trata de aumentarse un nuevo Ministerio.

—Sí; van á establecerse dos con menos empleados de los que tenía uno solo. Unicamente se aumenta un sueldo de Ministro, que con las futuras cesantías de todos los que desempeñan el cargo, constituirá una bonita cantidad de

miles de duros. En cambio las partidas de obras públicas sufrirán una reducción muy regular.

—¿Y qué hacemos si te dejan cesante?

—En primer lugar no pagar al casero.

—¡Si le debemos ya varios meses!

—Después suprimir dos comidas.

—Hombre, estando yo criando...

—Suprimes también proporcionalmente á la criatura su parte de alimento.

—Pero dos comidas... ¡Pues si no hacemos más!

—Por eso precisamente no he suprimido tres. Después suprimiremos al zapatero.

—Suprimir...

—O dejaremos de pagarle, y sale la misma cuenta.

—¿Y cómo viviremos?

—Con lo que tú ganes cosiendo y yo copiando papeles de teatro... apenas tendré bastante para fumar y tomar café.

—Justo. Conservas los gastos innecesarios...

—También son los que suelen conservar todos los Gobiernos.

—Pero nos moriremos.

—Nadie se muere por tan poco. ¿No has visto tú á los del principal que durante cinco años no han cobrado ningún sueldo y vivían tan ricamente esperando la subida de los suyos?

—Porque el marido daba sablazos en la calle de Sevilla y la mujer daba que decir en todo el barrio. Supongo que no querrás que les imitemos...

—No, hija, no; cuanto te he dicho ha sido de broma y sólo por oírte. Yo espero que el nuevo arreglo no me alcance; pero si por casualidad me engañase, malo sería que no encontrara donde trabajar para traer á casa lo más preciso á la vida. Y ¡quién sabe! tan ingrato es el Estado, que acaso nos fuera mejor cambiando de amo que apreciara más mi laboriosidad y mis aptitudes. La carrera administrativa marcha de mal en peor en España, y si llego á perder mi puesto no podré recuperarlo mientras haya sargentos que lo quieran; pero en cambio podré ser agente comercial, ó auxiliar de alguna industria, ó tenedor de libros, ó cobrador del tranvía, ó acomodador de la plaza de toros, ó vendedor de *La Correspondencia* si no queda otro medio.

—Así quiero oírte siempre.

—Y así me oirás mientras que conserve esas mágicas fuerzas que nos prestan valor en todas las contrariedades de la vida: la fe y la esperanza.

—¿Ha leído V. los presupuestos?

—¿Qué le parecen á V. los presupuestos?

—¿Con que se aumentan los tributos?

—¿Con que los gastos públicos se aumentan?

—Suprimen la sal.

—Se cargan los intereses de la Deuda.

—Y la Bolsa ha bajado.

—Como que el déficit es muy considerable.

—Y será mucho mayor que lo calculado.

—Ya ve V... las circunstancias por que atraviesa el país...

—Pero la Memoria resplandece por su franqueza.

—No, señor; ataca tímidamente las dificultades económicas.

—Debieran suprimir las contribuciones.

—Y los impuestos.

—Y la renta de Aduanas.

—Y el estanco.

—Y no pagar á los empleados.

—Y suprimir el Ejército y la Marina.

—Y los intereses de la Deuda...

Tales son, sin quitar ni añadir punto ni coma, las conversaciones que se escuchan en los únicos círculos políticos cuya existencia está comprobada: en los cafés.

Y á fe que el asunto es importante de todas veras, y que no llama injustamente la atención;

porque detrás de la Memoria y de los cálculos publicados en la *Gaceta*, aquellas cifras tomarán cuerpo... el cuerpo de un agente recaudador directo ó indirecto, que hará el prorrato entre todos los españoles para que sean una verdad los cálculos del señor Ministro de Hacienda.

Ante esta perspectiva no hay ciudadano que no se apreste á rectificar los presupuestos parciales de su casa, ni casa en que no se escuchen estos ó parecidos diálogos:

—Habremos de introducir economías.

—¿Y cuáles, hombre? Ya ves que ni tus hijas ni yo nos hemos hecho más que seis vestidos en el año último.

—Pues que tiren todo el año económico entrante.

—Tú puedes ahorrar también... Déjate crecer la barba.

—O suprime tú la peinadora.

—¡Hombre!... eso es imposible: tengo el pelo lleno de canas, y sólo con el auxilio de la peinadora se disfrazan.

—¿Pues crees tú que mi barba no blanquea también?

—Quitaremos del colegio al pequeño, ó rebajaremos el salario á la criada.

—Y suprimiremos el cuarto de corazón que

se come la gata. Demasiado oprimido tenemos el nuestro para este lujo.

—Hay también otro medio de salvar la situación.

—No lo veo: el sueldo no me llega para...

—Pero sobre el sueldo se puede pedir prestado.

—Así lo haré porque no digas.

—Y como nuestra conversación no ha de ser inútil, suprimiré definitivamente el corazón de la gata.

—Las de Martínez van á suprimir á su vez el chocolate del loro.

—Y las de Pérez han prescindido ya de dar los dos céntimos que destinaban todos los sábados á los pobres.

—El vecino del principal creo que suprimirá los dos reales que da á la Casa de socorro todos los meses.

—Y el del sotabanco ha salido á comprar una llave en el Rastro para suprimir la peseta del sereno.

—¡Oh! Lo que es de esta hecha no habrá quien pueda decirnos á los españoles, como un Presidente de los Estados Unidos dijo á sus gobernados, que era preciso que, no sólo el Estado, sino los particulares, realizasen grandes economías en sus gastos.

—Bien; y hablando de otra cosa, esposo mío, supongo no habrás olvidado que esta noche es el beneficio del primer gracioso del teatro de las Musas.

—No, ciertamente; y puesto que nos ha obsequiado con un palco, podremos divertirnos económicamente.

—Pero ¿y el regalo?

—El regalo... es verdad: no había caído yo en todo el alcance de la gracia del gracioso... ¿Qué te parece que le regalemos?

—Yo creo que con un reloj de esos que tienen veinticuatro horas y son la última novedad...

—Pero mujer...

—Sospecho que no costará arriba de unos cincuenta duros... ¿Qué menos hemos de darle por su recuerdo al mandarnos el palco?

—Es verdad, y con tal de que no se ofenda por lo exiguo del obsequio...

—No, porque hay para esto un medio ingenioso: mándaselo envuelto en la *Gaceta* que contiene los nuevos presupuestos...

—¡Mamá, mamá! La gata está como loca y se tira á las paredes...

—Efectos de comer corazón... Advierte á la muchacha que desde mañana mismo no se lo traiga.

EXÁMENES

Durante el mes de junio los establecimientos de enseñanza no se dan punto de reposo á examinar á los alumnos que á los mismos han concurrido durante el año escolar, ni éstos á demostrar su insuficiencia para poder entregarse al descanso en los meses de verano.

¡Cuántas manifestaciones en estos días de individualidades llamadas á sobresalir en las distintas profesiones científicas y literarias!

¡Cuántos futuros Ministros ocupando ahora el sillón de los examinandos, ignorantes de sus altos destinos... y de las lecciones de la asignatura!

¡Cuántos futuros académicos escribiendo ayer con *h*, como si desde sus años infantiles comenzaran á dar ya muestra de sus aptitudes para fijar y dar esplendor al lenguaje!

Las ciencias exactas como las metafísicas;

las aplicaciones de las unas á las artes que han de conservar y prolongar la vida humana, como las otras á los procedimientos y formularios para la defensa del derecho; las verdades axiomáticas y las deducciones lógicas prestan ancho campo á la juventud estudiosa para hacer resaltar sus merecimientos é ir labrándose lenta aunque seguramente brillante porvenir.

Pero al propio tiempo, ¡cuántas calumnias á la Historia y á la Geografía! ¡Qué de osadías cometidas contra los clásicos latinos, obligándoles á decir lo que no imaginaron siquiera! ¡Qué innovaciones tan curiosas en las teorías de la Física y en las combinaciones de la Química! ¡Qué reformas tan radicales en las clasificaciones de la Historia Natural!

Si fuera posible reconstituir las ciencias tomando por base los asertos hechos en los exámenes de estos días, es seguro que la revolución sería radical y que resultarían completamente perdidos y estériles los trabajos realizados durante siglos por los hombres más eminentes.

Y así que termine el período de los exámenes, comenzará el de la disculpa de sus resultados.

—La única lección que no me sabía—dirá un suspenso.

—Los catedráticos se habían propuesto rebajar las notas á todos, por lo cual yo, que hice un examen para sobresaliente, he tenido que contentarme con salir aprobado.

—He hecho tan buen examen, que el tribunal quiere que lo repita en septiembre.

—Cinco años me ha costado, pero al fin he salido del primero de latín. Si salgo bien de Geografía en los extraordinarios, el año que viene podré estudiar el segundo.

Las vacaciones veraniegas, pasadas por los alumnos al lado de sus familias en sus pueblos respectivos, debieran enseñar á muchos de ellos que fuera de los triunfos universitarios hay muy honrosas profesiones para el hombre, y que vale más ser un labrador ó un comerciante buenos, que un boticario ó un médico malos. Pero, desgraciadamente, ni los alumnos ni sus padres suelen escarmentar, y alguno de estos últimos exclamaría, como en más de una ocasión he oído:

—El chico será abogado, aunque tenga que vender toda mi labranza y quedarme á pedir limosna. ¿Acaso no lo son otros tan brutos como él?...

EL VERANO

LOS QUE SE VAN — LOS QUE SE QUEDAN
BAÑOS DEL MANZANARES

Suele ser tardo en llegar, pero su solemne presentación en Madrid no debe dejar descontentos ni aun á los más frioleros madrileños. Unas cuantas muertes repentinas, algún principio de asfixia, un par de suicidios, algunas riñas seguidas de heridas más ó menos graves, he aquí el contingente del primer día de calor.

En las familias modestas la llegada del calor vuelve á poner sobre el tapete la cuestión de todos los veranos.

—¿A dónde iremos este año?—pregunta la madre, representante de los deseos y aspiraciones de todo el elemento femenino de la familia.

El padre se rasca la barba y trata de escurrirse por la tangente.

—La prudencia—dice—exige que no nos movamos. Los hombres científicos más ilustres recomiendan que no se cambie de aires.

—¡Qué lástima!—dice la mayor de las hijas...—Ahora que estará tan hermoso San Sebastián.

—Efectivamente, así nos lo escribe tu novio; pero esto mismo me hace desconfiar.

—Y á mí—dice la segunda—que me sentarían tan bien las aguas de Panticosa...

—Ya las toma tu pretendiente Julián, que las necesita más que tú.

—Por otra parte—dice la señora,—las de Pérez han ido á Biarritz, las de López á Paracuellos de Giloca, las de González á Marmolejo y las de Fernández á Trillo. ¡Hasta nuestra portera saldrá esta noche para el Molar!... Todos, todos tienen más suerte que nosotros.

—Tendrán más dinero.

—O un hombre en la familia que sepa satisfacer las justas necesidades de la misma y que no sea un pazguato como tú.

Colocada la cuestión en este terreno, es muy aventurado el pronosticar hasta dónde puede ir. En la inmensa mayoría de los casos el esposo se rinde, y, reducido á un papel pasivo, escucha impasible los debates del elemento femenino hasta saber si ha de irse á Biarritz,

San Sebastián ó Panticosa. Otras veces la imposibilidad monetaria se impone á todas las conveniencias y triunfa el marido, aunque quedando en el convencimiento de que en adelante su vida va á ser, durante el verano, un continuado tormento. Las más de las veces se efectúa una honrosa transacción y se abandona el viaje mediante la compensación de tres trajes, seis sombreros, un abono al teatro del Príncipe Alfonso, y la promesa de ir todas las noches libres á los circos de caballos y al teatro Felipe.

El Niágara, las casas de baños y el humilde Manzanares reciben los cuerpos sudorosos de los madrileños; las tinas de zinc bajan de la buardilla al piso segundo, y se llenan á fuerza de cántaros acarreados por la doméstica ó de cubas que sube el aguador, é individuo hay que en los días de la canícula se zambulle en la tinaja, mientras los periódicos anuncian su salida para Aguas Buenas.

Durante las horas de sol los hombres de negocios corren de un lado para otro con un palmo de lengua fuera, y hay algunos en que todo trato y encargo es imposible: Madrid está durmiendo la siesta.

En las oficinas no reina la animación que suele caracterizarlas, ni se discuten los asuntos

políticos, ni las aficiones tauromáquicas, ni apenas se toma café. En cambio es muy frecuente que al acudir á una portería se vea al portero dormido; que juzgando favorable esta circunstancia se penetre en un despacho, pero que sólo se escuche en él un coro general de ronquidos de los empleados de nuestra Administración.

—¿Cómo tan temprano en la calle?—pregunté hoy á un amigo soltero, á quien vi á las ocho de la mañana.

—Me voy á la Biblioteca.

—Tú, ¡tan enemigo de los libros!

—Sí, amigo mío: en mi casa no se puede dormir por la falta de aseo de la patrona.

—La verdad es—dice otro interlocutor, que forma en la Bohemia literaria contemporánea—que aquí las casas de huéspedes son terribles... Y eso que no puedo quejarme de mi alcoba, pues sobre ser muy alta de techo, es bastante fresca. Algo dura es la cama, pero no siempre puede conciliarse todo.

El orador duerme habitualmente en el banco que rodea la verja del Jardín Botánico.

Conforme avanza la estación y van apretando los calores, los trenes salen de Madrid con

doble número de coches que el ordinario, y las diligencias, carros y otros elementos de locomoción están tomados para todos los viajes que puedan realizar durante semanas. Si pudiera traducirse el suceso en una alegoría gráfica, pintaría yo á Madrid entero en cima de un carro de mudanzas y encaminándose al acaso.

Madrid, el *desideratum* de tantas gentes, la meta á que convergen tantas ambiciones, no tiene ya atractivos para los que le buscaron con tanto afán; el calor por un lado y la moda por otro hace que muchísimos de sus habitantes le abandonen apresuradamente.

La pregunta de todos los años corre ya de boca en boca.

—¿A dónde van Vds.?

La hipótesis de que no haya de abandonarse á Madrid no es admisible siquiera, y sería de mal gusto el emplearla. Aquí es cosa corriente que una vez en el mes de julio no hay más remedio que echar á correr, y que sólo subsiste un problema: el del término del camino que se va á emprender, utilizando para ello todos los medios de locomoción que se conocen.

Y las contestaciones á la pregunta tradicional son de una variedad encantadora.

—Yo iré á San Sebastián.

—Tú irás á Santander.

—Aquel irá al valle de Toranzo.

—Nosotros iremos á Alzola.

—Vosotros ireis á Urberuaga.

—Aquellos irán á La Granja.

Esto, los que conjugan modestamente el verbo viajar, los que se limitan á los balnearios y residencias veraniegas de la Península, pues los que vuelan á mayores alturas no se contentan con menos de irá conocer prácticamente lo que se hace en Mónaco con el dinero; si son buenas ó malas las instituciones helvéticas, y si los Alpes ó los Apeninos son más altos que los cerros de arena de San Isidro del campo en Madrid.

—Yo este año—dice una señora que habita en la Corte mientras que su esposo se halla emigrado—voy á ver al Simplón.

—Yo creía que estaba separado el matrimonio—exclama con candidez un oyente.

—Yo iré á Italia—dice una joven romántica;—visitaré á Venecia, la ciudad de los canales y de las palomas; subiré al Vesubio, bajaré á Pompeya, rezaré en las catacumbas y maldeciré en el anfiteatro la crueldad de los Césares y la ignorancia y esclavitud de sus pueblos. En el otoño volveré á mi casa de Ciempozuelos y en ella escribiré mis impresiones de viaje.

Hay quien sospecha que la viajera se limitará á realizar la última parte del programa y leer durante las siestas el *Viaje á Italia*, de Emilio Castelar.

—¿A dónde te vas?—preguntaba yo esta mañana á un amigo, viéndole en traje de camino.

—A la estación del Norte: hace ya una semana que vivo en ella para poder despedir á todos los que se ausentan. Después pasaré quince días en la Guindalera, que es una residencia de verano como cualquiera otra, y volveré de nuevo á Madrid y á pasar el día en la estación del Norte para recibir á los que vayan regresando. Los que tenemos tantas relaciones necesitamos sacrificarnos por ellas.

Buen viaje y que se diviertan en la expedición, mientras que los que no podemos imitarles realizamos algunos importantes trabajos.

Vamos á revocar las fachadas y los patios de las casas; vamos á desinfectar todos los focos insalubres; vamos á recorrer palmo á palmo la población para no consentir que en cuartos faltos de toda higiene se amontonen la miseria y el desaseo; vamos á proceder enérgicamente contra los vendedores que nos envenenan con sus géneros averiados, á quemar lo que sólo pueda purificar el fuego, y á ir pensando en los muchos y urgentes problemas de caridad, benefi-

cencia y mutuo auxilio que presenta la población de Madrid.

Porque es necesario decirlo y repetirlo cien veces: mientras que los favorecidos por la fortuna pueden en un momento dejar las habitaciones que les cuestan un alquiler de 12.000 rs. ó más, y ausentarse de Madrid en cuanto el calor arrecia ó se registran cuatro ó seis cólicos sospechosos, numerosas familias carecen de lo estrictamente necesario; jornaleros sin trabajo, cesantes de la Administración, productores de la inteligencia en los ramos artístico y literario, familias desheredadas y huérfanas realizan el milagro de poder recogerse en un rincón y de no morir de hambre. Pero ¿qué condiciones reúnen sus guaridas? ¿Cuáles sus alimentos? Prohibida la postulación y perseguidos los que la efectúan, ¿qué recursos quedan á centenares y millares de madrileños para ir prolongando algunos meses ó algunos años su vida? Las autoridades no suelen ocuparse mucho en examinar y buscar remedio á estos males sociales; pero ¡quién sabe si del mismo mal nacerá el remedio! ¡Quién sabe si los propietarios, arrepentidos de tener inquilinos ricos que les abandonan al primer síntoma de peligro, no harán para lo sucesivo casas limpias, ventiladas, baratas y modestas para los madrileños

perpetuos, á prueba de calores, de modas y de epidemias!

Y he aquí cómo, con un poco de optimismo y un poco de buena voluntad, los que nos quedamos aquí saludamos sonriendo á los que se van, y nos disponemos á pasarlo lo mejor posible visitando los lugares de recreo, teatros y circos, jardines y paseos públicos.

De propósito no he citado entre estos alicientes los baños para no tener que hablar mucho de los del Manzanares, pues seguramente no habrá una sola persona seria que haya podido creer nunca que en el Manzanares se baña ó puede bañarse la gente.

Unas charcas cerradas por esteras; una corriente superficial de jabón ocultando el agua del fondo, en la que van quedando de un día para otro los humores de los bañistas y las suciedades todas de sus epidermis; un baño grande en que siempre habrá media docena de litros de agua para cada bañista; otros pequeños que pueden servir para tomar baños de asiento, pero nada más. Esto son, fueron siempre y serán los célebres baños del Manzanares, que sólo han producido el beneficio positivo de dotar al tea-

tro moderno con el regocijado y bien escrito sainete de Ricardo de la Vega.

Pero si como baños son un problema, como pretexto son un elemento de sociabilidad necesario á Madrid.

Pretexto para dar un paseo higiénico en las primeras ó últimas horas del día.

Pretexto para que los novios puedan hablarse durante el camino, y sin necesidad de que se enterela obesa mamá, que les sigue sofocada de sudor y respirando apenas.

Pretexto para que siquiera unas cuantas veces al año los cuerpos de muchos individuos se pongan en contacto con el agua.

Pretexto para comer buñuelos junto al puente de Segovia.

Pretexto para no salir de Madrid á los balnearios de provincias.

Pretexto para ir tarde ó para no ir á la oficina, para robar algunos minutos al comercio ó al taller, para encontrarse las personas amigas, para averiguar secretos íntimos de las extrañas, y para otras muchas cosas que se presienten, pero que no pueden consignarse sin incurrir en el feo vicio de la murmuración.

El año anterior la autoridad prohibió como medida higiénica los baños del Manzanares.

La noticia cayó como una bomba en muchos círculos.

—¡Yo que había comprado un juego de vejigas!—decía un padre previsor.

—¡Yo que quería aprender á nadar!—añadía un ignorante de que para este ejercicio es necesaria de toda necesidad el agua.

—De haber sabido esto—exclamaba una viuda problemática, con noventa escalones y vistas al patio—me hubiera marchado á Biarritz.

—O al Sardinero—añadía una maliciosa vecina, que no ignora las cuentas pendientes de la viuda con el vendedor de pescados de la esquina.

—Tendré que gastarme seis reales—gruñía sordamente un individuo que el año anterior se limpió el cuerpo y hasta pudo secárselo por dos reales en la sábana común.

—Por de contado—añadía uno satisfaciendo su espíritu de oposición—que el Gobierno tiene la culpa de todo. Los baños del Manzanares son un excelente preservativo contra el cólera, pues bastan para inocular todo género de sustancias atenuadas; prohibirlos es entregarnos indefensos al huésped asiático. ¡Oh, si mandasen los míos!...

—¿Qué harían?

—Mandar los baños del Manzanares á domicilio.

Yo creo, disintiendo del ciudadano en cuestión, que en unas aguas donde no se atreven á penetrar los peces, bueno es que no penetre el hombre; y que es preferible pasar un poco de calor, ó bañarse en pilas que se surtan del Lozoya, á recibir impávidos sobre el cuerpo los residuos que arrastran entre jabón las turbias aguas de nuestro río.

VERBENAS DE CALLE

En la noche del 15 de julio se celebra con ruidosa animación y algazara la verbena del Carmen. En la calle de este nombre, y en la fachada de su iglesia, naciendo de su cuerpo alto, que conserva—resto del carácter del antiguo Madrid—clásicas covachuelas, profusa iluminación de farolillos á la veneciana; en la calle, é inmediatas á la gradería, las macetas de albahaca que prestan aroma al ambiente; dentro del templo, religiosa función á la Virgen. En la calle de Alcalá, y delante del templo de San José, también iluminado, prolongada fila de puestos, en que alternan las flores con los juguetes y las rosquillas, y público numeroso que circula alegremente por las aceras. De vez en cuando los sonos de las bandurrias y guitarras y los cantos de las comparsas que se dirigen hacia el Prado, y cuyos ecos se van apagando lentamente á lo lejos.

Animadas conversaciones, frases sueltas de amor y galantería, requiebros más ó menos admisibles dentro de las buenas formas sociales, mucho ruido, mucha animación: he aquí lo que ofrece la verbena del Carmen en Madrid, más concurrida y más alegre generalmente que las de San Juan y San Pedro.

Al retirarse de ella las familias no trasnochadoras, muchos jóvenes de ambos sexos se dejan allí acaso el corazón, mientras que los niños llevan á sus casas más positivo recuerdo con las figurillas de barro pintado que les compran, muestra de un arte que tampoco sale de su infancia en esta clase de manifestaciones y para fiestas de la mencionada índole.

Y se comprende que la verbena del Carmen sea hoy lo que en lo antiguo fueron las de San Juan y San Pedro. Estas dos últimas fiestas nos encuentran ahora generalmente con tapaboca y gabán de pieles, y este traje no es muy oportuno para fiestas veraniegas: en cambio, al llegar el Carmen sufrimos el calor en su grado máximo, y aun sin tiestos de flores ni comercios de rosquillas nos arrojamus á las calles y paseos durante las noches en busca de un fresco muy problemático, pero con el cual hemos soñado durante las insoportables horas de calor del centro del día.

La verbena de San Lorenzo continúa siendo una de las más típicas de Madrid. La extensa barriada en que radica la parroquia es acaso la más poblada de la Villa y Corte; la época del año en que se celebra convida á dejar las abra-sadas habitaciones por el fresco de la calle; y en cuanto á los mantones de Manila, aunque sólo fuera para preservarlos de la polilla, conviene sacarlos de vez en cuando á que tomen el aire.

Las costumbres madrileñas que se perpetúan en los barrios bajos hacen que los feligreses de la parroquia *de la chinche* (que así se llama la de San Lorenzo) preparen desde muy temprano la sangría de vino y limón con que aguardan la visita de sus amigos de otros barrios; cuelguen en varias calles de balcón á balcón los farolillos de colores y las guirnaldas de papel, y saquen á la puerta la guitarra destinada á estar en permanente ejercicio toda la noche.

—¡Ya no falta nada!—decía este año la víspera del Santo por la tarde un entusiasta de la verbena:—la policía ha levantado ya la caseta de madera destinada á prevención, y en la Casa de socorro están ya de servicio permanente los médicos.

Estas precauciones, adoptadas alegremente,

podrán parecer extrañas en otros pueblos, pero no en Madrid.

Sabido es que en su fiesta principal, las corridas de toros, se empieza por preparar la enfermería y la guardia de médicos de la Beneficencia, y que el Santo Viático está preparado para los que puedan necesitar de él.

Al día siguiente, en la trabajadora é industrial barriada de San Lorenzo reina un silencio que contrasta con el bullicio de la noche. Ni el zapatero machaca suela, ni el sastre concluye las prendas en que le recomendaron mayor prisa, ni en el taller del carpintero se oyen más que bostezos, ni en la barbería se escucha el animado monólogo del oficial mientras rapa las barbas del parroquiano. Todos descansan de las fatigas de la noche última, convirtiendo en festivo el día del Santo, aunque así no lo rece el Calendario.

Para el lucimiento de las verbenas hay necesidad de quedarse en mitad del arroyo en mangas de camisa, y tener la virtud necesaria para pasarse la noche cantando ó tocando la guitarra, sin otros paréntesis que los estrictamente necesarios para dar un tiento á la bota ó consumir el contenido de una gran ponchera de sangría.

Y lo dicho sobre las verbenas del Carmen

y de San Lorenzo es aplicable en todo á la de San Cayetano, celebrada en las inmediaciones del templo parroquial consagrado á dicho Santo. Farolillos de colores en la fachada de la parroquia; iluminación de toda clase de sistemas en las casas más próximas; colgaduras en algunas; por las calles, músicas y puestos de frutas y bizcochos, santos de barro y licores de ilusión. El baile público privando en muchas casas y aun en la calle á las altas horas de la noche; mucha animación por todas partes, y una temperatura agradabilísima arrojando á los madrileños de sus casas y llevándoles á la verbena.

El clásico mantón de Manila y el peinado con flores son, como queda dicho, la nota característica de las mujeres, capaces de marear con su hermosura más que las botellas y frascos con sus preparados químicos.

Los trasnochadores pueden escuchar de madrugada serenatas, y músicas, y cantos, y entregarse al descanso creyendo vivir en un pueblo feliz. Al despertar al siguiente día volverán á la descarnada y triste realidad.

CÉDULAS PERSONALES

Ya ha comenzado la cobranza de las mismas en esta capital, con la lentitud, dificultades y excepciones de siempre. Muy en breve serán descontadas á los empleados públicos; después se despacharán algunas á los amantes del cumplimiento de las leyes en sus más pequeños detalles; pasados varios meses se impondrán los recargos que son de rigor, y que pagarán muy pocas personas, y al fin del ejercicio que ahora comienza se verá por la Hacienda que el ingreso por cédulas personales no alcanza ni con mucho á los cálculos y presupuestos hechos.

En este particular todos los Ministros de Hacienda se equivocan notablemente, y la contribución personal, pudiendo ser una de las más saneadas é importantes, alcanza límites muy exiguos.

¡Y si pudieran al menos servir las cédulas

personales para acreditar la personalidad del que las posee! Pero, ni aun eso: les falta para ello aquella curiosísima descripción del individuo, que tanto gusto dió en la primera época de las cédulas.

Dignos eran de compasión por entonces los Alcaldes: obligados á indicar las facciones de una señora, leían *nariz*, y al levantar la vista para comprobar la indicación, notaban que la nariz brillaba por su ausencia, ú ocupaba en el rostro mayor espacio del que prudentemente se le debe conceder; *ojos*, seguía diciendo, y, so pena de faltar á la verdad, precisaba hacer constar que tenían una graciosa ribeteadura entre roja y verde; *cabello*, leían, y en este punto necesitaban consultar á la interesada cuál era el verdadero color de su pelo, pues ó bien su negro-marfil denunciaba triunfos de la química, ó su rubio-fideo dejaba entender que no era el color primitivo. Todo esto sin contar los peligros de una equivocación de línea, que asignara á la barba las dimensiones de la estatura, ó á los labios el color del cabello, justificando así lo que dijo un poeta:

Equivocando un Alcalde
las señas de Baltasar,
puso: *Nariz*, cinco pies...
Y casi dijo verdad.

Para evitar riesgos, ó llevados de un espíritu de galantería, los Alcaldes decidieron *regularizar* á la humanidad; y bien se les presentara un gigante, bien enano, ya un Adonis, ya un Picio, pusieron en todas las señas:

Estatutura, regular.

Color, regular.

Ojos, regulares.

Nariz, regular.

Y así sucesivamente, no saliendo de lo regular hasta la línea de *Señas particulares*, en que ponían *ninguna*, aunque algún cáncer se hubiera comido media cara al dueño de la cédula.

Hoy no existen estos inconvenientes; pero la Administración, al perseguir sólo un fin tributario, se hace cómplice de muchos engaños, fijando en las cédulas la edad que cada uno quiere, ó asignándole el estado civil que tiene por conveniente.

Tiempo es ya de que se piense en las muchas reformas que las cédulas personales reclaman si han de realizar un fin tributario, siendo al propio tiempo garantía personal del que la use.

Á CUARENTA GRADOS

Henos ya, sin previas revoluciones, en el período de la liquidación social. El calor en Madrid ha llegado estos días á ser tan excesivo, que las familias pobres no necesitan encender lumbre en los fogones, pues les basta poner el puchero al balcón para que resulten admirablemente cocidos los garbanzos más rebeldes.

El sombrero ha venido á ser un adorno de la mano en lugar de contribuir á la defensa de la cabeza, y el abanico es ya artículo de primera necesidad para todos los sexos y todas las edades.

El botijo es actualmente compañero inseparable del hombre, y en el interior de las habitaciones se hacen ensayos, todavía tímidos, para llegar al planteamiento de las modas pri-

mitivas y paradisiacas. Seis grados más de calor, y triunfa la hoja de parra en toda la línea.

Los proyectistas, que no pierden ocasión de lucirse, tratan hoy de plantear, después de serios estudios y prolongadas vigili-as, las más atrevidas innovaciones.

Quién pretende el establecimiento de abanicos monstruos que puedan utilizar simultáneamente todos los que asistan á un paseo ó á un teatro, á un concierto ó á una corrida de toros.

Quién proyecta repartir helados á domicilio utilizando las cañerías del gas, ahora que este fluido va de capa caída.

Quién aspira á renovar, con mangas que arranquen de la tierra, el aire respirable de Madrid, ó á establecer fuelles monstruos desde el Escorial.

Quién pretende recoger en estufas especiales el calor que hoy sobra para poder facilitarlo en el invierno próximo á cuantos lo soliciten y lo paguen.

La electricidad, la luz y el sonido han logrado en lo que va de siglo portentosas aplicaciones que no llevan trazas de terminar: hora es ya de que se haga lo propio con el calor y de que establezcamos una temperatura agradable

y uniforme, por lo menos en las capitales donde los tributos municipales nos arruinan.

Mientras que esto no suceda tendremos que seguir en mangas de camisa, y con un abanico en perpetuo movimiento, leyendo *Los ingleses en el polo Norte* y *El desierto de hielo* para refrigerarnos un poco; escribiendo alguna carta á los amigos que podamos tener en la Siberia, ó siquiera en Ávila y Burgos; y si nos atrevemos á salir de casa, á dar algún paseíto hacia los antiguos Pozos de la nieve.

Con esto y algunos cuartillos de horchata de chufas; con pasarnos las noches tumbados en los bancos del Jardín Botánico ó en los que rodean la estatua del buen Felipe IV en la plaza de Oriente; con leer algunos discursos parlamentarios para envidiar la frescura de los padres de la patria, causantes de su ruina, y que tanto pregonan su amor á la misma; con no trabajar nada, meditar poco y dormir mucho, iremos salvando esta época del año los que no podemos sustraernos á la sofocante atmósfera de Madrid y renunciaremos forzosamente á las excursiones veraniegas de casi todos nuestros convecinos.

Y si á pesar de todas estas precauciones el calor sigue en aumento y los medios de defensa estacionarios, nada tendrá de particular que

vayamos acabando, unos por asfixia y otros liquidados por el sudor, hasta que sólo queden unos cuantos, para que transcurridos varios meses den fin de ellos las sutiles brisas del Guadarrama.

TERTULIAS DE CALLE

Si en las calles del Amparo y del Alamillo, del Oso y de Valencia, del Bonetillo y del Grafal acostumbraran los vecinos á estar en todos los refinamientos de la exigente moda, es seguro que hubieran hecho tirar y repartido á sus relaciones unas tarjetas que dijeran:

„El Chato y la Pepa, la Zurda, el Moscón y familia se quedan esta noche... en la calle.”

Pero sin tarjetas semejantes hay seguridad de encontrarles, al transitar por las calles en cuestión, sentados en las aceras, ocupando por completo éstas y aun una buena parte del empedrado, entregándose á mutuas confianzas de tertulia á tertulia, con perjuicio de tercero, comentando los sucesos de la vecindad, los intereses generales de la población y acaso el discurso que han escuchado á algún predicador socialista y retienen fresquito en

la memoria. Desde las horas primeras de la noche hasta las más altas de la madrugada no hay humana posibilidad de transitar por ciertas calles sin tropezar con muchachos que roncan apaciblemente sobre los mullidos colchones de *lana berroqueña*, con mujeres que murmuran con voz más elevada de lo que requiere el vicio de la murmuración, y con hombres que extienden sus piernas interminables, y fuman, disputan y duermen á trechos, todos buscando en la calle algo del fresco que les niegan sus estrechas, sucias é incómodas viviendas, en tanto que les ofrecen con profusión verdaderamente aterradora las mil alimañas á que da vida el calor.

Entre las malas costumbres que las autoridades madrileñas no han tomado empeño en desarraigar, figura la de las tertulias de calle. Y se comprende que así sea á poco y muy superficialmente que se conozca la triste situación del proletariado madrileño en lo que se relaciona con los problemas de la habitación, completamente perdido en esta Corte. Aquí las modernas edificaciones van concluyendo con las antiguas casas de vecindad, sin que nada las reemplace; los cuartos más baratos no pueden ser costeados por la clase jornalera, y de aquí la reunión de dos y de tres familias bajo

el mismo techo, con todos los peligros que para la tranquilidad, la moral y la higiene arrastran estas reuniones. Las barriadas de obreros, aunque constituyendo un peligro social, no han dado resultado en Madrid. La casa á la moderna reclama más gastos de construcción, que hacen imposible toda renta para el capital, y en tal estado las cosas sólo corresponde al vecindario echarse á las calles en noches de calor y á las autoridades hacer la vista gorda sobre el abuso.

Y ¡qué de cosas se aprenden escuchando breves momentos á las que forman las tertulias!

—Hoy han recogido el pan de las tahonas— dicen en una:—¡por señas que á cada panecillo faltaba un *kilómetro*!

—Pues ya verás cómo no escarmientan... ¡Ladrones! Debieran amasarlos con la pasta y ponerlos al horno á cocer.

—Anda, y la Gertrudis se quedará sin su novio el panadero.

—Déjala, que ya ella, por si acaso, tiene siempre otro de reserva.

—¡Otro! Y dos... y tres... que por algo la llamarán la *generosa*.

—Como que da todo lo que es suyo.

—Oye tú, mala lengua, muchas que no son

la Gertrudis tienen también su apeo por el día y su marido por la noche.

—No lo dirás por mí, *esgalichao*.

—Lo diré por la otra.

—Explica esas palabras.

—¡Silencio!—dice una voz que tiene toda la autoridad que quiere darse,—que pareceis, mal comparadas, unas ollas de grillos.

—Oigan al señor *Inspetor*.

—El Corregidor de Almagro.

—Más le valiera cuidar de sus hijas, que salieron á comprar seda á las tres de la tarde y no han vuelto en diez horas.

—Estarán arreglándose con el comerciante.

El que intentó poner orden oye todo como quien oye llover, ó contesta con un sonoro ronquido, que demuestra el poco aprecio en que tiene á las acusadoras.

Y yo también doy punto al tema, porque había de ser al proseguirlo muy naturalista, y la escuela no me encanta.

PREPARATIVOS TEATRALES

Al mediar en Madrid el mes de septiembre, los círculos teatrales llaman la atención más que los círculos políticos. La comedia literaria triunfa momentáneamente de la comedia política, y el movimiento de preparación de la primera es objeto de todos los cálculos y de todas las conjeturas.

Cierto que actualmente hay pocos españoles que se resuelvan á intentar una empresa teatral; pero así que alguno se *clarea*, puede estar seguro de que no le dejarán ni á sol ni á sombra cómicos y bailarinas, coristas y profesores de orquesta.

—Yo—le dice uno—he sido barba durante largos años; pero como he observado la hilaridad que siempre que me presento en escena causo al público, he resuelto consagrarme al género cómico.

—Yo—dirá otro—puedo cantar los barítonos, mientras no me vuelve la voz de tenor que me arrebataron unas calenturas, y en caso de necesidad, puedo cantar también de bajo. La Naturaleza me ha dotado de un órgano especialísimo y envidiable.

—Yo he sido dama jóven durante mi juventud y los treinta primeros años de matrimonio, pero hoy quisiera contratarme de característica. También quisiera que mi marido se colocase de primer apunte, y mi primo Gustavo de parte por medio. Él quiere hacer galanes, pero yo sé perfectamente hasta dónde puede llegar.

—Yo soy Pérez, el mismo Pérez que trabajó con González en Torrelaguna, cuando pusimos en los carteles nuestros nombres cruzados en forma de aspa de molino. Yo representé el *Don Alvaro* en Algete, y el *Carlos II el Hechizado* en Aravaca: por señas que tuve que dormir en las eras del pueblo, porque á causa de lo que me posesioné del papel del fraile, los mozos quisieron matarme. ¿Pregunta V. por mis honorarios?... ¡Oh! no soy exigente como otros... Quince duros diarios, un beneficio verdad y otro á partir con la empresa al mediar la temporada, y dos coronas que ha de arrojar me en ellos la *claque*... Esto es barato, porque yo mismo proporcionaré las coronas.

—Yo soy la María, una especialidad para los papeles de rompe y rasga... Mi pariente, que es el señor, hace como nadie el tipo de chulo aburrido... Yo me canto y me bailo por lo serio y por lo flamenco, manejo las palmas y alboroto por mis hechuras siempre que me visto de hombre.

—Yo nací á la vida del teatro cuando apenas podía hablar, y durante trece años he figurado como prodigio en miniatura. Después bailé en tercera fila y figuré como ninfa en diferentes comedias de magia. Hoy sólo aspiro á salir al teatro aunque sea sin sueldo, pero donde luzca, porque ya sabe V. que hay personas que pueden suplir á los empresarios...

Y así sucesivamente van desfilando por delante del mísero caballo blanco figurantas y figurantes, coristas de á cinco reales con solos de gallo, partiquinos y racionistas, apuntes y traspuntes, atrecistas y peluqueros, acomodadores y arrojes.

Tampoco los autores dramáticos están ociosos, y ya nos preparan los sazonados frutos de su ingenio. Quién da la última mano á un drama realista, titulado *El Matrimonio*, y en el cual han de presentarse al desnudo las escenas más íntimas; quién, engolfado en la letra de algunas piezas francesas, trabaja para meter á

martillo en unas notas imposibles varias sílabas irregulares que quieren asemejarse algo al castellano; quién trabaja simultáneamente en catorce ó quince zarzuelitas bufas para surtir á todos los teatros por horas; quién se lanza á la alta comedia por sí Mario quiere tenderle una mano protectora; quién rehace el final de un drama trágico para convertirlo en sainete lírico; quién, por último, anda á caza de obras ajenas para darles, con el bautismo de su nombre, una novedad que perdieron hace años.

La calle de Sevilla y el *Suizo nuevo* son un hormiguero en que se agita todo el mundo teatral; y á juzgar por los preparativos, el año cómico promete ser fecundo. Hay quien sospecha que muchas de las empresas nacientes no podrán resistir los primeros fríos del invierno, y que allá para fines de noviembre nos volverá á saludar en la calle de Sevilla algún primer actor de los que han hecho el *Otelo* en Alcobendas con el uniforme de un Guardia civil, para asestarnos un sablazo de dos pesetas, que es lo que cuesta un almuerzo de tres platos, vino... y cólico.

LAS FERIAS

Las ferias, manifestación bastante primitiva de los problemas comerciales, han perdido mucha importancia desde que la multiplicación de las vías férreas ha acercado entre sí al productor y al consumidor. Especialmente en las grandes capitales, donde todo el año es feria, éstas carecen por completo de justificación y de razón de ser.

Madrid celebra la suya el 21 de septiembre, alzando en la calle de Alfonso XII los tradicionales puestos de juguetes, de objetos de á real y medio la pieza, de avellanas y nueces, de melocotones y acerolas, de libros incompletos y antigüedades prehistóricas; ferias que son una verdadera sucursal del bazar de las Américas, que á nada conducen, que no llenan ningún fin y que ni siquiera sirven ya de pre-

texto para hacer que vengan á la Corte los indígenas de Alcorcón, Griñón y Móstoles.

Desde que Mesonero Romanos pintó las ferias de la calle de Alcalá hasta el día, todo ha cambiado, al extremo de no reconocerse la verdad de la pintura del ilustre satírico. Las tentativas hechas posteriormente por el Municipio y la Diputación provincial no han conseguido galvanizar el cadáver de la feria, y hoy parece increíble que haya algunos industriales que se metan en un cajón de madera para llamar al público, cuando éste con mayor comodidad puede adquirir cuanto apetezca en calles céntricas.

Y, sin embargo, los hay.

Como habrá bibliófilos que adquieran un dolor de riñones buscando en sucio montón de folletos alguno poco conocido ó justamente olvidado.

Como habrá amantes que sean conducidos á la feria por sus futuras mujer y suegra para que hagan gala de generosidad comprando algunas medidas de nueces.

Como habrá chiquillos que no cesarán en su llanto hasta que les lleven á la feria y les compren, ya el sable de hojalata, ya la pistola de presión de aire, ya el peón-camaleón ú otras variedades de los juegos infantiles.

Como habrá filósofos que paseen la calle de Alfonso XII, según antes pasearon la de Atocha, y antes todavía la de Alcalá y las plazuelas en que cada vecino ponía á la venta los trastos desvencijados y llenos de polilla, antes que ésta los hiciera desaparecer por completo.

Quien no acude ya á la feria es uno de los tipos más característicos de ella.

El señor Manuel.

Éste, que era un honradísimo carpintero de la calle de Lavapiés, no podía estar nunca ocioso: durante las largas noches del invierno, en las mañanas de los días festivos y siempre que otros encargos más apremiantes se lo permitían, se encerraba en su casa y allí preparaba cachazudamente comoditas y armarios de muñecas, sillerías microscópicas, tapaderas y trípodes de tinajas, carritos para basura, cubas de riego, veladores, rinconeras, cajas de reloj y otras muchísimas menudencias que, pintadas y barnizadas unas veces y en blanco otras, estaban destinadas á figurar en las ferias, siendo objeto de la codicia del público infantil.

Y no acudirá el señor Manuel, porque la *Gaceta de Madrid* habló dos veces de él en el verano de 1885.

La primera para decir que había sido ata-

cado por la epidemia colérica; la segunda para hacer constar que había fallecido.

Hoy que es costumbre el consagrar retumbantes elogios á los grandes cuando llega para ellos el día de las alabanzas, no me parece impropcedente tributar asimismo algún recuerdo á los humildes.

¡Ha proporcionado tantas satisfacciones á nuestros hijos el señor Manuel, que lo menos que por él puede hacerse es dedicar este ligero recuerdo á su memoria!

LOS QUE VUELVEN

El movimiento de regreso á Madrid se va acentuando de día en día en cuanto llegan los últimos del mes de septiembre. Los que se ausentaron por seguir una tradicional costumbre, por justas causas de salud, ó simplemente por huir de los microbios, llenan las diligencias y los trenes, cruzan todas las carreteras y vías férreas y dan con sus huesos en Madrid.

—¿Y qué tal San Sebastián?—preguntamos á unos amigos.

—¡Oh! verdaderamente delicioso.

—¿Y es cierto que tuvieron Vds. allí una ballena?

—¡Hombre! Yo no la vi, porque precisamente el mismo día se cayó al mar desde un muelle mi suegra, y nos vimos negros para recogerla. Y, francamente, sospecho que en esto de la ballena pudo haber algún error en los que

la vieron, que acaso la confundirían con mi mamá política.

—¿Qué tal París?

—París, admirable: 75 francos diarios por persona en el hotel que habitábamos, y éramos nueve y hemos estado tres meses. Te digo que con eso y con los *achats* que hemos hecho, vuelvo arruinado. Afortunadamente en el invierno haremos *des epargnes* en Madrid... ahorros, que decís vosotros.

—¿Y no te parece poco patriótico ese sistema?

—¡*Tiens! ¡Tiens!* Patriotismo... Vosotros los madrileños usando siempre *des gros mots*.

—Pues nunca en mejor ocasión: figúrate que la cuestión internacional se complica... que estalla la guerra.

—Tomo el tren y en veinticuatro horas me planto en París.

Otras veces los que regresan son los que toman la palabra para preguntar:

—¿Y es verdad que en agosto las gentes se iban cayendo muertas por las calles á consecuencia del cólera?

—Afortunadamente, no hay una palabra de verdad en todo ello.

—¿No es verdad que se acabaron los carros fúnebres y que por las noches se empleaban los

del Matadero para llevar cadáveres al cementerio?

—¡Hombre! ese es un absurdo.

—La verdad es que, creyendo yo que habrían muerto la mitad de los madrileños, apenas bajé del tren fui encontrándome á todas las personas que más me revientan. El prestamista X, el procurador contrario de mi pleito, la bailarina Z, que me persigue sin descanso desde que la dejé para contraer matrimonio; mi casero, el médico á quien debo una porción de visitas; el espadachín Y, que siempre procura pasar á mi lado para pisarme y promover un conflicto... La verdad es que el cólera ha debido ser muy benigno.

—Y hablando de otra cosa, ¿viste en París á las de Martínez?

—En París, no; pero en Pozuelo subieron al coche y han llegado conmigo.

—Y á los de Pérez, ¿no les has visto en San Sebastián?

—No, si donde han estado es en San Sebastián de los Reyes... Lo mismo que nuestro amigo K: nos dijo que iba á Bayona, y ha estado en Chinchón, Villaconejos y Bayona de Madrid.

—En fin, bien venido y mucha suerte en el próximo invierno.

— Mucha necesito tener para reponer mi quebrantada fortuna.

Estos y otros diálogos entre los que llegan y los que no se han movido de Madrid se escuchan constantemente en calles, casas y paseos.

Poco después la capital recobra por completo su aspecto habitual; ábrense teatros y Cortes en que lucen actores y políticos sus aptitudes para las artes del fingimiento; las cuestiones políticas reivindican su influjo, y hombres muy importantes que se han pasado el verano temblando, por ejemplo, al cólera, nos hablan de su valor cívico y de su desprecio á la vida; todos los ambiciosos de todos los pueblos después de repetir en ellos su grito de guerra á Madrid, acuden á él en demanda de los dones que suele conceder á la osadía; y los vecinos permanentes de la capital tenemos que resignarnos á leer en los periódicos los elogios al patriotismo, á la abnegación y al valor cívico de los mismos.

¡Extravagancias de la vida y misterios de la humanidad!

PRINCIPIO DE CURSO

El anuncio de la matrícula y exámenes extraordinarios ha venido á sorprender á los que se habían acostumbrado á la idea de poder enlazar las vacaciones de verano con las de Nochebuena, y ya se nota en las capitales y pueblos el movimiento precursor de los estudios.

Aquí son las dueñas de las casas de huéspedes las que se consagran á los más definidos preparativos para recibir á los forasteros.

—Pondré—dicen—cinco camas en cada una de las alcobas, por cuyo sistema, aunque los muchachos tengan mal dormir, no podrán caerse nunca al suelo. Compraré una estera al portero de alguna oficina, con lo que me saldrá por una friolera. Bajaré de la buardilla el brasero por si viene con algún muchacho su padre, que después tiempo queda de no encenderlo en todo el invierno. Sacaré de la cómoda

los libros de texto en que me cobré del estudiante manchego, por si pueden convenirle á alguno de los nuevos huéspedes. Después estudiaré, con ayuda de D. Cleto el memorialista, el medio de dar por ocho reales chocolate, almuerzo y comida con dos principios; uno de ellos albondiguillas, que admiten hasta las pastas de los libros viejos y los elásticos de las botinas de desecho... Diez huéspedes á ocho reales son cuatro duros diarios: con cuatro duros diarios puede adquirirse mucho garbanzo y algunas arrobas de truchuela, y hasta ahorrar para comprarme un pañolón de ocho puntas.

Los estudiantes de los pueblos hacen cálculos no menos curiosos.

—Quince duros para la matrícula y quince para libros, son treinta; treinta, y doce de la patrona, son cuarenta y dos, y ocho que me dan para mi bolsillo, cincuenta. Con cincuenta duros puedo abonarme en el teatro, tomar café y fumar un mes, pagar unas botinas imperiales á la pobre Enriqueta, que durante el verano ha debido pasarlo muy mal con sólo la costura, y todavía quedarán unas cien pesetas que, dándolas *tres golpes*, se convertirán en ochocientas. Además, el verano pasado en el pueblo me he hecho muy diestro en el juego de la cuarenta y una y en carambolas: dos

horas que dedique al billar todos los días, sobre distraerme un rato de mis estudios, me proporcionará una rentita de dos ó tres duros, con lo cual podré alternar con los socios del Veloz-Club, abonarme á palco en los toros é ir ahorrando para comprar en junio los libros de texto.

Los padres sueñan como los hijos.

—Con el sacrificio que me impongo—meditan á solas,—Dieguito no será, como yo, un pobre labrador, comido de contribuciones y sujeto al pedazo de tierra de sus abuelos. En pocos años será abogado; sus triunfos forenses le abrirán luego las puertas de la vida parlamentaria, y una vez Diputado le verá luego Subsecretario, Ministro... ¡quién sabe si mucho más! Nada: es forzoso costearle la carrera, y aunque tenga que hipotecar las viñas y vender la casa de labor, haré que Dieguito no cese en sus medros. Si me arruino, él acudirá luego en mi auxilio...

(Creo que he dicho á los lectores que los padres sueñan.)

La madre, entre tanto, llora y reza.

—Santísima Virgen, protégele en Madrid, donde tantos peligros han de cercarle... Que cumpla sus deberes, que oiga misa y frecuente las buenas compañías, y sobre todo que no se

deje engatusar por las mujerucas de por allí. Que no le pase como al hijo del médico, que murió en Madrid en una camorra que armó en un baile, ó como al sobrino de D. Juan el notario, que lleva cinco años de haber vuelto al pueblo y todavía no ha podido soltar las muletas en que vino apoyado.

Y los consejos de unos y otros llueven sobre el estudiante.

—Que seas bueno y honrado.

—Que te apliques al estudio.

—Que no asistas á los bailes de máscaras.

—Que visites al señor cura de San Justo todos los días.

—Que cumplas con la Iglesia.

—Pocos amiguitos, pocas salidas de casa, pocos paseos: recuerda los sacrificios de tu familia.

—Y hazte digno de tus destinos futuros.

—No olvides—añade el maestro de escuela—que á mí me debes los primeros rudimentos de la sabiduría y que soy la primera piedra del camino de tu porvenir.

Todo esto acompañado de abrazos y apretones de manos, hasta que el estudiante, zampándose en el coche, siente arrancar á las mulas ó silbar á la locomotora, y mientras que saluda con un pañuelo á los que se que-

dan, piensa mentalmente con el héroe zorri-
llesco:

¡Eh! ya salimos del paso,
y no hay que extrañar la homilia:
son pláticas de familia...
de las que nunca hice caso.

ANUNCIOS DE FRÍO

No hay que fiarse de lo agradable de la temperatura, Bonifacio: estamos á tres de octubre y dentro de nada comenzarán los fríos. ¿Qué piensas hacer?

—En primer término aguantarlos, que es lo que encuentro más fácil.

—Bueno, ¿y luego?

—Mujer, si aguantamos con éxito los fríos, podremos plantarnos en el verano sin dificultad alguna.

—No te burles, que el asunto es harto serio. Mira, hoy mismo han esterado las del segundo, de cordoncillo nada más, pero parece alfombrado el piso con sus grandes listones azules y de color de café.

—El azul pierde mucho y tiene muy mala vejez.

—No será tan mala como la que nos aguarda

á los dos. Bien hacía mi madre al aconsejarme que te dejara á tí por aquel ordenador de pagos.

—Qué mayor orden en nuestros pagos que el que observamos aquí. Todo lo que debo lo llevo apuntado.

—Sí, y también en la tienda llevan la cuenta... por señas que ya hoy me han dicho que no están dispuestos á seguir fiándonos.

—Peor para ellos, pues lo que sobra en Madrid son tiendas. Con que decías que las estas...

—Con tres rollos creo que tendremos bastante: á siete duros rollo, veintiuno.

—Exacto, exactísimo; ni en el Tribunal de Cuentas harían esa con mayor exactitud. Lo malo es que no sé de dónde sacar esos veintiun duros.

—También necesitamos un brasero de copa; poner trece cristales en los balcones y burlete en todas las juntas de las puertas; una capa para tí, un mantón de lana para mí y elásticas para los muchachos.

—Pues, hija mía, ni el ordenador de pagos con que quería casarte tu madre es capaz de hacer semejantes milagros con las tres pesetas que tengo en el bolsillo y que han de durarme hasta que vengan los míos.

—Los tuyos... ¿y cuáles son los tuyos que tanto tardan en llegar?

—Mira, hija mía, lo más prudente me parece esterar lo que se pueda con lo viejo del año anterior, poner papeles donde faltan cristales, listas engomadas en las junturas, y que tú y yo y nuestros hijos nos dediquemos á jugar al caliente manos hasta que se anuncie la Primavera.

—¿Y no hemos de abrigarnos?

—Lo más que puedes hacer, en mi concepto, es que tú y yo sigamos abrigando ilusiones, que es cosa fácil de abrigar.

—Con que el chico necesita...

—La Gramática de Ayuso... la Geometría de Cardín, la Física de Sanjurjo y la Historia Natural de Galdo.

—La Gramática de Ayuso... pues si el primer curso lo estudió por la de Sales...

—No importa: hay que variar.

—Y para la Geometría, ¿no sería igual el Cortázar?

—No, señor.

—Y esa Física de Sanjurjo...

—Poca cosa; cuatro duros ejemplar.

—Afortunadamente, la Historia Natural la tengo de cuando estudió mi chico mayor.

—¡Ah! pero hay que comprar la edición última.

—Total, diez duros, que con otros diez de colegio y los doce de matrícula hacen... dos onzas cabales por este mes. Afortunadamente, en cuanto en España se obtiene un título académico está asegurado el porvenir de un muchacho.

* * *

—Las de X se han abonado á la Zarzuela y están buscando empeños para abonarse al teatro nuevo de la Princesa.

—Hijas mías, lo que es empeños no me faltan á mí.

—Y tendremos que asistir al Español los lunes de moda.

—Y á la Comedia los martes.

—Y al Real de vez en cuando.

—¿Y si por llevaros á todas partes tengo yo que liquidar luego arrojándome por el viaducto?

—Pues si no vamos al teatro, ni nadie nos conoce, mal podremos casarnos.

—Yo os llevaré al Prado los domingos, y á

la Plaza Mayor por Nochebuena, y á la parada todas las mañanas, y á las formaciones siempre que las haya, y á ver subir los globos junto al Retiro, y á la entrada y salida de las funciones de toros y al vestíbulo del teatro de Lara, donde nadie sabrá si hemos comprado billetes ó no. Lo que quiero que comprendais es que yo no soy un Rostchild, ni siquiera el *Melgares* ó el *Bizco del Borge*; que no sé cómo se gana dinero entrando matute ó realizando timos, y que mi sueldo de cuatro mil pesetas apenas llega para comprar lo más necesario á la vida.

—¿Y no veremos el teatro nuevo?

—Yo os leeré todo lo que diga de él *La Correspondencia*.

—Ni oiremos á Tamagno.

—Os llamaré cuando pase por la calle Perico el ciego.

—¡Qué desgraciadas somos!

—Todo lo que querais; pero he resuelto nivelar mis presupuestos y que no haya déficit ni deuda flotante.

Monólogo:

—Iré á ver á Joaquín, por si le arranco tres duros, con lo cual no me echarán en otro mes de la casa. Quedan por resolver tres problemas:

almuerzo, comida y ropa. Afortunadamente esta calle de Sevilla es de mucho tránsito y yo conozco la mar de gente... Por allí va Martínez, que seguramente no me negará dos pesetas... ¡Eh! ¡Martínez!... ¡Una palabra!...

CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS

La Conmemoración de los Difuntos se celebra por el vecindario madrileño:

Asistiendo á los cementerios.

Presenciando una representación del *Don Juan Tenorio*.

Dándose un atracón de buñuelos.

Y oyendo tres misas en el templo.

La visita á los cementerios suele verse deslucida por la lluvia. No faltan, sin embargo, coronas fúnebres, hachones de viento, lámparas funerarias, y cuanto el lujo y la moda han proporcionado á la vanidad de los vivos para que pueda ostentarse á costa de los muertos. Sirvientes engalonados hacen la guardia de honor junto á los más ricos mausoleos, y carruajes de todas clases frecuentan los cami-

nos que llevan á los antiguos y al nuevo cementerio.

La gente que no puede disponer de medios para hacer esta visita en coche, ó tiene que renunciar á efectuarla, ó se resigna á recoger el barro que encharca todas las vías.

* * *

Los Tenorios empiezan ya á colgar sus capas rojas, y los Comendadores á desteñirse la cara de yeso.

Los madrileños han pasado la noche piadosamente presenciando las gallardías de Don Juan Tenorio en cualquiera de nuestros teatros. Porque solemos tener Tenorios en el Español, Comedia, Price, Martín, Novedades y Madrid; burladores altos y bajos, gruesos y flacos, rubios y morenos; Mejías de todas las categorías y empaques; Comendadores vengativos con voz de falsete ó de bajo profundo; Ineses absolutas y relativas; Ciuttis y Butarellis para todos los gustos, y capitanes Centellas desde tres duros á tres pesetas, sin obligación de traje. Las escenas de la hostería y de la calle, del convento y del palacio, de la quinta y del panteón, se han representado á estas horas con actividad febril en todas partes, y el público ha demostrado de nuevo, con-

tra la opinión del autor, que si éste pudo equivocarse al intentar que su obra tuviera un tinte religioso, supo en cambio traducir en un personaje los gustos españoles á todo lo que es valeroso y aventurero.

Ver á la justicia burlada, apaleados á sus corchetes, triunfante la osadía, he aquí el bello ideal de nuestro público y el por qué no envejece nunca el temido burlador. Y cuando para presentar á éste se le acompaña de todas las galas de la poesía; cuando se escriben cuadros como el del convento y escenas como algunas del cuadro cuarto; cuando el poeta se llama Zorrilla, los aplausos del público son muy justos.

¿Que no está bien representada la obra en esta época del año? ¿Que no responde al fin religioso que perseguía el autor? Ciertó... ¿Pero que la obra envejece?...

Vean Vds. á esos Tenorios mal trajeados, tartamudeando acaso los versos, recorriendo con traje de sala las calles de Sevilla en el siglo xv, usando acaso espadín del siglo xviii y matando con revólver al Comendador... Todo ello es malo, es deplorable... pero escucha el público la lectura de la carta, asiste á la apasionada escena del sofá, admira luego la noble escena de D. Juan á los pies del Comendador,

y todos los anacronismos se borran y desaparecen: no se ve á los actores; pero la atención se fija, el oído no pierde una sílaba, saborea una por una las bellezas del libro y las manos rompen en un aplauso.

...Zorrilla, ilustre anciano que recorres los teatros de tu patria leyendo tus versos, esos pedazos de tu alma por otro pedazo de pan; que no has recibido de tus paisanos más que una pensión igual á la de cualquier ex ministro de pacotilla; si tu *Tenorio* te sirve de remordimiento, acepta con él, para desvanecer escrúpulos, los entusiastas aplausos de varias generaciones, envidiables hojas de laurel para la corona que ciñe tus canas.



Pero si escasa es la relación que existe entre la fiesta religiosa del momento y el drama de Zorrilla, más remota, más absurda, más imposible de encontrar es la que existe entre el recuerdo consagrado á los muertos y la cena de buñuelos de viento, rociada con algunas copas de anisado.

Pero que la costumbre subsiste no hay posibilidad de dudarlo. Si se estudiara la estadística de la venta de buñuelos realizada en estos

días, sería el mejor medio y más oportuno de averiguarlo la prueba palmaria de lo indicado.

La antevíspera de los Santos, al salir la gente de los teatros, las buñolerías habían comenzado á funcionar; señal evidente de que se acercaba la del alba.

—Mucho se trabaja—decía el parroquiano de una de ellas al dueño.

—Es necesario; hay que prepararse para la víspera y el día de los Difuntos.

—Pero se pondrán duros los buñuelos...

—Es cierto, y yo no había pensado empezar tan pronto; pero como esta mañana se acabaron los del día de Difuntos del año anterior...



La solemnidad religiosa del día de Difuntos hace que los templos se vean llenos de numerosísima concurrencia elevando sus preces al Altísimo por el alma de los que fueron, de los que compartieron nuestras alegrías y nuestros pesares, y se ausentaron de nuestro lado dejándonos la memoria de su paso por el mundo.

La moda puede llevar á los vivos á la visita de los cementerios en determinado día.

La afición poética les puede llevar á los teatros á aplaudir á Zorrilla.

La gastronomía les conduce al consumo de buñuelos.

Sólo la Religión nos indica el único y eficaz medio de conmemorar á los difuntos: elevando nuestras preces al que es fuente de caridad y de consuelo.

LA FIESTA DE SAN EUGENIO

La devoción de los pueblos suele tomar en ocasiones los aspectos más extravagantes.

¿Se quiere celebrar el aniversario del nacimiento de Jesús? Pues golpazo limpio en el almirez doméstico ó en la lata vacía de petróleo, y atracón de turrón y pavo.

¿Se conmemora á los difuntos? Pues acudir al teatro á escuchar una vez más al héroe de las muchedumbres referir el número de estocadas que ha repartido y de doncellas que ha burlado, y entrar luego cristianamente en una buñolería para hartarse de pasta frita, rociada con aguardiente para que pase mejor.

¿Se quiere recordar las virtudes y el saber de San Eugenio, Arzobispo de Toledo? Pues el pueblo madrileño tiene que acudir al Real Sitio del Pardo y darse en él un atracón de bellotas.

La piedad y la gastronomía, estrechamente

unidas en varias de estas festividades, llegan á confundirse de tal manera, que al encontrar hoy, por ejemplo, á los ciudadanos que regresan del Pardo, no sabemos si saludarles con un *orate fratres* ó con un *buen provecho*.

Porque cada uno tiene las devociones á su manera, y no es cosa de perder una media fiesta para divertirse. Por otra parte, la bellota gratis siempre debe tener alguna superioridad, y tiene desde luego mayor encanto que la bellota adquirida por el dinero. Además, eso de acudir al Pardo es muy higiénico si se va á pie; muy económico si se utiliza el tranvía; muy alegre si se emplea el ómnibus, y de muy buen tono si se acude en carretela.

Por todas estas razones los madrileños utilizan el día del Santo Arzobispo para darse un paseito hasta el Real Sitio del Pardo y romper esa monotonía del trabajo, incompatible con el carácter del pueblo de pan y toros.



La fiesta de San Eugenio se celebra con bastante animación en el Pardo. Un centenar de borracheras, media docena de heridos, treinta presos... Esto consuela y hace recordar los buenos tiempos que conserva la tradición, aun-

que no precisamente los que ha cantado la poesía referentes á los reinados de los Felipes, y de los que decía el ilustre García Gutiérrez:

«...¡Es mucha lid!
Todo el pueblo se alborota
Y acuden á la bellota
Los vecinos de Madrid.
Bailan ¡que es cosa de ver!
Las chicas muerden el cebo,
Y como place lo nuevo,
Las retoza el alcocer.
No hay madre que viva ó duerma,
que no las quitan el ojo;
Mas como el ganado es flojo,
Todos los años hay merma.»

No, los buenos tiempos á que me refiero son más próximos á los nuestros, y de ellos hay numerosas citas en los autores del siglo XVIII.

Acudir al monte del Pardo; despojar á sus encinas del fruto tan grato al acompañante eterno de San Antonio Abad; rociar aquella merienda, propia de la edad de oro, con sendos tragos de lo añejo; sacar al aire los argumentos de Albacete y hacer con ellos la vivisección del amigo; salir del Sitio Real, unos para el hospital, otros para la cárcel, algunos para el cementerio; volver á Madrid é irse quedando en el camino los menos resistentes á los place-

res báquicos, he aquí el cuadro de la verdadera romería de San Eugenio.

—¿No tocas la guitarra? —decían á uno al volver del Pardo.

—Se ha saltado la *prima*. Toca la tuya.

—¿La mía? A la mía se le ha saltado *toda la familia*.

—¿Traes bellotas?

—No; el animal de Roque se las guardó y no quiere darlas.

—¿Que no quiere darlas? Pégale de palos y ya verás si da bellotas ó no...

PADRÓN DE VECINOS

En las esquinas de las calles ha aparecido el bando de la primera autoridad municipal de Madrid, comunicando al respetable público que el día 1.º de diciembre se dará principio á la rectificación del padrón general de vecinos.

Noticia de sensación para casi todas las familias.

Figurarán primero en el padrón los cabezas de familia ó los que hagan sus veces. Y dice la portera de mi casa á Doña Eduvigis, la mujer del médico del tercero:

—Usted se colocará la primera en el padrón, ¿no es verdad?

—Mujer, no: ¿y éste? (Éste es el marido.)

—Como dice el bando que deben ir primero los que *hagan las veces* del cabeza de familia.

La edad es uno de los extremos en que las inquilinas de Madrid muestran una constancia verdaderamente ejemplar.

—Faustino—dice la mujer,—ya sabes que yo no tengo más que treinta años.

—Pero si tienes hijas de veinte...

—No importa; así pasará por un monstruo de precocidad.

—Y nuestras hijas, ¿qué edad quieren tener?

—Pues Lolita ha dicho al subteniente que tiene quince; ponle catorce, no sea que él consulte el padrón en el Ayuntamiento.

—Pero si tiene veinte...

—Déjalo, hombre: ni siquiera te atreves á hacer un regalo de cinco años á tus hijas.

—¿Y Juana?

—Ponla doce años.

—Pero si hace cinco que está de largo.

—Eso no demostrará más que su desarrollo, y será un nuevo título para la consideración de los hombres.

—Perfectamente: doce años. Llegamos ahora á Enriquito.

—Es cierto... ¿Crees que debemos ponerle veintiocho años?...

—Pero, mujer, si en el padrón del año último figuró con diez y ocho años.

—Aquello fué una equivocación que cometiste tú por no estar yo en Madrid. Nuestro hijo no cumplirá nunca la edad de veinte años. ¡Pues no faltaba más!

—Observa, querida mía, que, según el artículo 5.º del bando, el vecino que no haga su declaración con exactitud será objeto de las penalidades del Código.

—Nada, pues entonces llena tu capricho; di que estás casado con una vieja; que tus niñas empiezan á perder ya por la edad todo el tiempo que ellas quieren ganar haciendo frente á los hombres; di que el niño debe cargar con el chopo el año que viene. Afortunadamente ya sabe todo el mundo que yo no llevo los pantalones en casa.

—Pero, mujer de mi alma, sé razonable: yo conozco que tú no te llevas otra mira que la de ver si me sienta bien ó mal el capuchón de la Cárcel Modelo; pero observa que una falsa declaración...

—Bien, hombre, pon lo que quieras: con decir yo á todos que es mentira...

—Oye; ¿y no pondremos en el padrón á tu primo Gustavo?

—¡Faustino!

—No te sulfures, mujer: yo creía que, siquiera como transeunte, debiera figurar dicho caballero, y el alférez de la niña, que día y noche vive pegado al ventanillo de la escalera.

—Faustino, eres un imbécil.

—Sí que lo seré, pero tengo razón.

—Tú no puedes tenerla nunca.

—Dime: ¿y pondremos en el padrón al comisario D. Tadeo, que nos hace la tertulia todas las noches y acaba por roncar como un bendito en el sillón?

—¿Con qué derecho?

—Mira, dice el artículo 4.º que los dueños de casa deben dar parte de *las personas ajenas á la familia que duerman en ella...* El caso no puede ser más terminante.

* * *

Pasados breves días, los empleados del Ayuntamiento recogen los padrones y preguntan al inquilino:

—¿Es V. D. Fulano?

—El mismo.

—¿De estado?

—Casado.

—¿Y esta señora?

—Mi esposa.

—¿Casada también?...

—¡Hombre!

—Es verdad... ¿La profesión de V.?

—Escritor público.

—Perfectamente; sólo falta la firma. ¿Sabe usted firmar?

PREPARATIVOS DE PASCUA

Madrid ha perdido por unos días su fisonomía habitual, gracias á los preparativos de la Nochebuena y Pascuas de Navidad. En muchas de sus calles y plazas se alzan caprichosos monumentos, pirámides, arcos y escalinatas, todo formado por cajas y barriles de comestibles, destinados al consumo del vecindario. Alicante y Gijona envían sus turrone; Toledo su acreditado mazapán; Asturias sus conservas; Valencia sus naranjas; Andalucía sus granadas, batatas, aceitunas y pasas; los mercados de caldos sus vinos; Alava sus almíbares; Cuba sus dulces regionales.

La industria madrileña, en competencia con todas las demás de la Península, falsifica otros productos análogos, y no es raro que al acudir á saludar á un pastelero amigo averi-

güemos con sorpresa que está fabricando mantecadas de "Astorga" ó vinos de "Jerez."

Terrible prueba aguarda á los estómagos madrileños, llamados á acreditar una vez más que sus fuerzas digestivas son excepcionales, y que si todo el año han podido pasar como chocolate el polvo de ladrillo y como café las habas pulverizadas, en esta época son capaces de consumir los más caprichosos y atrevidos ensayos de los fabricantes de golosinas y licores.

Los comercios de lujo ofrecen un sorprendente golpe de vista, y las confiterías-joyerías de las calles del Arenal y de Carretas atraen á la multitud, que admira, iluminadas por luz eléctrica, aquellas cajas de seda y oro, en que la paciencia y el arte han labrado precioso continente para unas cuantas almendras bañadas, unos bombones de licor y unas castañas disfrazadas con nombre francés para que no se conozca su origen plebeyo.

Los pavos han hecho su presentación en los lugares de costumbre; la plaza Mayor se cuaja de puestos, y la de la antigua Audiencia ó de Santa Cruz de nacimientos de corcho, Reyes Magos de barro, pavos enormes de la misma materia montados en alambre, pastores y pastoras bailando y Sacras Familias que discul-

parían los más agudos chistes si en alguna circunstancia pudiera ser disculpable la impiedad.

La chillona voz de los ciegos ha callado ya la relación de

«Nadie se duela de mí,
que á mi marido he matado,»

para reemplazarla con la descripción, más ó menos poética, del inefable misterio que la cristiandad se dispone á celebrar.

En otros países la proximidad de estos días se señala con la publicación de libros de aguinaldo, no sólo para los niños, sino para las personas mayores, lo cual vale y supone algo más que un atracón de turrónes.

En otras partes se conmemora la festividad con representaciones escénicas y alegóricas del suceso de la salvación del género humano: aquí hemos ido perdiendo esta costumbre.

En otros países se forman en algunas casas suntuosos nacimientos: aquí hasta esa costumbre ha ido desapareciendo, y sólo se conserva en las familias humildes.

En otros países los días de Pascua se conceptúan como fiesta de los niños, y las clases acomodadas, recordando que hay asilos y hospitales de niños, acuden á ellos para llevar á

las tiernas criaturas lo que las leyes de la antigua Escocia respetaban en el lugar embargado por la ley: los juguetes, causa de tan dulces alegrías en la edad infantil.

Todo esto es triste decirlo, porque el parangón no puede menos de ser desagradable para para nosotros; pero debe decirse por si la propaganda del escritor, humilde y oscura, puede tener algún resultado en lo porvenir; que así como la gota cayendo sobre la dura piedra acaba por horadarla, así también el honrado consejo y la amistosa advertencia pueden ablandar el corazón de los que saben gastarse una fortuna por no perder un abono, é ignoran acaso lo que es llevar con un duro el consuelo y la alegría al seno de una familia menesterosa...

Pero olvidemos esto y terminemos con lo que motiva el objeto preferente de estas líneas.

Un año, en vísperas de Pascua, sorprendí á un pobre cantero machacando un adoquín hasta hacerle pedacitos imperceptibles, mientras que su mujer soplabá el fuego de una hornilla, sobre la que cocía en soberbia cacerola un compuesto de cola y melaza.

—¿Qué hacen Vds.?— pregunté curiosamente.

—No nos venda V. y se lo diremos: estamos fabricando turrón de piñones.

EL PREMIO GORDO

Mal suelen pasar la noche del 22 de diciembre no solamente los madrileños, sino muchos, muchísimos españoles... Todos los interesados en esa inmoralidad nacional que se llama juego de lotería. La ambición hizo comprar, acaso mediante privaciones, el apetecido número; la esperanza alimentó durante algunos días á los holgazanes, cuya timidez para el trabajo les hizo buscar los azares de la fortuna: el día 23 la diosa casualidad reparte caprichosamente sus dones, haciendo más difícil la precaria situación de muchos y alzando á unos pocos de la nada hasta las cumbres de la riqueza.

En la lotería de Nochebuena, hasta los que no juegan sufren insomnios: conozco á quien no pudo descansar la noche anterior á un sorteo de Navidad, soñando que se encontraba en

la calle un billete de la lotería y que salía premiado después.

Más discreto hubiera sido soñar desde luego que se encontraba un fajo de billetes de Banco.

Es curioso escuchar á algunos de los jugadores: quién lleva una decena de números, pero sólo un real en cada uno de ellos; quién ha repartido cinco duros entre 43 números, y se devana los sesos meditando si le será más conveniente que salga premiado el 2.875 ó el 39.011, porque del último dió una participación de perro grande á un vecino de pocos recursos, y si le toca en el primero tendrá que pagar el café á todos sus contertulios; quién ha hecho un estudio estadístico de todos los números no premiados durante el año para jugarlos en la extracción de hoy; quién busca con afán el número 7, por si pudieron ser un aviso providencial los siete diviesos que sufrió en los siete meses últimos; quién, declarado cesante en el último cambio ministerial, juega á la lotería todo el dinero que sus acreedores le dejaron de la última paga.

¡Obtener un premio grande!

—Si yo le alcanzo, empezaré por marcharme de España; tendré casa en París, me casaré en Suiza y agotaré alegremente todas las ganancias.

—Yo me contento con el premio segundo: compraré una casa y viviré sin trabajar lo que me reste de existencia.

—Si el premio es de los medianos lo invertiré en trajes y trenes, y pasaré alegremente todo el tiempo que me dure.

—Y si me corresponde el reintegro... lo volveré á jugar.

¿Ni uno solo de los jugadores, preguntará el lector curioso, piensa consagrar las ganancias de la lotería á fines útiles?

Ni uno solo, porque los que esto piensan, los que buscan en la producción y en el trabajo la fuente del verdadero bienestar, esos no juegan á la lotería: saben perfectamente que no debe fiarse á la casualidad lo que puede lograr el propio esfuerzo; saben que el ahorro acumulado puede ser la base de un capital; que todo capital es susceptible de grandes aumentos, y que por el camino del trabajo se llega más fácilmente á la fortuna que por los derroteros de la casualidad.

La lotería pudo tener momentánea disculpa en los tiempos en que el atraso de la ciencia económica justificaba la existencia de los más ridículos arbitrios: hoy carece en absoluto de razón de ser, y desaparecerá en cuanto un Gobierno enérgico se empeñe en que desaparezca.

Y cuando transcurra el tiempo y se diga en los años venideros en qué fundábamos nosotros nuestras esperanzas y nuestros proyectos, habrá quien juzgue imposible semejante sistema de aspirar á enriquecerse los unos y de cubrir sagradas atenciones públicas los otros; filósofos y moralistas tratarán de concordar eso de que sufran hoy prisión los que juegan á la ruleta ó al monte y se publiquen en la *Gaceta* los anuncios del juego oficial, y acabarán por desistir de su empeño y dejarnos, compadeciendo nuestra locura, como hoy compadecemos, por ejemplo, la incomprensible servidumbre que supone la construcción de las pirámides de Egipto.

Ya se ha verificado la extracción.

¿Quién será el afortunado poseedor del billete número 38.608?

Todavía no se sabe. Todavía, por lo tanto, no habrán empezado á llover sobre él las peticiones, los proyectos, los compromisos, todos los inconvenientes que lleva en sí una gran fortuna. Hasta ayer pudo dormir tranquilo; desde hoy el sueño se apartará de sus párpados, y si en la mañana ve entrar en su alcoba á sus parientes, á su médico, al escribano que

le lleva á firmar unas escrituras, ó á sus criados, no podrá menos de estremecerse y exclamar, despertándose de su somnolencia:

—¡Ladrones!

Muchas veces habrá dicho indudablemente: "¡Si yo fuese rico!" Hoy que ya lo es empezará á luchar con los inconvenientes de serlo; hon-
das preocupaciones le asaltarán de continuo, y el que vivió acariciado por la esperanza, no podrá soportar acaso la venturosa realidad.

Los lectores comprenderán que al pintar la desdicha del que haya sido favorecido con el premio gordo sólo lo hacemos movidos de la piadosa intención de consolar á los que no han sido agraciados con un reintegro siquiera.

Sin embargo, los buenos aficionados á la lotería se consuelan pronto, adquiriendo por otras cuantas pesetas nuevas esperanzas para el porvenir. Y mientras tanto, repiten:

—Por un número no me ha tocado el premio gordo.

—¿Llevaba V. acaso el 38.607?

—No, señor, el 8.608. Ya ve V., por un número; por ese 3 que no hay en mi billete y sí en el premiado. Lo grave es que estas aproximaciones no se pagan.

Otros se entretienen en formar combinaciones caprichosas. Si el 7 fuera un 4, el 6 un 9 y

el 8 un 5, me habría tocado el segundo premio.

—¡Cerca estuvo V. de lograrlo!

—¡Cuatro mil números de diferencia nada más!

Los favorecidos con el reintegro reciben muy diversamente aquel recuerdo de la fortuna.

Para unos es la prueba concluyente de que la Providencia no quiere que vuelvan á jugar.

Para otros es un sarcasmo horrible, pues habiendo jugado treinta ó cuarenta duros en varios números, sólo se les devuelve las dos pesetas que jugaron con la portera de su casa.

Algunos se muestran locos de alegría y dan propina al lotero y una peseta á la murga, y se gastan en turrón cinco duros por haber recobrado los diez duros que jugaron previamente.

Para algunos desesperados, su billete de la extracción de Navidad era la última carta que jugaban en la vida; la cápsula metálica, el puñal de Albacete ó el viaducto de la calle de Segovia son ya sus esperanzas. Afortunadamente son los menos.

La inmensa mayoría se apresurará, como hemos indicado, á esperar nuevamente la suerte, pues nada hay tan constante como los jugadores de lotería.

—Desengáñense Vds.—nos decía ayer uno

de éstos;—hay que saber esperar. Diez años estuve yo jugando un mismo número, hasta que al fin salió premiado.

—¡Vamos, hombre!

—Salió premiado...—siguió diciéndonos tranquilamente—la única extracción en que yo no había comprado el número.

NOCHEBUENA

El año pasado, por esta época, cantaban á la puerta de mi casa, aporreando almireces, zambombas y latas de petróleo:

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

La última parte del canto constituía una promesa, un compromiso de honor, un pacto, mediante el cual sufría yo con relativa paciencia el infernal ruido de la calle.

Pero han faltado á su compromiso; esta noche suenan las mismas voces roncas y destempladas, las zambombas mismas, los mismos almireces, las mismas latas de petróleo. ¿Y qué cantan? Lo de siempre:

...Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

¡Mentira! ¡mentira! lo mismo decís todos los años y no lo cumplís. Volvereis el año próximo, y el siguiente, y el otro, porque vosotros sois los mismos que durante la Edad Media acudíais á las representaciones de los templos, hasta que tuvieron que arrojaros de ellos; los que luego hicísteis degenerar la misa del Gallo en fuente de escándalos; los que salís á la calle porque el hogar os arroja de su seno, y vais celebrando á vuestro modo el más tierno misterio de la religión. Muchos enronqueceis, otros vais quedándoos tendidos en las calles, algunos llegais á la prevención ó á la Casa de socorro á terminar la noche.

De vez en cuando, el ruido de la disputa se sobrepone al de los cantos; los almireces vuelan, tratando de averiguar la dureza del cráneo humano; escúchanse maldiciones y blasfemias, y algunas notas sueltas de ese lenguaje universal que se llama *la navaja*. La sangre y el vino se mezclan en las duras piedras de la calle; la autoridad acude, los tribunales funcionan, y las cárceles abren sus puertas al homicida, y el depósito de cadáveres se las abre á la víctima.

Después renace la calma y luego sigue, en progresivo aumento, el rumor de los instrumentos musicales y el ruido de las canciones,

sobresaliendo en todas las estrofas, entonadas por roncacas voces, el estribillo de

¡Esta noche es Nochebuena!

No. La fiesta del Nacimiento del Hijo de Dios es la fiesta de la familia y del hogar: los que creen celebrarla en la calle no la celebran.

Para ponerse en condiciones de considerarla en todo lo que es, supone y representa, hay necesidad de acudir á la casa y presenciarnos preparativos de la construcción del nacimiento, viendo surgir bajo las rosadas manos de las criaturas el peñasco, formado de corcho y salpicado de golpes de vidrio machacado; el riachuelo formado por listones de cristal sobre azul papel, limitado en ambas orillas por blanca y menuda arena y verde musgo, sobre el que se colocan arrodilladas las incansables lavanderas de barro; los montes que se enlazan en el fondo; las sendas que permiten su ascenso; el puentecillo rústico de débiles cañas; la ciudad en lontananza; las chozas en primer término; aquí y allá figurillas de barro representando pastores y pastoras y pavoros; en la parte superior la estrella de talco, que ha de conducir y guiar á los Magos del Oriente; en primer término, ocupando modesto portal de derruido

edificio, el Niño Jesús, la Virgen Madre y el glorioso patriarca San José, así como los pacíficos animales que prestan calor al recién nacido. Es necesario ver luego encendidas las lucernas que se esconden entre la verde yerba; compartir las alegrías y los entusiasmos infantiles; repetir acaso sus tiernas canciones; olvidar las asperezas de la vida que nos aguardan fuera de aquel recinto, y en él, con el calor de la religión, con el amor á la humanidad, volver á ser niños breves momentos, como lo fueron nuestros abuelos con nuestros padres, como nuestros padres lo fueron con nosotros, como lo serán un día nuestros hijos con los suyos, cuando nosotros no les podamos ver.

¡Qué hermosa es la Nochebuena dentro del hogar! ¡Qué triste debe ser para los infelices que carecen de él ó para los que ciegos lo abandonaron por extrañas ambiciones! Eslabón entre el pasado y porvenir, símbolo de salvación y de libertad, la Nochebuena es la fiesta de los niños y de los viejos, de los que llegan con entusiasmo y de los que se ausentan con resignación; de los que piden primeros y brillantes papeles para la comedia de la vida, y de los que se disponen á buscar descanso, fatigados por las dificultades de la parte que les correspondió...

Y cuando la fiesta de Nochebuena va avanzando, y los cánticos se amortiguan, y las lucecillas del nacimiento se apagan, los niños sonríen entre sus sueños y los viejos derraman tal vez una lágrima... encontradas manifestaciones que en aquel momento traducen una misma impresión: ¡la felicidad!

De actualidad.

Un matrimonio timorato hace sus preparativos para la cena de Nochebuena. Después de comprar un magnífico besugo, el marido se pára extasiado delante de unos jamones de mazapán.

—¡Escolástica!—dice á su costilla,—eso para después del besugo.

Y se dispone á entrar en ajuste, cuando la esposa le detiene tirándole del brazo.

—Desgraciado—le dice,—¿intentas promiscuar? Compra, á lo sumo, una anguila, que es día de vigilia.

Un pавero vende á un pobre cesante, que ha venido á Madrid para pretender, uno de los individuos de la manada.

Después de embolsarse su importe, y movi-

do por un escrúpulo de conciencia, se acerca al comprador y le dice en voz baja:

—Cómaselo V. pronto, porque el pavo está cuajado de viruelas y es posible que se muera antes de llegar la noche.

El cesante sonríe con tristeza y responde:

—Gracias, amigo, creo que el Ministro estará vacunado.

* * *

Pero si la Nochebuena no merece este nombre, el día que la sigue aún es mucho peor.

Primer campanillazo: el de un repartidor de periódico, que entrega, solicitando el aguinaldo, unos versos merecedores de todos los rigores del Código por los atentados de lesa Gramática que encierran. Los tiempos están muy malos y el porvenir tirando á negro: vayan dos reales al repartidor.

Y suena un segundo campanillazo, y se presenta un segundo repartidor: el fuego está roto y el combate empeñado en toda la línea; hay que sacar más municiones porque las disponibles á mano durarán muy poco tiempo: pasan de treinta los periódicos, ya diarios, ya semanales, que me suelen visitar.

Pero las nuevas municiones se acaban

pronto por la presentación de diferentes enemigos, sin contar á los de carácter doméstico.

Los aprendices de la imprenta.

El mozo de la imprenta.

Los oficiales de la imprenta.

Los chicos de la encuadernación.

El amo de la encuadernación.

Los aprendices de los grabadores.

Los aprendices de la litografía.

El mozo del almacén de papel.

La portera.

El sereno del comercio.

El sereno del gas.

Los barrenderos.

Los de la ronda de alcantarillas.

¿Va uno al café? Allí están los camareros felicitando las Pascuas.

¿Va al teatro? Tarjetazo los que recogen los billetes, tarjetazo los acomodadores de localidades, tarjetazo los porteros del escenario.

¿Quiere uno afeitarse? La barba en estos días cuesta una peseta de aumento.

¿Asiste al cumplimiento de una obligación? Sus dependientes le aguardan para saquearle en toda regla.

La persecución de los aguinaldos se ha hecho tan general, que recuerdo á un pobre infeliz que hace años perdió á sus hijos y á sus

padres; loco de dolor mató á su suegra y fué encerrado en una celda de la cárcel un día de Pascua. Allí, mientras se retorcia desesperadamente, después de haberse dado una regular serie de cabezadas contra las paredes, vió entrar en el calabozo á un llavero, que le dijo extendiendo hacia él un papel lleno de quintillas:

—¡Que tenga V. felices Pascuas!

—¡Juan! No doy aguinaldo á nadie; entorna media puerta de la calle y di á todos que me he muerto.

A la media hora suena la campanilla.

—Juan, mira quién es y no olvides mi encargo.

—Señor... aguinaldo.

—¿Quién lo pide?

—Los empleados de *La Funeraria*.

FIN DEL PAVO

Conducidos en numerosas manadas, expuestos á la intemperie, atascados poco caritativamente de nueces y otras materias más ó menos agradables, pero que contribuyen á fingirles una robustez de que suelen carecer, los héroes y las víctimas de esta festividad anual llenan durante una porción de días las calles y plazas de Madrid. Su número, sin embargo, disminuye de una manera alarmante de uno para otro.

¡Infelices pavos! Si pudieran borrar del calendario las Pascuas de Navidad no vacilarían un instante en hacerlo; pero ya que no pueden, se resignan de la mejor manera posible á ser asesinados, después de largos tormentos, y como única venganza legan á la humanidad la viruela. En torno de sus cadáveres todo es broma, y algarazara, y música, y jaleo; y cuando

asados convenientemente ó rellenos de trufas llegan á la mesa del banquete, la alegría de sus verdugos toca en los últimos límites, sus restos son repartidos con glotona avidez, y á los pocos momentos el pavo pertenece á la historia.

El pavo llena la última semana de diciembre, sobre todo en Madrid.

Aquí no hay familia medianamente acomodada que se resigne á pasar las Pascuas sin pavo, aun cuando—dicho sea en elogio de las mismas—suelen contentarse con una armadura de huesos y plumas, verdaderos pavos de teatro, incapaces de producir la más leve indigestión á sus asesinos.

Y no basta á la humanidad sacrificar al pavo: aún le parece escasa crueldad la muerte y la deshonra, haciéndole cómplice de gratificaciones administrativas y otros excesos. Hay empleado que recibe ciento á más duros *para el pavo*. Verdad es que en este caso el verdadero sacrificado no es el pavo, sino el país, que hace sus veces.

Los poetas han cantado al pavo hasta en poemas épicos, como el titulado *Pavía*, que se publicó treinta años atrás; los autores dramáticos lo han utilizado como elemento escénico en las comedias *El fin del pavo*, *El pavo de Navidad*,

Detrás del pavo, y otras que en este momento no recuerdo, y no hay portal de Belén formado por manos infantiles en que no figuren pavos de barro, más altos, casi siempre, que las estatuas ecuestres de los Reyes Magos, y sostenidos por patas de alambre, que no hablan mucho en favor de la escultura al por menor.

Respetemos á los pavos, compadezcamos su triste suerte, y no nos extrañe su aspecto meditabundo, su sombrío ropaje, ni sus lamentables y repetidas quejas. No nos extrañe tampoco el temblor que se apodera de los mismos cuando observan la aproximación de cualquier individuo de la especie humana — excepción hecha de los maestros de escuela, cesantes y jubilados, — pues tienen sabido por una triste experiencia que el menor elogio á su hermosura lleva aparejada su sentencia de muerte; que de la sentencia á la ejecución media brevísimo plazo, y que no hay filántropo que rechace una pechuga, si es que no arranca espontáneamente un alón.

EL PAVO DEL POBRE

I

El cajista ha entrado en casa sin dinero en el bolsillo. En ella le esperan su pobre mujer y sus cuatro hijos, que saludan su llegada con gritos de alegría.

—Yo quiero un tambor.

—Yo quiero un rabel.

—Yo quiero un nacimiento.

Tales son las voces de los tres mayores, cuyos instintos musicales y artísticos son notorios.

El cuarto, que es un tragón incansable, se limita á decir:

—Yo quiero un pavo.

El pobre tipógrafo, que es partidario de las grandes soluciones para todos los casos graves de la vida, improvisa un tambor con la cubierta de un libro antiguo en pergamino, y

convence al hijo segundo de que soplando en un papel colocado sobre un peine se produce una música más agradable que la del rabel.

—¿Y el nacimiento?

—El nacimiento... eso es cosa que podrá resolver tu madre mejor que yo.

—¿Y el pavo?

El padre pasea meditabundo, y sin saber qué respuesta dar al menor de sus vástagos. Por último se decide y sale á la calle resuelto á encontrar el pavo.

—Vecino—le dice al verle la *señá* Robustiana,—¿ha visto V. por casualidad á mi gato? Creo que subió al tejado esta mañana y no ha vuelto.

II

Empieza á anochecer, y en la casa del cajista se hacen preparativos para la cena.

¿Qué habrá pasado?

El cariño de los padres hace milagros.

En un rincón de la reducida estanciase alza el portal de Belén, formado de corchos y taruguitos de madera, profusamente nevado y alumbrado por dos cabos de vela.

Una docena de muñecos de barro de diferentes generaciones ocupan el portal y los ca-

minos y montañas que conducen á él. Los chicos cantan alegremente villancicos y otros excesos, en tanto que la madre termina los preparativos de la cena. Por fin sale ésta á la mesa, y al humeante potaje sucede el plato que tanto se anheló: el pavo llevado misteriosamente á la casa por el jefe de la familia y guisado por la madre.

—Para tí una pata—dice ésta al mayor.

—Para tí otra—dice al segundo.

—Pues yo quiero otra—exclama el más tragón.

—¡Silencio, que para los cuatro habrá!

Y la cena, terminada con una barra de turrón, en la que parece figuran elementos para adoquinar una calle según la dureza de los mismos, da lugar á nuevos cantos y nuevas expansiones de alegría.

III

A la siguiente mañana, uno de los muchachos declara haber tenido un cólico espantoso. Según su infantil declaración, parecía que le arañaban las tripas. Otro se levantó más temprano que de costumbre por haber sentido correr un ratón y tratarlo de coger.

IV

—¿Qué le pasa á V., *señá* Robustiana?—preguntaba á la llamada así una de sus vecinas.

—Calle V., señora, que todavía no ha vuelto mi gato... Un animal tan hermoso que pesaba media arroba.

Al oír esto el mayor de los chicos del cajista reflexiona cómo pudo suceder que siendo cuatro los hermanos y uno el pavo de la vispera, pudiera corresponder una pata á cada uno de ellos.

POETAS DE DICIEMBRE

Ya se marcharon, y se marcharon definitivamente, dejando memoria amarga de ellos, como D. Juan Tenorio la dejaba de él.

Porque ¡cuidado que los poetas de diciembre han sido funestos!

Decía uno de ellos, el primero que llegó á mí puerta el año último:

Pues paso calor y frío
y por servirte *me baldo...*

—Ya pareció aquello—me dije,—un sablazo en nombre del ripio. Aguinaldo tenemos; es decir, aguinaldo tenemos... que dar.

Y, con efecto, no me engañé en mis presunciones: después de aquel síntoma en figura de cartero del interior, llegó otro más alarmante, trayéndome en una mano un diario y

en la otra un papelito en que se decía, entre otras lindezas:

Cuando el mundo está dormido
Y solo se oye el aullido
De algunos perros que ladran;
Cuando es la noche sin luna,
Sin estrellas y *sin nada...*

En semejantes noches debería empezarse por no escribir tales cosas; ¡pero vaya V. á convencer de esto á los que aspiran á regenerar la poesía, poniéndola al servicio de las necesidades del estómago!

Y si hubieran parado allí los excesos poéticos de los vates de diciembre, ¡si no hubieran sido más que las muestras copiadas! Pero sí... Cualquier día renuncian á pedir en verso el aguinaldo los carteros, serenos y repartidores de periódicos.

Ya uno dice:

¡Jesús, qué campanillazo!
Abrid corriendo, muchacha...

Ya otro comienza:

Llegó el instante ambicionado
De las Pascuas de Navidad,
Y aquí me tienes en verdad
En tu bondad confiado.

Ya otro, á pesar de haber comenzado más discretamente su petición poética, se echa gallardamente por los cerros de Úbeda, exclamando:

Y pues que la tradición
Así á todos nos lo ordena,
Dame, lector, para cena,
Que llegó la del turrón.

¡Qué variedad de conceptos! ¡Qué admirable inventiva de razones en apoyo de la solicitud de aguinaldo! ¡Qué figuras retóricas! ¡Qué licencias poéticas! ¡Qué atrevidas trasposiciones aquellas de:

Para de mazapán poder hartarnos,
Una danos, no más, triste peseta!

Pero seamos justos. No son únicamente los carteros y repartidores los que en diciembre se consagran al cultivo de la poesía. Éstos, al fin y al cabo, acostumbrados á un trabajo constante con los pies, no están obligados á saber utilizar otros de sus remos para ninguno de los fines de la vida. También los maestros de escuela han echado su cuarto á espadas dictando á sus discípulos la siguiente cuarteta destinada á escribirse con todos los primores cali-

gráficos y dentro de una orla de colores y purpura:

A sus padres, maestros y familia

(Se conoce que para el autor los padres no forman en la familia.)

Muestra modesta de aplicación y celo,
De constancia y de afán y de desvelo
Les dedica su tierna hija Emilia.

La orla que ha llegado hasta mí procedía de una Emilia. De llamarse Carmen, por ejemplo, ignoro cómo habría podido salir del apuro del primer verso el maestro, que siendo digno émulo de Iturzaeta, no tiene la más remota semejanza con Campoamor ni Núñez de Arce.

Los poetas de diciembre cerraron el mes con las papeletas para *echar* los años y estrechos. Varias muestras han llegado hasta mí, pero, antes de darlas á conocer al lector, necesito consagrar unos párrafos incidentales á la costumbre de echar los años y los estrechos.

Este juego sigue consistiendo en hacer, mediante una hábil prestidigitación, que las papeletas que contienen los nombres de los jóvenes de ambos sexos salgan de un sombrero combinadas de forma que satisfaga á los enamorados. Terminadas estas combinaciones, y como se ha cuidado de escribir en las papele-

tas entidades zoológicas, mitológicas y puramente fantásticas, las risas más estrepitosas acogen la salida de los nombres de la prestamista Doña Úrsula con el dios *Mercurio*; del veterano coronel D. Crispulo, admirador de la gimnasta miss Leona, con un león del Congreso; del casero D. Diego con la diosa Cibeles, según se representa en la fuente del Prado; de la vieja verde Doña Gumersinda con la estatua de Mendizábal, y de la portera de la casa, á cuya cuenta corren algunas consejas que le atribuyen propiedades voladoras, con *Micifuz*, el gatazo negro que la acompaña en las soledades de la portería.

Detrás de cada combinación se leen dos papeletas poéticas, capaces de dar un ataque nervioso á quien tenga en algo la verdadera poesía, y después los más despreocupados consagran un pensamiento á la pareja que les proporcionó la suerte ó la trampa. ¡Es el eterno simbolismo de Sancho Panza, inventando el encanto de Dulcinea para llegar á creérselo después!

—Qué tiempos aquellos, Roque mío, cuando echábamos los estrechos... ¿Te acuerdas?—dice una respetable jamona.

—¡Ya lo creo! Como que el haber caído juntos fué la causa de que nos casáramos.

—Y no me parece que debes estar quejoso de tu suerte.

—No, hija, no... pero, ya ves, no todos cumplen tan bien como yo. El mismo año cayó tu madre con el mono del Retiro... ¡y esta es la fecha en que no ha venido á reclamarla!

Volvamos ahora á los poetas de diciembre, insertando alguna muestra de la especialidad de sus versos de estrechos.

De una dama á un galán:

¡Ay! qué estrecho tan estrecho,
Mucho le pienso estrechar.
Y así serás el estrecho,
Estrecho de Gibraltar.

De un galán á una dama:

Ni cerillas cascantinas,
Ni el resplandor de una estrella,
Ni el gas que hay en las esquinas,
Lucen cual mi amor por ella.

De otra dama á otro galán:

Mi año, pollo, saliste,
Y al oír tu pío, pío,
He pensado, pollo mío,
Mantenerte con alpiste.

Y basta, y aun sobra, con lo escrito para que se comprenda todo el alcance y toda la

agudeza de la poesía de diciembre y las aptitudes de los que á su cultivo se consagran.

Descansen hasta que el año esté para terminar, y déjennos descansar á los que hemos tenido la fortuna de salir ilesos de sus últimas probaturas poéticas; y si es que no quieren llevar hasta dicho punto su benevolencia, si es que premeditan cultivar alevosamente las bellas letras, tengan la nobleza de declararlo así, para que podamos ponernos en guardia contra los poetas chirles y disparar un tiro, en caso necesario, á los que pretendan dispararnos una décima ó un soneto.

LOS AMIGOS DE LO AJENO

CARACTERES MADRILEÑOS — EL TIMO Y EL
ENTIERRO — ALGO EN SERIO

Madrid no suele ser teatro de grandes crímenes, de esos que conmueven al mundo, ocupan largo tiempo á los tribunales y sirven de inspiración á los novelistas defensores del naturalismo patibulario. Pero si no abundan tales crímenes, el timo, el hurto al descuido, la defraudación y otros procedimientos han llegado á grado tal de desarrollo, que constituyen verdaderos colmos.

No hace mucho se dijo, aunque más tarde se desmintió, que en las cajas de muerto se introducía matute en Madrid. Después se vió una camilla seguida por varios muchachuelos llorando la enfermedad del padre, que el público suponía conducido á un establecimiento de be-

neficeria, cuando en la camilla en cuestión sólo había petróleo y aguardiente. La exageración de las modas ha hecho que las señoras mujeres lleven unas prominencias verdaderamente absurdas allí donde el espinazo ha terminado y no han empezado aún las piernas; pues bien, en algunos fielatos se ha podido comprobar que hay muchos polisones que realizan la doble misión de hacer que la dueña vista á la moda y de introducir líquidos sin pago de derechos.

Los rateros, de algún tiempo á esta parte, parecen ejercer su industria á competencia.

Y conste que sólo me refiero á los actos de apoderarse de lo ajeno ejecutados en los sitios públicos y bajo la responsabilidad de sus autores, no á los mil y mil procedimientos que en todos los ramos se emplearán, desde la comedia cuyo asunto ha servido ya á otras muchas, hasta las grandes negociaciones bursátiles en que sobre seguro se arruina al prójimo.

Ni hablo de las bellezas fraudulentas, ni de las reputaciones introducidas de matute, ni de las virtudes de talco con que se engaña al mundo. Timos son éstos que á diario y sin asombro de nadie se vienen realizando, y que caen, en cierto modo, fuera del cuadro que me tracé para este artículo. Tampoco hablo de las

contratas inobservadas, ni de las comisiones por empréstitos, ni del tanto para guantes, ni de la prima por ejecutar ciertos servicios, ni, en una palabra, de nada de lo que generalmente se llama manos puercas, cuando en realidad debiera llamarse conciencia turbia. Me refiero única y exclusivamente á los robos al por menor y á las defraudaciones; robos y defraudaciones que no carecen de originalidad, y que de haberse empleado por algún novelista ó autor dramático, no hubiera dejado de exclamar el público: ¡Qué inverosimilitud!

Aquí, en estos asuntos, lo inverosímil no existe, y tanto lo creo así, que si me dicen que cantando Julio Ruiz ó Mesejo les han robado la campanilla para hacerles perder sus hermosas voces, no vacilaré en decir: ¡Como si lo viera!

Los industriales que cultivan el timo son habilísimos prestidigitadores: recientemente eran dos de ellos detenidos y registrados en el Gobierno civil sin que se les encontrase objeto alguno que les comprometiera; minutos después aparecían en el suelo unos paquetes de perdigones, rotos por la mitad. Dichos paquetes están perfectamente redondeados: los perdigones se hallan trabados con una pasta especial; la cubierta es de papel blanco sencillo con

cierres de lacre, y abriendo uno de los extremos se ve una reluciente monedilla. La industria no ha adelantado en este punto un solo paso; el paquete de perdigones usado hoy es idéntico al empleado ayer, y anteayer, y siempre; es el paquete legendario con que se ha excitado en todas las épocas la codicia ajena, sirviendo de intermediario entre el timador y el timado.

El timador, según es notorio, es un hombre que se pasea por Madrid con unos cartuchos de perdigones en el bolsillo, hasta que un forastero, queriendo engañarle, resulta engañado.

El tiempo bueno ó malo, el cigarro que se apaga, la moza que pasa, el pañuelo que cae al suelo... he aquí, á elección, los pretextos que acercan á los desconocidos. Entablada la conversación, el camino está ya á medio recorrer.

—Voy á saludar á unas amigas—dice el madrileño;—pero su casa no me inspira confianza, y como llevo en este paquete 10.000 rs., no sé qué hacer.

—¡Diez mil reales!—exclama deslumbrado su interlocutor.

—Vea V.—dice el timador.—Y rompiendo la punta del paquete con las debidas precauciones, deja que la monedilla de oro hiera con sus reflejos al forastero.

»Diez mil reales..., debe exclamar éste para su sayo; 10.000 rs. que se me vienen á las manos, porque el pobre hombre que así me confía su secreto debe de ser un necio, y si yo me ofreciera á custodiarle su tesoro no vacilaría en confiármelo. Parece increíble que haya hombres tan estúpidos!»

Y el forastero entabla en su interior una lucha, en la que por una parte interviene su rectitud y por otra su codicia. Esta lucha puede prolongarse más ó menos, según los casos y las circunstancias, hasta que la confianza crece, las amistosas confidencias se suceden, unas copas de rom oportunamente consumidas simulan perturbar al madrileño, que vuelve á indicar su propósito de visitar á las amigas, y entonces el forastero se ofrece á custodiarle el paquete, dándole como garantía de su honradez los treinta ó cuarenta duros que lleva en el bolsillo.

Cerrado el trato y cambiadas las fortunas, el timador se aleja fingiendo torpeza en sus movimientos y haciendo repetidos encargos á su compañero; pero es seguro que al volver precipitadamente al lugar en que dejó á aquél no le encontrará.

Entre tanto, el que ha tratado de explotar á su compañero, y que se juzga dueño de una

fortuna, sale precipitadamente del café en que se efectuó el trato, ó se levanta del banco en que estuvieron sentados, y aprovechando un momento en que no le ve la gente abre el paquete, dispuesto á repartir entre sus bolsillos los tentadores centenes; pero no bien lo hace cuando la mayor palidez cubre su rostro, se escapa de sus labios una maldición, y llama á la justicia humana para que ampare á su inocencia. Ni siquiera tiene el pudor del silencio, ni siquiera teme que pueda decirsele:—Y si el paquete fuera de monedas de oro, ¿qué cuentas iba V. á dar al que se lo confió?

Conste, pues, que los paquetes de perdigones no cazan generalmente á los incautos, sino á los pícaros, y que en el cambio de los mismos existen simultáneamente dos estafas: una la que intenta realizar el timado, y otra la que realiza, á la sombra de la codicia de éste, el timador.

Por eso no andarían muy descaminadas las autoridades si al recibir una denuncia del timo de los perdigones empezaran el proceso metiendo en la cárcel al timado.

Otra vez recibe la víctima una carta escrita en la Cárcel Modelo. En ella se le dice que él

autor de la misma, procesado por causas políticas, obligado á emigrar ó á esconderse en cualquiera de las guerras de nuestro país, enterró un tesoro, procedente de la guerra de la Independencia, de la exclaustración ó del saqueo de Cuenca ó del cantón de Cartagena, en un punto que él solo sabe; pero que por estar preso no lo puede sacar. A esto sólo obedece su carta, en que se ofrecen planos detallados del lugar que oculta el tesoro, á cambio de veinte ó treinta mil reales que espera recibir en la cárcel.

Y la víctima, que acaso sabe, por haberlo oído á un autor dramático, que puede haber persona que empieza á ser honrada al ir á la cárcel por comisión de un asesinato, cree desde luego en la honradez del comunicante, y le remite los fondos sin más garantía.

Todo esto que parece exagerado es rigurosamente histórico, y demuestra que si en Madrid abundan los amigos de lo ajeno, hay también infinitas personas que al ir por la calle llevan siempre en el bolsillo toda su fortuna para entregársela incondicionalmente al primer enterrador, timador ó tomador que le dirija la palabra.

Con muchísima frecuencia los periódicos dan cuenta al público de que el *Rata*, y el *Ri-*

cardo, y el *Utalita*, y el *Cafetero*, y el *Bequer*, y el *Cubanito* han ingresado por sus hazañas en la cárcel; pero muy poco tiempo deben figurar en sus celdas, cuando á la semana siguiente vuelven á ejercitar sus habilidades por las calles.

Éstos, en concepto de un semanario que estudia preferentemente las cuestiones de orden público, son unos principiantes indignos de su fama.

»De los que pueden considerarse como maestros—dice la publicación aludida—son pocos los que ingresan en la cárcel, no sólo porque son más listos que los otros, sino porque teniendo mejor *posición social* que éstos desdichados, les es más fácil librarse de las persecuciones que sufren. Las fotografías que se están haciendo en el Gobierno civil pueden ser útiles para conocer y perseguir á la gente nueva en el *oficio*; pero respecto á los maestros y maestras son completamente ineficaces, por la sencilla razón de que todo el mundo les conoce, y muy especialmente la policía. Todos sabemos quiénes son la *Bicha*, la *Vaquerina*, *Morrotorcido*, *Concha del Granú*, y otras celebridades de ambos sexos que gastan muchos brillantes, frecuentan los teatros, fondas y cafés, y hasta usan carruajes algunos de ellos: sin

embargo de ser público y notorio su modo de vivir, ó no sufren contratiempo alguno, ó si alguna vez son detenidos por los agentes de la autoridad, recobran su libertad á las pocas horas de haber ingresado en la cárcel, como sucedió el mes pasado con el *Granú* en el negocio del alfiler."

Todo lo dicho, y mucho más que, sin esfuerzo, podría agregarse, demuestra que aquí hemos adelantado muy poco desde los tiempos de Monipodio, Rinconete y Cortadillo; que en la persecución de la criminalidad hay vicios originarios que la anulan, y que ha llegado á ser de necesidad imperiosa una reforma de procedimientos para que el crimen no quede impune.

El periódico de quien he copiado algunos curiosos párrafos asegura que los maestros en el robo son perfectamente conocidos por la policía, y así parece demostrarlo la prontitud con que parecen los objetos robados cuando hay gran interés en que parezcan.

Y siendo esto así, ¿no sería empresa digna y meritoria facilitar á los tribunales la firma de unas cuantas sentencias? ¿No sería justo que se inhabilitase á los malos para seguir ejerciendo sus dañosas artes en perjuicio de los desheredados de influencia?

En materia de robos creo que todos los ade-

lantos son posibles, lo mismo el sombrero que se pega en el pasillo del teatro al incauto que lleva en su corbata un alfiler de valor, que el manejo del sobretodo, con el que se llama la atención en el tranvía al predestinado á perder su reloj. Pero lo increíble es que estos hechos no dejen alguna huella; que en las infinitas veces que son detenidos los tomadores más célebres no haya nunca una prueba que les haga condenar, y sí bastantes influencias que les permitan absolver.

¿Cuándo se emprende una persecución verdad, una campaña incesante y efectiva contra *timadores, tomadores, espadistas, descuideros* y otras especialidades del gremio de los aficionados á lo ajeno?

POLITICOMANÍA

LA ATMÓSFERA DE MADRID—POLÍTICA Á DOMICILIO—LA TABERNA COMO ELEMENTO POLÍTICO—VIDA PARLAMENTARIA Y POLÍTICA VERANIEGA—MERCADO POLÍTICO

La atmósfera de Madrid impide constantemente la fácil respiración por su densidad eminentemente política.

Y es inútil tratar de evitarla, porque nos envuelve, nos persigue y nos ahoga.

La política será, y lo es efectivamente, un bien para los pueblos, pero la política con tasa y medida; también el caldo es muy bueno para la economía, y tomado á todo pasto preparado en barreños y azumbres no hay quien le resista.

¡Discursos y más discursos! ¡Quejas no contenidas y elocuencias incontinentes! ¡Amenazas respondiendo á amenazas, y hombres de va-

lía dándose en triste espectáculo! Tal es el eterno espectáculo de Madrid.

Entre tanto los periódicos no hablan más que de elecciones en tiempo de elecciones, y de quejas y acusaciones en todo tiempo, y se limitan á llenar nutridas columnas de nombres propios y número de votos, haciendo que los lectores pierdan la serenidad y se hagan un lío, confundiendo nombres geográficos y procedencias políticas de los hombres políticos.

Y esta atmósfera es general.

La Universidad se ha convertido en un Congreso; el Ateneo en un club; la Academia de Jurisprudencia en un foco de pasiones políticas; en cada café se resuelven al minuto los más arduos problemas de la gobernación del Estado, y hombres y mujeres, zagalones y niños devoran los periódicos, y se comunican, comentados, sus artículos, noticias y sueltos.

Hasta en el seno de las familias hay madres ultramontanas, padres conservadores, hijas fusionistas y nietos republicanos. Y de este conjunto de elementos heterogéneos brota la discusión, de la discusión la discordia, de la discordia la riña, y de ésta la intervención de la fuerza pública en las más recónditas cuestiones de la familia.

Hace pocas noches, al pasar por una calle

bastante céntrica, salieron por el balcón de una de sus casas varios platos que se estrellaron en el pavimento.

—¿Qué ocurrirá?—preguntaba el curioso.

—¡Nada! Que los vecinos del tercero discuten la actitud de las oposiciones y las medidas del Gobierno.

Los asuntos madrileños son de carácter político tan marcado, que en vano tratarían de contrarrestarlos cualesquiera de otra índole.

Hable V. al público de un nuevo descubrimiento de la ciencia, y se encojerá de hombros; ofrézcale en armoniosos versos un poema sublime, y sonreirá desdeñosamente; llámele V. ofreciéndole en el teatro las mejores joyas del arte, y no acudirá á saborear sus bellezas; bríndele V. con una Exposición, y se expone á que no le haga maldito el caso; pero coja V. un periódico, lea en voz alta su fondo, é inmediatamente le rodeará un corrillo numeroso de oyentes; hable V. mal del Gobierno, y aunque lo haga con escasa elocuencia, no le faltarán aplausos; conspire V. y será un héroe; logre el triunfo y será un dios de menor cuantía, á imagen de los que nos legaron la mitologías del paganismo.

La política lo invade todo y lo arrolla todo; ante su empuje la defensa es imposible, y grandes y chicos, buenos y malos, acuden á los altares de la diosa para tributarla adoración.

—¿Qué es V.?—preguntamos á un desconocido.

Y en vez de respondernos que sastre ó tapicero, nos dirá invariablemente:

—Izquierdista ó republicano.

—¿A dónde va V.?

Y en vez de respondernos que al taller ó la oficina, nos dirá:

—¡Al círculo!

Unos y otros luchan con las contrariedades de la vida, con los desequilibrios financieros; pero nadie piensa en mejorar su situación mediante el trabajo: todos en cambio se complacen en repetir la frase tradicional de:

—¡En cuanto vengan los míos!...

* * *

¿Qué se lee en Madrid? El periódico político, ó á lo sumo el folleto de la misma índole.

¿A dónde se asiste? Invariablemente al círculo, al *meeting* ó al club.

¿Qué visitas se reciben? ¿Qué días se dan? ¿Qué regalos se hacen? Todo, todo dentro del mundo político.

Inútil es intentar una conversación como no sea de este carácter, pues indudablemente recae en el tema consabido. Que una joven tiene *partido*; que delante de un comercio se ha formado un *grupo*... cualquier cosa basta para encauzar la conversación.

—¿Qué principio tendremos hoy?—preguntaba un marido á su mujer, víctima del general contagio.

—Esa duda me ofende: aquí no podemos tener más que los eternos principios de la democracia.

—¿Y el niño del segundo piso?—pregunta un absolutista.

—Malo, muy malo—responde otro:—el médico dice que tiene una enfermedad constitucional.

—En nuestros tiempos estas enfermedades no las trataba el médico, sino el verdugo.

La prensa periódica, en un curioso artículo titulado *La taberna como elemento político*, ha tratado de la influencia que el gremio de taberneros ejerce en Francia. El estudio es curioso; pero no prueba en último resultado más que la triste situación social de algunos elementos en la nación donde las instituciones

republicanas parece que deberían influir algo en la nivelación de clases.

Si el artículo en cuestión no se concretara exclusivamente á Francia; si el autor hubiera tratado de investigar lo que es la taberna como elemento político en España, seguramente que habría encontrado nuevos y curiosos horizontes para sus observaciones.

Porque aquí, donde el alcoholismo no produce tan desastrosos efectos como en otros países, la taberna tiene acaso mayor representación que en ellos. ¿Dónde sino en ella nacen las salvadoras ideas de los cambios políticos? ¿Dónde mejor se conciertan las voluntades? ¿Dónde se echan los cimientos de nuestra regeneración?

—¡Yo soy más liberal que tú!—dice el parroquiano á un amigo.

—Y á mí no me rebajas tú pagando las copas—contesta el otro.

—Pues éstas las paga *mangue*.

—¡Qué te calles, hombre! Aquí nadie paga más que yo.

—Eso no lo haces por voluntad, sino por *fantasía*. Y yo siempre tengo un duro para un caso.

—Y yo también, que buen trabajo me cuesta ganarlo con eso de que el Gobierno haya aumentado los guardas de consumos.

—Como que hoy no puede hacerse un *matute*.

—Y es una mala vergüenza que lo consintamos. ¡Que ya no hay sangre, hombre! Hace treinta años hubiéramos hecho arder todos los fielatos.

—¡Y se llama liberal el Gobierno!

—¡De pico nada más! Mira tú liberal... Nosotros sí que semos liberales.

—Como que yo conservo el gorro colorado que usamos en 1873, y que mi parienta escondió diciendo que era yo un comprometedor.

—Bien; pero las copas no las pagas.

—Ni tú tampoco.

...Y el tabernero, inquieto por estos arranques de liberalismo, llega á temer que él será por último quien las pague.

En otras ocasiones los parroquianos han sido más y han debido menos: las tabernas registran como días de mayor concurrencia las vísperas de los acontecimientos revolucionarios de más notoriedad en la historia contemporánea. De ellas ha solido brotar el grito sedicioso; en ellas han solido cargarse las armas mortíferas; en ellas se ha acostumbrado dar la última mano á las conspiraciones que han comprometido la seguridad del Estado.

También han ejercido á veces decisiva influencia en las luchas pacíficas: aquí donde el

sufragio libre ha solido intentarse en algunas ocasiones, y donde, dicho sea en honor de nuestros compatriotas, el voto no se ha vendido por un puñado de monedas, la tentadora copa de vino ha logrado mucho más y la taberna ha podido conceptuarse como antesala del colegio electoral.

Un candidato que paga unas *rondas* puede tener siempre por seguro un número regular de partidarios. Su historia, sus opiniones, sus promesas valen poquísimo: en cambio no hay espartano que no sucumba ante el anuncio de estar pagado todo lo que él pueda consumir.

La taberna es, además, en su vida ordinaria el milagroso laboratorio en que más fácilmente se funden las ideas todas en el crisol del Valdepeñas, dando como resultante la idea liberal avanzada.

Presenciad la entrada de los parroquianos y notareis reaccionarios á los unos, indiferentes á los más. Son artesanos que dejan el trabajo pensando acaso en sus amantes familias, y que se proponen ir por última vez á la taberna; son desocupados que buscan en ellas el calor que no tienen en su hogar; alguno recuerda con orgullo haber derramado su sangre en África; otro siguió las banderas del Pretendiente, impulsado por su amor á los principios

seculares que llevaban escritos en sus pliegues... Si presenciales después su salida y les seguís mientras trazan sus débiles piernas las más atrevidas curvas, á todos les oireis fijamente dando vivas á la libertad ó sintetizando en una sola frase sus creencias. La frase de —¡Yo soy más liberal que Riego!

Durante el invierno, la vida parlamentaria acentúa notablemente el carácter político de Madrid.

Al empezar cada legislatura, hasta los Diputados monosilábicos se preparan á prescindir de su cortedad dando un solemne chasco á sus mismos electores, que por callados y prudentes les concedieron sus sufragios.

Hablar, hablar mucho, hablar sin descanso, hacer sudar primero á los taquígrafos, después á los impresores y últimamente al lector... he aquí el *desideratum* de muchos padres de la patria, desde antes de serlo y mientras lo son. Jugar en todas las secciones, formar parte de todas las comisiones, hacer discursos más largos que un día sin pan, y rectificaciones de doble extensión que los discursos, trabajar la opinión en los pasillos, conquistar el voto de los

vacilantes y estimular á los perezosos, ¡qué gran triunfo para los políticos!

Aquí donde una oratoria de siete horas consecutivas ha valido una cartera, no hay Diputado que no sueñe en pronunciar un discurso de un día entero, y caer rendido y jadeante en el escaño por la esperanza de que al cerrarlo acudan á él los porteros llevándole el uniforme de Ministro. ¡Y debe ser tan dulce eso de *sacrificarse* aceptando una cartera!

Para conseguir más fácilmente el objeto hay muchos padres de la patria que recorren el camino de las disidencias, apresurándose á formar, apenas se abren las Cortes, en el campo de los descontentos, consecuencia acaso de pasados ejemplos de los individuos que anochecieron disidentes y amanecieron halagados por el Gobierno.

—Yo no abduco mis principios—dice uno,—pero la conducta del Gobierno es intolerable. ¿Querrán creer Vds. que me ha negado una credencial de mil pesetas?... Y no vale decir que no puede darlas, pues á mí mismo me ha facilitado setenta y tres.

—Más grave es lo que á mí me ha hecho uno de los Ministros, pues se ha negado á recibirme, invocando el pretexto de que estaba trabajando... Trabajar un Ministro... Vamos, cuando

digo que esto no se puede aguantar... Pero en los presupuestos le aguardo.

—¡Cómo! ¿Va V. á combatirlos?

—Hombre, no; yo me limitaré á votar con las oposiciones.

—¡Ya!

—Pues á mí me ha negado el Gobierno la concesión de una carretera de primer orden desde Aldeahuera á Villachica.

—Y á mi suegra no quieren concederle la banda de Damas Nobles.

—Y á mí no me dan una biblioteca popular que he pedido para el billar de mi pueblo.

—Y yo he solicitado para mis parientes tres gobiernos civiles y sólo me han dado dos.

—¿Pues y la descortesía de no pedirme á mí la venia para nombrar al Gobernador de mi provincia?

—Los contrarios son más formales.

—Y más amigos de sus amigos.

—Yo estoy por romper mi acta.

—¡Hombre! Después del trabajo que costó hacerla *pasar*.

—Por eso la conservo, para no perjudicar á mis electores con una nueva elección.

Los motivos de queja son siempre análogos, como análogas suelen ser las consecuencias de la actitud de los disidentes.

Y estas disidencias de ayer, de hoy y de siempre, son la rémora eterna de la marcha desembarazada de los Gobiernos que tienen necesidad de contar con el concurso de los representantes del país reunido en Cortes.

Durante el verano, cuando quedan desiertos los salones de conferencias del Congreso y del Senado, y solitarios los escritorios y abierto el paréntesis de la política, Madrid, que no puede vivir sin ella... la recibe por el correo, pues los hombres públicos ocupan sus ocios en los establecimientos balnearios tratando de resolver el problema de la felicidad de España, y los serviciales periodistas que se encuentran próximos á ellos escriben sus cartas de sensación, que caracterizan esta época del año.

Por este sistema sabemos lo que hablan en sus conversaciones y lo que sueñan en sus siestas los hombres políticos; podemos traducir las exclamaciones de los unos y las confidencias de los otros, y el país no se ve privado de conocer en sus menores detalles los hechos y los dichos de la docena de personas que tienen el privilegio de que la frase más humilde que brote de sus labios figure en todos los diarios de noticias, cuando no en las actas de las sesiones parlamentarias.

Si se come en mesa redonda y el hombre

político habla con su vecino de la izquierda, el síntoma es altamente significativo, porque ya se sospechaba que sus tendencias se encaminaban á favorecer el movimiento de la izquierda dinástica.

Si saluda á la familia de un hombre de la situación, es señal inequívoca de que medita un cambio, y que no sería imposible su resello.

Si siendo Diputado emprende un largo viaje, es prueba de que las Cortes tardarán en abrirse muchos meses.

Si da la mano á Sagasta, es señal de que los fusionistas no están muy distantes del poder.

Si se hace el desentendido viendo á Romero, es que el papel de éste ha bajado.

Si se baña un moderado histórico, esto demuestra que el partido quiere vigorizarse para emprender nuevas campañas.

Si se besa el anillo á un Obispo, es una protesta contra las tendencias antiepiscopales del ultramontanismo.

El plato que se consume, el baño que se toma, el número de cartas que se reciben ó el de las que se escriben, las visitas que se hacen, las conversaciones que se sostienen, todo contribuye á la política veraniega, todo se repite, se avalora y se comenta por la prensa periódica primero, por sus asiduos lectores después.

Desgraciado del político que al leer una noticia cualquiera lance una exclamación.

—Ha dicho ¡Ah!—escribe un corresponsal.

—Y lo ha dicho *con extrañeza*—repite otro.

Y aquella sílaba inocente basta para llenar media docena de epístolas.

Tal es la política veraniega, y tales sus exigencias y condiciones.

Durante mucho tiempo ha pasado como verdad axiomática é inconcusa la afirmación de que España era el granero de Europa; después se sustituyó la frase y se dijo que España era la bodega del mundo; hoy debe decirse que nuestra patria es el semillero político capaz de surtir á todo el género humano.

Aquí en Madrid, sobre todo, no se puede tropezar á un individuo mal encarado sin que averigüemos en seguida que es un político eminente, ni es dable encargar la construcción de un par de botas sin saber que el artífice es un consecuente liberal. Toma uno una taza de café, da un paseo, entra en la peluquería, y por todas partes le acosan y cercan políticos de todos colores, dispuestos siempre á contar sus propios merecimientos y manifestándose prontos á salvar al país. Y ¡cosa inconcebible! cada

día aumenta el número de salvadores del país, y cada día se halla éste más perdido.

En el mercado político la oferta es hoy mucho mayor que la demanda, por lo cual el género anda tirado por los suelos.

Hay conciencias nuevecitas que se dan por un destinejo insignificante.

Consecuencias políticas, vueltas varias veces como los gabanes, y que todavía tienen buen ver.

Servicios atrasados al Estado y que hoy no se cotizan.

Hojas de buenos servicios que se venden al mismo precio que el papel de estraza.

Osadías juveniles para uso de los candidatos á la diputación.

Preocupaciones é intransigencias caídas en desuso.

Discursos de oposición contra cualquier clase de Gobierno: los hay elocuentísimos para los aspirantes á Ministros; metódicos y razonados para los que se contenten con una Subsecretaría; de turno ordinario para los que quieran ser Directores á lo sumo.

Modelos de interrupciones parlamentarias por cualquier precio.

Casacas de políticos puros, con vueltas y solapas de ocasión.

Uniformes de jefes de Administración vendidos á menos.

Cazadoras con vuelo de frac para políticos de campanario vendidos á más.

Cesantías de los últimos dieciocho años á peseta la arroba para envolver especias.

Títulos administrativos al mismo precio: muy buenos por la calidad de la pasta del papel para fabricar otros nuevos.

Uniformes de miliciano, por si vuelve á armarse la benemérita; fusiles de chispa, excelentes para mangos de escoba.

Morriones, kepis, gorros frigios, boinas y gorras de plato, en número bastante para cubrir la cabeza de los niños de los hospicios en tiempos de frío.

Machetes para llevarlos de nuevo á la fragua.

Espadines, muy buenos para aumentar la producción de los asadores.

Tambores para las fiestas de Nochebuena.

Cruces repartidas en nombre de Carlos VII.

Moneda carlista y moneda cantonal.

Banderas y pendones para los fuertes que en lo sucesivo puedan sublevarse.

Colgaduras para los balcones en tiempos de disturbios.

Faroles de colores para luminarias públicas.

Y, en una palabra, todo el inmenso material necesario para *poner la escena* en cuantos acontecimientos políticos puedan desarrollarse en nuestra patria.

El mercado político, siempre nuevo, siempre acrecentado en España, siempre provisto con los géneros de fabricación indígena, empieza á serlo con efectos de importación extranjera. Entre ellos figuran: cartuchos y bombas de dinamita para llegar á la reorganización social, mediante el suave procedimiento de la previa destrucción; constituciones y cartillas de asociaciones secretas; fórmulas del nihilismo y otros efectos análogos.

¡Bendito sea el país en el que podrán faltar virtudes que alimentan el alma y pan que sostiene el cuerpo, pero en el cual no faltan nunca elementos para las evoluciones y revoluciones de los partidos! ¡Bendito el país que los políticos han convertido en inmenso bazar donde á vil precio vende el desengañado sus ilusiones y el ambicioso sus esperanzas! ¡Bendito una y mil veces el país que, á pesar de sus grandes amarguras y peligros, todavía cuenta con hijos que le amen desinteresadamente con el filial cariño que reclaman hasta los padres más envilecidos.

LOS DEL COMITÉ

Acaban de tomar asiento junto á una mesa del café Oriental, acaso para ver desde ella el edificio que encierra toda la maquinaria usada en épocas de elecciones.

Todos visten angustiosamente gabanes ceñidos; todos llevan sombreros de copa, que por la diversidad de formas parecen proceder del afamado guardarropa de Mariano Fernández; todos calzan guantes de color de lila y usan corbata verde botella ó azul de Prusia.

¿Son labradores, industriales, farmacéuticos?... Esto es un misterio: en el momento en que les presentamos á los lectores no son más que individuos del comité liberal de Villaseca, trasladado á Madrid para pedir al Gobierno que les separe del Ayuntamiento de Villamojada, que haga pasar por el pueblo la carretera que conduce de Buenavista á Villatuerta, y que

preste su apoyo al candidato á la Diputación á Cortes, D. Matías Mata, afamado veterinario de la citada villa y capitán que fué de la benemérita hasta el desarme de 1874.

Siete días llevan en la Corte y todavía no han podido ver al Ministro. Cierto que uno de los porteros les ha asegurado que su asunto está en buenas manos y que pueden volverse cuando gusten á Villaseca; pero ellos no demuestran gran prisa por abandonar á Madrid y se entretienen en arbitrar recursos para ver al Consejero de la Corona, en quien fundan grandes esperanzas.

El presidente del comité, que es hombre de grandes luces, se pasó una noche vestido de sereno junto á la puerta de la casa del Ministro; pero éste estuvo toda ella en el Ministerio con motivo de la calaverada de Cartagena. El secretario fué más osado y logró penetrar en el domicilio disfrazado de aguador; pero cuando se disponía á entrar en su dormitorio, la doncella que en él había interpretó torcidamente su intención y tuvo necesidad de escapar el atrevido villasecano. Uno de los vocales ha propuesto que se construya un gran cajón y meterse en el mismo; confiar el encargo á un par de mozos de cuerda, y así, cuando el Ministro levante la tapa á fin de ver qué regalo

le mandan, salir de la prisión y exponer la causa y objeto de la estratagema. Otro juzga preferible subir al tejado de la casa y caer por la chimenea hasta el fogón de la cocina; pero los planes son sucesivamente discutidos y rechazados.

Y á todo esto los fondos van escaseando. El tesorero tuvo la inadvertencia de entregar todos los de la colectividad á un granujilla que le vendió una magnífica sortija de brillantes junto á la estación del ferrocarril, y no hay más remedio que volver á venderla. A este asunto ha ido precisamente el compañero que falta en la reunión de los del comité, y su tardanza empieza á inquietarles.

—Le habrán entretenido—dice uno,—que este Madrid es así. Ayer sin ir más lejos, al retirarme yo á casa me encontré á una señora que dijo conocerme del pueblo, y á la que yo no he podido reconocer, y que debía ser de familia muy allegada porque empezó por tutearme y tuvo gran empeño en que yo no me fuera sin visitarla antes.

—Pues yo he pasado más de una hora en la Plaza Mayor oyendo á un caballero que vendía desde un coche remedios contra todos los males, polvos para platear los metales, escofinas para los callos y piedras para afilar navajas.

—Y ¿qué tal de tus pretensiones particulares? ¿Colocan á tu chico?

—Uno que ha estado en establecimientos penales me ha sacado quince duros diciéndome que es cosa hecha; pero los días pasan y voy creyendo que la cosa hecha es una estafa.

—¡Hombre! ¿Qué motivo tienes para dudar...?

—Porque otro amigo me ha dicho que donde ha estado el tal es en los penales de Alcalá y de Ceuta. Y tú, ¿viste al Diputado?

—¡Si el Diputado es casi tan difícil de ver como el Ministro! Siete veces he estado en su casa y cinco en el círculo del partido; pero siempre que yo llego da la casualidad de que él acaba de salir.

—¡Buen pago! ¡Después de lo que trabajamos para hacerle triunfar convidando á beber á todos los electores y cambiándoles las candidaturas cuando les veíamos medio chispos! ¿Y os acordais de sus promesas? »Querido Inocente—me escribía á mí días antes de la elección,—es preciso que apreteis mucho si no quereis que la libertad peligre. La Hacienda está perdida, el Tesoro exhausto, la Deuda nos abruma... Yo defenderé todo esto como cosa propia desde los escaños del Congreso, y Villaseca dejará de pagar contribuciones, y la dotaré de un reloj de torre de los que vende Canseco,

y de una biblioteca popular, y hasta de una Institución libre de enseñanza. Esto en cuanto al pueblo; V. particularmente puede pedirme todo lo que quiera." Pues bien, las contribuciones han ido en aumento, el maestro de escuela se ha muerto de hambre y la torre sigue sin reloj. Yo le escribí para lo de mi chico; pero se conoce que por el mal servicio de correos no recibió mi carta.

—Nada, es necesario prescindir de él y que elijamos á D. Matías Mata.

—O á cualquiera de nosotros...

—¡Y á los que se opongan, leña! Y á los que no quieran votar á nuestro candidato, leña también, que por algo somos liberales.

—Perfectamente dicho... Mozo, otra ronda de cafés.

—Pero si ya hemos tomado cinco vasos cada uno...

—¿Y eso qué le hace? Yo he visto en la Cervecería inglesa á un señorito que tenía en su mesa, y para el solo, una cafetera. Se conoce que aquí lo toman por azumbres.

Y los individuos del comité siguen hablando de sus decepciones, de sus merecimientos, de la ingratitud de los amigos y de otra multitud de asuntos; leen todos los periódicos, reemplazan las rondas de cafés con ronda de copas

mezcladas, y al cabo de tres horas ven entrar al personaje tanto tiempo esperado, que, pálido, jadeante y tembloroso, se deja caer en el diván diciendo:

—He visto al Gobernador.

—¡Si tendrá suerte este bribón!

—Y no nos había dicho nada...

—¡Intrigante!

Todas estas exclamaciones acompañan á la citada revelación.

—Sí, compañeros: entré en una platería para vender la sortija, y el platero, después de mirarla mucho, llamó á uno de sus dependientes. Mira Juanito—le dijo,—acompaña al señor á que vea el Conde la sortija... y que vaya con vosotros uno de orden público, no os traten de robar. Y así fuimos á una casa que yo no conocía, y que es el Gobierno civil, y vi al Conde, que es el Conde de Xiquena, y supe por él que la sortija no valía nada; pero que había sido robada por un granuja á un Senador, y que yo necesitaba acreditar cómo estaba en mi poder si no quería ir á la cárcel. Mis protestas de inocencia le conmovieron y al cabo me puso en libertad, diciendo no sé qué cosas de los que son estafados por querer estafar, y de los que abandonan sus deberes y sus intereses por mezclarse en los asuntos políticos.

—¡Con que estamos arruinados!

—Arruinados.

—¿Y cómo volvemos á Villaseca?

—¡Una idea! Utilizaré mis relaciones con el Gobernador para que nos mande por tránsitos de justicia.

.....
La Correspondencia es posible que diga hoy:
«Ha marchado á Villaseca la comisión del partido liberal que vino á tratar con el Gobierno asuntos de interés para aquella importante localidad.»

Y el mismo periódico dirá fijamente dentro de algunos meses:

«D. Matías Mata, veterinario de Villaseca, retira su candidatura por el distrito del mismo nombre. Todos los liberales del citado pueblo votarán con entusiasmo á D. X X., que cuenta con las simpatías del Gobierno que felizmente rige los destinos de la patria.»

LA ÓPERA POLÍTICA

INTRODUCCIÓN POR EL PORTERO DE LA CASA

—¡Ea! otra vez al yunque. A las tres de la mañana me acosté, gracias á los señores del segundo que se retiran á esa hora del círculo constitucional... Bonitas horas de retirarse de un círculo político... Quisiera yo saber lo que hacen en él los socios, que no será cosa buena. Y todo esto sin cobrar más que setenta reales al mes, con obligación de encender las luces. Afortunadamente, el casero me permite establecer la venta de periódicos en el portal, y esto deja para un mal cocido y para no andar enseñando las carnes en estos meses de frío. Colguemos los periódicos de anoche y los de la mañana de hoy... Aquí *La Correspondencia*, por la que vendrá de seguro la viuda del número 4, interesada en conocer el desenlace de la novela

del folletín. Ahora *El Progreso*, que suele comprarme ese viejo que fué Gobernador en tiempo de la república, y *La Fe*, para el sacristán de las monjas. *El Toreo*, *La Lidia*, *El Cencerro*... estos los colocaremos por la parte de afuera, porque tienen muchos golosos. El *Madrid Cómic*, abierto por la mitad, aunque esto tiene el peligro de que muchas personas ven gratis los monos y luego no quieren comprarlo... *La Caricatura*... *Los Sucesos*... y *Las Ocurrencias*, que son los periódicos con que se ríe más la gente, aunque no comprendo que sean cosa de risa los crímenes que publican en estampas. ¡Ah! *El Jaleo*... ya se me olvidaba colgarlo, á pesar de que no dejan de pedírmelo... Valiente periódico será con ese nombre... *El Jaleo*... En fin, ya está colgado también... ¿Qué se le ofrece, joven? ¿Que si tengo *El Terror*? No, señor; si quiere V. *El Motín* ó *Las Dominicales del Libre Pensamiento*... ¡Hoy vienen que arden!

ABIA POR EL INQUILINO DEL PRINCIPAL

Las corrientes modernas nos arrastran á nuevas concesiones y á nuevos ideales. La resistencia podrá dilatar el triunfo de los mismos; pero eso de caer abrazados á los antiguos idólos, no es propio de discretos. Lo convenien-

te ahora es fingir profundo desprecio á mis antiguas preocupaciones nobiliarias y dar buen empleo á parte de mis riquezas... para no perderlas todas. Jugaré á dos cartas: como bolsista, á hacer prevalecer lo existente, y como particular, siendo accionista de algunos periódicos revolucionarios... También me parece oportuno mandar algunos socorros á los emigrados revolucionarios y figurar en todas esas *martingalas* de asociaciones para el fomento de la industria y dar pan al obrero y sostener clases nocturnas. Desde mañana, democracia práctica y muchos bombos en los periódicos... Haré también que los criados no me den tratamiento... ¡quién sabe si mañana tendremos que llamarnos tú por tú!

El porvenir no puede ser más oscuro, ni el presente más peligroso; pero con una buena dosis de habilidad se vencerán todos los inconvenientes. En el juego político, como en el monte, hay que saber verlas venir... Como han de darse muy pronto bastos y copas y hay pocas espadas y oros en la baraja, hay necesidad de observar el juego para seguirle después.

DUO EN EL CUARTO SEGUNDO

—Juana, ¿vino ya el cartero?

—Pero, hombre de Dios, si son las ocho de la mañana.

—Tienes razón, mujer: con esto de las elecciones voy á perder el juicio.

—¿Y viste anoche al Ministro?

—Ya lo creo, y me repitió por tercera vez que vería con mucho gusto mi triunfo; pero que la sinceridad electoral le impide apoyarme.

—¿Y qué es eso de la sinceridad electoral?

—Mira, á ciencia cierta no lo sé, y creo que el Ministro tampoco; pero me parece que quiere dar á entender que el Gobierno dejará á los electores que voten á quien mejor les parezca.

—Entonces...

—Sí, entonces ¡adios diputación, y adios esperanzas de salir de nuestras estrecheces!

—Pues tus electores no dejarán de votarte... El estanquero me dijo...

—Es que han quitado al estanquero.

—También creo que estaban en tu favor aquellos tres concejales.

—¡Han encausado al Ayuntamiento!

—El maestro de la escuela...

—Mi contrincante le ha amenazado con qui-

tarle la escuela si no vota por él con papeleta abierta.

—Pues me parece que D. Juan y el tío Malasombra y el veterinario son votos seguros...

—Calla, mujer, calla, si les han borrado de la lista de electores.

—¿Sabes que me parecen muchas casualidades?...

—¡Y á mí también; á menos de que consista en esto la sinceridad electoral!

GRAN CONCERTANTE EN EL TERCERO

—¡Patrona! Cuando venga el repartidor de *La Iberia*, tirele V. por la escalera.

—¡Jesús!

—Y al cobrador del círculo péguele V. un tiro... Ya no soy fusionista.

—¿Pero qué le pasa á V., D. Venancio?

—Tampoco soy ya D. Venancio... Voy á mudarme de nombre y á marcharme de este país, que es un país de perdidos...

—¿Nos llamaba V., amigo Fernández?

—No, pero me alegro de que lleguen para que participen de mi indignación: ¡me han dejado cesante!

—¡Cesante á V.!

—¡Cesante á un suscriptor de *La Iberia*!

—Vaya... esa es una broma...

—Sí, para bromas está el tiempo... Véanlo ustedes: «...Ha tenido á bien declarar cesante á D. Venancio Fernández del cargo de oficial séptimo...» ¡Oh! ¡Pero me las pagarán!

—Bien hecho: véngase V. á nuestro campo... la idea republicana le llama.

—No, amigo Venancio, nada de impaciencia; yo le presentaré en el Círculo de Romero Robledo.

—Protesto: Venancio es muy juicioso y muy precavido y los ejércitos de D. Carlos...

—¡Calle el absolutista!

—¡Calle el demagogo!

—O hablen todos Vds. un poco más bajito...

—Tiene razón nuestra patrona.

—¡Que siga hablando! Tiene una elocuencia conmovedora.

—Pues no hay que afligirse, amigo D. Venancio; ya sabe Vd. que mientras yo viva no ha de faltarle su media jícara de chocolate por las mañanas, su platito de garbanzos al medio día y el guisado nocturno... ¿A qué afligirse y afligirnos á todos?

—No, si yo no siento la cesantía... el trabajo me molestaba y...

—Pues ¿qué siente Vd., hombre de Díos?

—¡Que me coge sin dinero!

CABALETTA FINAL EN LA BUARDILLA

¿A dónde dirigiré hoy mis pasos? ¿Dónde encontraré el pan que mis hijos aguardan? No hay obras... no hay empresas, no hay quien quiera favorecer al trabajador, como no sea con el propósito de comprometerle en algara-das y manifestaciones... Mis antiguos maestros han colgado las herramientas y se han dedicado á políticos... Las obras del Gobierno están pa-radas por falta de fondos... y no hay quien piense sino en las elecciones y en escalar altos puestos... Maldita sea la po...

(La voz cantante se pierde entre el ruido que produce una murga, que á la sazón se ha situado junto á la casa tocando el himno de Riego.)

SERVICIO DE INCENDIOS

Ayer tuvimos revista de material de incendios... es decir, la tuvo el nuevo Ayuntamiento, el cual encontró en el material indicado *algunas deficiencias*.

Asunto es éste que yo juzgaba definitivamente resuelto desde que en otra revista análoga de hace un par de años se notaron las mismas deficiencias, que movieron al Municipio á enviar á Francia un comisionado para que informara sobre el particular ó adquiriera los elementos más precisos para combatir los incendios. Por señas que en una pieza de circunstancias estrenada por entonces se oía el toque de fuego y cruzaba la escena un bombero con una maleta de mano, entablándose entre él y otros personajes el siguiente diálogo:

—Diga usted, ¿es grande el fuego?

—Sí, señor, es de importancia.

—¿Y á dónde va usted?

—A Francia...

á encargar mangas de riego.

El público celebraba el chiste, diciendo para sí: ¡Buena ocurrencia! Pues cuando vuelva de Francia el bombero, será tarde.

Pero después ha podido persuadirse el mismo público de que se reía injustamente, pues, aun verificando el viaje á Francia aquel bombero, pudo dotarse á Madrid desde hace dos años del material de incendios que necesitaba. Y cuando hoy siguen las *deficiencias*, según la frase consagrada por los diarios, prueba es inequívoca de que el comisionado del Ayuntamiento, ó no fué á París, ó se volvió como había ido.

Entre tanto las casas de la Corte han seguido ardiendo perfectamente, á lo que convida su construcción de entramados de madera; hemos tenido cantidades enormes de mangas... que no ajustan, bombas que no funcionan y sistema de avisos que retrasan todo socorro. En cambio, y para hacer justicia á cada uno según sus méritos, necesario es consignar que Madrid cuenta con los más heroicos bomberos de todo el territorio español; hombres sin instrucción especial, sin ejercicios prácticos, sin recompensa suficiente para sus sacrificios, y

que, no obstante, vuelan allí donde existe el peligro, y, por inspiración propia las más veces, cortan la marcha de las llamas, exponen cien veces en un minuto la existencia, trabajan, entre el incendio que les cerca y el humo que les ahoga, con la impasibilidad de los héroes, y después de haber tenido en un puño el alma de los que les contemplan, dominan el incendio *á pesar* de los recursos que para ello les proporciona el Ayuntamiento y desaparecen seguidamente, sustrayéndose á las manifestaciones de admiración y de gratitud de sus convecinos. En este punto, seguramente que no habrá encontrado deficiencias y sí exceso de celo y de honradez y de heroismo el nuevo Alcalde de Madrid.

Lo que todavía se ignora es si, en vista de los males advertidos, se habrá acordado enviar nuevos comisionados al extranjero para estudiar el ramo de extinción de incendios, aunque creo que no. El nuevo Alcalde, por su carrera y especialidad de estudios, sabe perfectamente dónde y cómo han de cortarse las deficiencias: dotándose á Madrid de un buen servicio.

También sería conveniente que la primera señal de alarma se diera antes de lo que hoy se da, pues para acudir á la parroquia hay que

llenar previamente una multitud de trámites, y cuando se llega á ella puede ocurrir lo que ya aconteció en una de las mismas no hace mucho. "Por aquí se llama de noche," decía un letrado colocado junto á un cordel, que sin duda hacía sonar la campanilla que despertase al sacristán; pero éste, temeroso de que los muchachos hicieran sonar dicha campanilla, no se acostaba nunca sin comunicarse antes con el público, retirando al interior de su cuarto el cordel.

De todas suertes, justo es que ya que se adviertan los males se tienda á evitarlos, y yo espero que así ha de hacerse. De otra manera, cuando se redacte el proyecto de cremación de los cadáveres habrá que añadir un artículo que diga:

"Artículo transitorio. También serán objeto de la cremación los vecinos de Madrid en cuya casa se declare un incendio, si antes no tienen la precaución de elegir concejales que, atentos al bien común, lleven al servicio de incendios, como á todos los demás ramos municipales, las reformas de que todos son susceptibles."

Abril 1885.

ORDENANZAS MUNICIPALES

Ya tenemos los madrileños nuevas Ordenanzas municipales; es decir, ya están aprobadas por el Ayuntamiento, pero todavía no las conocemos. Sabemos, sí, algunos de sus extremos, entre ellos uno que nos ha conmovido: el referente á la buena ortografía en los rótulos y muestras de las calles.

Un discreto concejal, deseoso de que desaparezcan muestras como las célebres de:

Ciscoderetama.

Pan galiente a todas oras.

Carbon de caco.

Se hasan carnes.

Se asan asados.

Se guisa de comer con equidaz.

Se componen botas y capatos: se hechan suelas y tazones.

¡Lla yegaron los garbanzos de Fuentesauzo!

Vino, cuerda y otros comestibles.

Se escriben cartas con hortografía y se colocan criados de ambos sepsos.

¡Ay chuletas!...

Un celoso concejal, como digo, propuso que los Tenientes de alcalde corrijan en sus respectivos distritos los rótulos defectuosos y den el pase á los nuevos. El Ayuntamiento aprobó la propuesta, y ya, por lo tanto, podemos echarnos á dormir acerca de este interesante particular. Sólo una duda se me ocurre, y no he de omitirla en estos apuntes.

¿Quién responde de que los Tenientes de alcalde sean fuertes en ortografía? ¿Será cosa de someterles, en vísperas de elecciones, á un examen gramatical? Y en este caso, ¿qué electores habrán de formar tribunal?

Yo hubiera creído preferible que aquí, donde tantos cargos inútiles existen, se crease uno para el objeto, ó se confiase aquel trabajo á la Corporación que *limpia, fija y da esplendor* al idioma patrio. De esta suerte el fallo sería inapelable y no se contraerían compromisos como los que indudablemente surgirán cuando alguno de nuestros ediles pretenda que *Almacén* debe escribirse con *H*, que *Fábrica* exige *v*, en lugar de *b*, ó que debe escribirse *carnecería* y *buñuelería*, según va siendo costumbre en los rótulos madrileños.

Otro de los asuntos confiados á los Alcaldes será la designación de los nombres que deben llevar las calles, y esto también les obliga á estudiar un poquito su cometido para no recaer en inconveniencias nunca bastante deplo-
radas, como las que dieron sucesivamente los nombres de Salamanca, Narváez y Serrano á una de las calles del ensanche, y los de Santa Ana, Príncipe Alfonso, Igualdad, Topete, é igno-
ro si algún otro, á una de nuestras plazas. Para lograr ésto no habrá nada tan sencillo como prescindir en absoluto de la política, prescindir de las cuestiones del momento, de nuestras luchas y nuestras desgracias, y pa-
rarse brevemente á meditar qué hechos gran-
des, qué ilustres personajes españoles aguardan aún de sus compatriotas un recuerdo de cari-
ñosa gratitud. Esta es la noble misión que debiéramos cumplir con los que fueron. Ya que no somos bastante grandes para imitarles, seamos á lo menos bastante agradecidos para honrarles.

Cuando lleguen á plantearse las nuevas Ordenanzas tendremos ocasión de averiguar si hay calle del *Avapiés*, como se decía en el siglo XVIII, ó de *Lavapiés*, como ahora se dice; si la calle *del León* se llama así por abolengo zoológico, ó debe llamarse de *León* en recuerdo

de uno de nuestros poetas, como parece indicarlo el barrio de origen literario en que se halla enclavada, bien cerca de las calles de Cervantes, de Lope de Vega y de Quevedo, de la parroquia de San Sebastián, en que debe hallarse el cuerpo de Lope, y el convento de las Trinitarias, en que fué depositado el cadáver del Manco de Lepanto; la capilla de la Virgen de la Novena, patrona de comediantes, y el teatro que ocupa hoy el emplazamiento en que estuvo el antiguo Corral de la Pacheca.

Estas y otras dudas análogas, que hoy no podría resolver, serán plena y satisfactoriamente resueltas así que las nuevas Ordenanzas municipales se pongan en vigor. Entonces será ocasión de volver sobre este asunto, que hoy me limito á dejar ligeramente apuntado.

INFORMACIÓN MUNICIPAL

No puede negarse, sin notoria injusticia, que el Alcalde primero, D. Alberto Bosch, aspira á merecer las distinciones que del Municipio ha alcanzado y el aplauso que se prometían cuantos conocían previamente sus excelentes condiciones de carácter, ilustración y energía. En lo que tal vez anda un poco equivocado es al pretender realizar *por sí mismo* determinados fines, como el de dar instrucción á los obreros y el de realizar la información municipal que proyecta.

El Sr. Bosch se trasladará de ocho á once de la mañana á las alcaldías de barrio de la capital para oír las quejas, reclamaciones ú observaciones que los vecinos formulen acerca de los servicios municipales. Después escuchará las observaciones de los Tenientes de alcalde y resolverá lo que en cada uno de los casos proceda en justicia.

El propósito, como se ve, es laudable; pero sus condiciones de ejecución me parecen un poco difíciles y sus resultados problemáticos.

Ya me figuro estar escuchando lo que pasa en las audiencias de las alcaldías de barrio.

—Sr. Alcalde, quiero que haga V. examinar mi casa: todos los días se cae algún cascote, y en cuanto que cruza la calle algún *simón* tenemos que agarrarnos á las sillas. Se conoce que los ratones se nos han comido los cimientos.

—Sr. Alcalde, yo vengo sobre el tabernero de la casa número tantos. Él buen hombre es y nada mayormente nos hace, pero su casa es el punto de reunión de todos los rateros del barrio y en ella se reparten los robos: luego que, como algunos se quedan allí borrachos, durante la noche equivocan la salida y hasta procuran entrar en nuestras habitaciones mediante gan-zúas.

—Mire V. S., Sr. Alcalde: á mí me han puesto una multa bien injustamente, sólo por haber dado una bofetada á un guardia del Ayuntamiento... La mujer vive encima de mí y pone á secar los pañales en el balcón por la parte de fuera, sin que le digan nada por temor á su marido el guardia. Y como la tal es una cochina y no hace más que mojar en un barreño

los pañales conforme se quitan del cuerpo del niño, escurren sobre mi balcón, que no se puede oler aquello. Suba V. S., Sr. Alcalde, y verá si no tengo justa razón para quejarme y para haber dado al guardia la bofetada que le di.

—Sr. Alcalde, yo quisiera que colocase V. S. á mi hijo, que no quiere hacer nada y me está quitando la vida.

—Sr. Alcalde, que en el portal de mi casa hay un estufista, que con su martillo no nos deja dormir.

—Sr. Alcalde, que nuestra portera guisa con leña y pone toda la casa perdida de humo.

—Sr. Alcalde, que mi marido está preso por haberle *acumulado* injustamente una muerte.

—Sr. Alcalde, yo vengo porque me han dicho que se reparten bonos.

—Yo vengo á decir á V. S., Sr. Alcalde, que mi paciencia se acaba y que no extrañe luego si prendo fuego á la alcaldía ó mato á un delegado. Desde el año 1874 estoy cesante, y, naturalmente, no pago desde entonces al reaccionario de mi casero. Pues ¿querrá V. creer que me ha anunciado que va á echarme de la casa y que la autoridad le apoya? Vamos, que esto no tiene aguante... ¡Esos burgueses se creen que tienen derecho á mandar sobre los demás!

—Sr. Alcalde, y dispénseme V. E. si cojeo un poco, en esta calle queman jergones de paja por las noches y el humo me pone á morir... Dispénseme V. E. si toso... Lo cual que hace días me enredé á bofetadas con un gachó del patio, y desde entonces no puede mover bien el brazo.

—Sr. Alcalde, justicia para una pobre viuda en primeras nupcias, que muchas noches me encuentro puesta en mi cerradura una llave que no es la mía.

—Señor, ¡que el vecino del patio rabia!

—¡Que los chiquillos del tercero lloran!

—¡Que mi marido me pega!

—¡Que mi mujer me falta!

...Decididamente tendrá que exclamar el Sr. Bosch dentro de algún tiempo:

—La administración municipal al menudeo es cosa que aburre.

Y si no desiste de su propósito habrá que concederle un diploma de paciente y cachazudo.

MUSEO MUNICIPAL

Ahora que tanto interés despiertan los asuntos municipales de Madrid, es ocasión de recordar: ¿Qué ha sido de aquel proyecto de Museo municipal, que hace años se anunció como próximo á establecerse, á semejanza de los que existen en el extranjero? Por señas que ya por entonces se adelantó algo acerca de lo que el Museo habría de contener, como por ejemplo, una sección especial con todos los objetos que se aprehenden á los matuteros al verificar la introducción fraudulenta de especies gravadas con el impuesto de consumos.

Es sensible que el proyecto no haya pasado de tal concepto, porque en la citada sección se habían de encontrar objetos curiosísimos y de gran ejemplaridad. En ella se vería, para enseñanza de los que quieran profundizar el asunto, piedras de sillería huecas y barriles

de doble fondo; vigas gruesas con tubos para líquidos en su interior; jorobas de transeuntes de ambos sexos, de las que desaparecen así que sus dueños entran en las poblaciones; carros de diferentes construcciones y numerosos huecos; elegantes berlinas con asientos de jamones de ocasión; retratos de numerosas damas, cuyo *embompoint* llegó á hacerse sospechoso; botellas de todas formas y medidas para uso de los defraudadores al menudeo, y, finalmente, navajas de todo número de muelles y que pueden producir todo linaje de heridas.

La sección podría completarse con un curiosísimo archivo de documentos y una galería de retratos de las personas que puedan ilustrar la historia del *matute*.

Pero no había de ser la mencionada sección la más útil ni la más curiosa.

En el Museo municipal podrían figurar dignamente:

Una batería de Sabatini, con todas sus consecuencias.

Una serie de los sistemas de alumbrado, desde el primitivo farol de aceite hasta el eléctrico, pasando por el petróleo y el gas.

Las momias de algunos faroleros del antiguo régimen.

Algunos canalones de los que en lo antiguo

recogían las aguas de los tejados para arrojarlas sobre el sombrero de los transeuntes, moda que hoy sólo se conserva en algunos edificios del Gobierno.

Otros de los que hoy se encargan de convertir en arroyos las aceras, para que el caminante busque el cauce de las calles por no mojarse en las orillas.

Las bocas de riego que cuentan entre sus servicios la fractura de mayor número de piernas de los madrileños.

Algunas esponjas de esas compradas en cantidad de miles de duros, para un año económico, en las escuelas de Madrid.

Las cubas de regadera anteriores á la visita del Lozoya.

Los toldos de las tiendas en que se quedan estrellados los sombreros de copa.

Todo el material de incendios del Municipio, del que he hablado algo en otro artículo.

La urna que se emplea en ciertas votaciones municipales.

Los millares de perros insolventes muertos por asfixia en el depósito especial.

Los retratos de los *laceros*. (Estos, en su mayoría, podrá facilitarlos, tomados de su álbum de celebridades del crimen, el Gobierno civil de la provincia.)

Los espárragos del *Corpus*.

Los toldos de la carrera que sigue la procesión.

Una colección del *Diario Oficial de Avisos*.

La estriénina en sus diversas fórmulas químicas.

Y algún guardia municipal en espíritu de vino.

CARRERAS DE CABALLOS

Las carreras de caballos, muchas veces intentadas en Madrid, parecen haber adquirido carta de naturaleza entre nosotros, no contribuyendo poco á este resultado la construcción del Hipódromo y la urbanización del camino que al mismo conduce. Desde el antiguo paseo de Recoletos hasta muy cerca de aquel recinto consagrado á las fiestas hípicas, sirviendo de arteria central de las dos barriadas de Chamberí y Salamanca, ricos palacios y cómodos hoteles se extienden encerrando el antiguo paseo de la Castellana.

Las estatuas de Colón y del Marqués del Duero y el grupo de Isabel la Católica sirven de ornamento al paseo donde antes se alzaba sola la aguja de la Fuente Castellana, y las sillas de hierro del principio del paseo brindan con el descanso á los que no pueden andar mu-

cho, mientras que las frondosas y anchas alamedas de su final ofrecen campo al paseante incansable para efectuar un ejercicio agradable é higiénico. El camino que conduce al Hipódromo es, pues, uno de los puntos más agradables de Madrid, y así se explica también que en días de carreras se vea lleno de público.

No habrá acaso una excesiva concurrencia, pero sí el acostumbrado consumo de fiambres y vinos, y la *elegante* costumbre de guiar los coches conduciendo á los lacayos; salen á luz los monumentales carruajes de diferentes pisos, en los que para mayor comodidad se apiñan los elegantes, y en la carrera y desfile se observa la animación que estas fiestas comienzan á producir en nuestro pueblo.

En ellas tenemos ya que señalar los cronistas los magullamientos y fracturas de los jockeys, y hay desdichados que pierden su renta de un año por apostarla por *Polvorín* y haber vencido *Plutarch*.

En el circo se cruzan apuestas y se oye decir á respetables damas:

—¡Soy *Chula*!

—¡Soy *Flamenca*!

Y se conteste por apuestas y nobles caballeros:

—¡Yo soy *Picador*!

—¡Y yo *Carcelero!*

Las carreras de caballos, tan criticadas pocos años há al inaugurarse el Hipódromo, han ido entrando poco á poco en nuestras costumbres, y no hay persona con aspiraciones de elegante que deje de asistir á ellas... con todas sus consecuencias, entre las cuales está el de poner mil reales á un caballo. Esto que no es lícito en una casa cualquiera, lo es, y del mejor tono por añadidura, en cuanto se hace á la clara luz del día y junto á la estatua de Isabel la Católica. Periódico hay enemigo del juego que exclama, no pudiendo reprimir su entusiasmo: "¡Cuatro mil duros se han cruzado en apuestas!"

No sé si para mayor sarcasmo se perseguirá en los días de carreras á los jugadores de ruleta ó á los que echan *el as de oros* en las intermediaciones de Madrid á la arriería que viene á la Corte.

¡Qué de emociones durante las carreras por ver si un caballo gana por un hocico á otro! ¡Cuánta ansiedad en aquella liza en que á fuerza de espuela se hace correr á un noble animal hasta que, rendido y jadeante, termina las vueltas de reglamento! ¡Qué grato olor á cuadra en unos puntos, qué animadas conversaciones, cuántos pastelillos devorados y cuán-

tas monedas y billetes pasando de un bolsillo á otro! ¡Qué riqueza y variedad de trajes y qué incesante mosconeó de requiebros y galan-terías!

Si en las tardes de toros sólo se discuten las estocadas de los diestros, el destripamiento de los caballos y la destreza en el uso de la puntilla, cosas todas de alto provecho y moralidad social, en los días de carreras se debate únicamente las prendas de los caballos, y todo por el afán de mejorar las razas... y de conquistar algunos premios materiales.

EL SALADERO

El Saladero está cayendo á tierra á los golpes de la piqueta, y dentro de poco pertenecerá á la historia. Su habilitación para cárcel provisional ha durado cincuenta y un años; si desde luego se le hubiera dado un carácter definitivo, es seguro que hubiese durado muchísimo menos.

Un periódico madrileño le consagró un artículo de despedida, y la verdad es que bien lo merece el edificio sombrío en el que durante medio siglo habitaron temporalmente criminales y periodistas, ó sean las dos clases sociales á quienes el Estado se encarga de alojar por su cuenta.

La historia del Saladero es sobrado conocida para que deba ser recordada; pero unidas á ella deben existir numerosas historias de lágrimas en el seno de infinitas familias.

—Ahí empecé yo—dirá acaso para su gabán

de pieles, y á riesgo de que le escuche el cochero de su berlina, algún rico moderno.—Mi vida infantil transcurría sin emociones y mi porvenir era un arcano. Una pedrada que partió la cabeza á un transeunte me abrió á mí la puerta del *patio de los micos*, donde cursé los métodos que más tarde habían de serme de suma utilidad.

—Ahí le visité por última vez—dirá la triste viuda—la víspera del día en que salió para cumplir la condena de trabajos forzados, que no pudo resistir.

—Por aquí le traíamos á Paco la merienda—dirá un vago á otro.

—Y la navaja que le hicimos llegar dentro de la tortilla.

—*Lo cual que* con aquella navaja mató á un compañero que se oponía á que él cobrase el barato.

—¡Qué *juergas* las de los distinguidos!—dirá un elegante.—El Saladero era un mundo para el que tenía plata; botellas, pasteles, hasta tertulia femenina...

—¡Oh! Y cuando había literatos presos, la casa estaba que daba gozo... Un verdadero jubileo de visitas.

—Ahí estuvieron Rivero y Carlos Rubio, Palacio y Roberto Robert...

—¡Y tantos otros!

—De ahí salieron centenares de criminales para el patíbulo.

—Y ahí pasó algún tiempo un infeliz que no pudo pagar una multa de diez reales y padecía mal de orina.

—Muy malo sería—dice uno,—pero no se pagaba al casero.

—Ahí se pudrían los hombres,
donde antes salaban cerdos,

como ha dicho Villergas.

—También Villergas visitó esa casa.

—Naturalmente.

Otros madrileños menos locuaces no podrán presenciar el derribo sin cierto estremecimiento, y alguna pobre mujer romperá en llanto mientras oprime contra el pecho al hijo de su corazón. ¡Quién es capaz de adivinar la historia sombría que relaciona férreamente á la casa, cuyos tabiques van cayendo, con el llanto de la madre y la existencia de su hijo!

El Saladero prestaba á la calle de Hortaliza un aspecto triste, casi lúgubre; hasta la fiesta de San Antón, que es propia y exclusiva de la calle mencionada, terminaba antes de llegar á la cárcel. El mundo, la sociedad, el aire libre no llegaban hasta allí; en cambio

parecía como que desde aquel sitio Madrid no tenía más que un camino.

—Ya que estamos junto al Saladero—me decía inocentemente un respetable amigo con el que paseaba el mes último:—sigamos hasta el Campo de Guardias.

¡Qué terrible significación tenía, dentro del orden moral, aquella frase dicha sin intención al mediar un paseo higiénico. Porque, con efecto, dado nuestro vicioso sistema carcelario y el triste conocimiento de lo que pasaba en la cárcel antigua, muchos de los que habitaban temporalmente en ella no tenían ya más que un camino: el que conducía á la Pradera de Guardias, lugar elegido para las ejecuciones capitales.

Cuando el edificio haya desaparecido, y se limpien sus escombros, y se edifiquen sobre su solar las construcciones modernas que han de ligar aquella parte antigua de la población con la risueña barriada que baja á la Castellana, la estética y la moral habrán ganado un ciento por ciento.

Pero cuando la sociedad no necesite de casas como la que hoy desaparece, el triunfo será doble. Y esto sucederá indefectiblemente... el día del Juicio por la tarde.

22 Abril 85.

LA VOZ DEL VIADUCTO

El suicidio está á la orden del día, y apenas pasa uno de éstos sin que se tenga que registrar algún caso de desesperación seguido de muerte del que la padece.

Fósforos disueltos en algún líquido, revólvers y estoques trabajan que es un portento, y el viaducto de la calle de Segovia, con su elevación excepcional, parece estar diciendo á los impíos que buscan sólo el procedimiento, una vez adoptada la resolución:

—Aquí me teneis, amigos míos: desde mis barandillas, que hizo altas la prudencia, pero que la firme resolución salva, podeis tiraros gallardamente á esa vía que tengo á mis piés y en la que quedará triturada vuestra materia mortal. Un momento de resolución y todo habrá terminado para vosotros, porque ya estareis convencidos de que el espíritu que anima

el cuerpo del hombre es cosa de poco más ó menos y que también debe estrellarse con el cuerpo. Subíos, pues, burlando la vigilancia de esos tontos con uniforme, que prefieren pasarse dieciseis horas de fríos, lluvias y escarchas para ganar diez reales con que llevar pan á sus hijos, á imitar vuestro ejemplo.

¿Qué os detiene, pues? ¿Ese ruido de campanas?... Tontería. Ese ruido procede de unas casas de oración en que se rinde culto á Dios y en las que se escucha de continuo la súplica del creyente á lo que desde niño aprendió á adorar. Pobre necio, que no tiene tu instrucción, ni tu entereza, ni tu dominio sobre todas las cosas de este mundo; pobre necio, que reconoce su pequeñez y busca con los ojos del alma la fuente de todo bien en el camino doloroso de la vida que recorre, amparado por la fe y por la esperanza.

Tú, en cambio, libre de preocupaciones, vas á buscar en el aniquilamiento la felicidad, yéndote de esta vida como conviene á un hombre formal...

¿Qué te detiene? ¿Piensas acaso en tu mujer y en tus hijos? Otra simpleza... Tú acaso no podías darles pan, pero les das algo mejor: el ejemplo de tu entereza. Muerto tú, ellos pueden imitarte quitándose también la vida,

y si no tienen tanta resolución, sigan sufriendo en el seno de una sociedad corrompida...

Ven á mí y no temas, que yo te daré el descanso; la luz del sol inunda la tierra de resplandores, fecundiza los campos y llena de alegrías al hombre. A su claridad, los seres todos de la creación aceptan resignados ó contentos la misión que les cupo en suerte, sin que ninguno de dichos seres, más que el hombre, recurra al suicidio. La ley del trabajo universal se cumple en todas sus partes, y el movimiento, la actividad, la vida, señalan los pasos del hombre. Su mano produce, su ingenio perfecciona, su inteligencia transforma y hasta su mente soñadora se acerca en lo posible á la Divinidad y crea lo que puede crear el arte. Un espíritu de unión, una tendencia de mutuo apoyo acerca á los hombres entre sí, y los afectos más tiernos, cumpliendo los altos fines de la Providencia, dan origen á otros afectos, otros dulces pesares y otras tiernas alegrías que engendran las virtudes...

Pero ahora recuerdo que tú ignoras lo que esto de las virtudes puede ser y hasta dónde lleva su influjo. Para tí son inútiles los conceptos de patria y mejoramiento social y progreso; para tí no tienen valor las conquistas de la perseverante ciencia, logradas acaso con el

martirio de sus sacerdotes; para tí no existen los encantos de la vida, del sentimiento que surge con las manifestaciones del arte; para tu alma es desconocida la admiración hacia lo grande, lo digno y lo noble... Tú no crees en Dios, no amas á la familia, no aceptas resignado el trabajo, ni tienes valor para sufrir la adversidad.

Decídate de una vez y despídete del mundo amargo, que sólo tendrá conocimiento de tu vida por la noticia de tu muerte... Y acaso figures luego en una lámina de *Las Ocurrencias* y hablen de tí los mismos que te veían pasar inadvertidamente...

Pero, ¿qué te detiene? ¿Qué miras por esas cuestras que bajan á la calle destinada á ser tu último lecho? ¿Miras á ese viejo de blanco cabello, que encorvado por el peso de un enorme talego de ropa sucia sigue á una lavandera que se dirige al río? ¡No le mires, infeliz, que ese anciano simboliza á la esperanza y tú llegas á mis barandillas impulsado por la desesperación; no le mires, que tú me perteneces ya con las resoluciones impías de tu coraje, y ese viejo es la resignación y la creencia!

LOS LECTORES DE «LA CORRESPONDENCIA»

No sabemos si fué Gutiérrez de Alba ú otro dramaturgo el que calificó á nuestro colega *La Correspondencia* de «gorro de dormir;» pero ello es indudable que para muchos madrileños el periódico citado es una necesidad como la de la alimentación física ó la de la habitación, y que no podrían entregarse al sueño sin haber leído previamente el periódico. Apreciables y simpáticas personas anclaron en 1860 en sus gustos y aficiones periodísticos, y no ha habido quien les haga tomar nuevos rumbos, aunque otros muchos periódicos soliciten su atención con títulos igualmente dignos de consideración y aprecio.

Para estas personas la noche última fué un verdadero martirio.

Las que se encontraban en los teatros veían llegar los entreactos sin que llegase *La Corres-*

pondencia, y se revolvían en sus asientos con verdadero malestar. Cano se perdió anoche una porción de aplausos para *La Pasionaria* sólo por la intranquilidad de los espectadores, y hasta en *El día y la noche* gustaron menos la canción de la alondra y el concertante del quitasol.

Pero donde la impaciencia se manifestó más claramente fué en los cafés.

Dieron las nueve y todos los periódicos habían salido, excepto el puramente noticiero; los vendedores tenían ya á disposición del público diarios de todos los colores y partidos políticos, y ya se conocía perfectamente, así el movimiento del día como la marcha del Gobierno y opiniones del resto de la prensa. Solamente los lectores de *La Correspondencia* aguardaban la salida de la misma, y no acertaban á explicarse su tardanza.

Dieron las nueve y media y... nada, el periódico sin salir.

¿Quién podría marcharse á su casa sin leerlo? ¿Cómo acostarse sin saber la solución de la charada de la noche anterior?

Un respetable académico defendía que la solución era *Galileo*; pero en contra suya tenía la opinión de casi todas las cotorrónas de su tertulia.

—¡Pues algo pasa! —decía un brigadier exento de servicio y de los que leen en el porvenir como en un libro abierto.—Hasta mí han llegado rumores muy graves... y no digo más. Pero la tardanza de *La Correspondencia* es altamente significativa.

—Y ahora que iba interesándonos tanto en el folletín la figura de Lauriana—exclamaba una soltera, á su pesar.

—Laureana, niña—le corregía una mamá que había imposibilitado toda boda.

—Lauriana pone el periódico siempre que habla de ella, y yo no he de corregirlo.

Dieron las diez y... nada.

—¡Mozol! ¿No ha venido *La Correspondencia*?

—No, señora... ¿si le fuera á V. igual *El Huelano* ó *La Viña*?

—No, ya sabe V. que yo no leo más que el periódico de Santa Ana: mi religiosidad me lo ordena así.

Y el tiempo transcurría, y los cuartos de hora fueron sumando, y dieron por fin las once.

Entonces se llegó al colmo de la impaciencia y surgieron las más extrañas versiones.

—Eso debe consistir en que hay crisis... A mí me han asegurado que existe dualismo en el seno del Gabinete, y no tendría nada de particular que estuviera esperando *La Corres-*

pondencia á conocer la formación del nuevo Gabinete...

—¿De un nuevo Gabinete?

—Sí: del Gabinete Moret-Sardoa.

—Pero, hombre, ¡tan pronto!

—Así se gasta en la actualidad.

—Yo creo que están haciendo la última hora. Me han dicho que en una de las calles de la parte Sur una madre se ha comido en tres días á sus tres hijos y después se ha suicidado.

—¡Qué horror!

—Pero ¿eso será verdad? Yo recuerdo haber leído algo semejante en una novela francesa...

—Y á propósito de novela, ¿qué dirá hoy *El tren núm. 17*? Ya ardo en deseos de seguir leyendo el folletín...

—¡Juanito!

—¿Mande V., señora?

—Bien podía V. salir un momento á la calle á ver si llega el periódico...

—Pero ¡si acabo de venir ahora mismo!

—Pues ¿por qué no se llega V. hasta la calle Mayor? Tiempo le queda para seguir hablando después con Luisita.

—¿Y qué he de hacer allí?

—Lo primero enterarse de la causa de la tardanza...

—¿Y si el periódico no se publica por cualquier motivo?

—Entonces pregunte V. al regente de la imprenta qué es lo que pasa en el folletín de hoy á los personajes de la novela.

Por fin, al dar las once y media de la noche comenzó á venderse el periódico, y sus lectores habituales respiraron tranquilos: lo compraron, lo leyeron con avidez y nada encontraron en él que explicase su tardanza.

Los más felices en sus investigaciones averiguaron que el número no aparecía doblado mecánicamente como antes; que en su cuarta plana faltaba la cabeza, que le prestaba cierto carácter de *Diario de Avisos*, y que la medida total de las planas era un poquito menor que en los días anteriores.

Respecto á las materias y carácter de las noticias, nada había cambiado. Sólo al convenirse de ello pudieron entregarse tranquilamente al sueño los lectores de *La Correspondencia*.

FIESTAS REALES

PRÓLOGO

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso...

Con tales ó semejantes frases debería yo comenzar estos párrafos si figurase entre los árcades de Roma ó supiese al menos por qué caminos se llega hoy á la Helicon fuente para beber en ella poética inspiración. Porque la verdad es, hipérboles aparte, que bien merecen las actuales fiestas cantor que las perpetúe, y hasta hoy—en buen momento lo diga—la deplorable facilidad de muchos poetas no se ha puesto al servicio de las fiestas en que *arde* Madrid. Pero no hay que apurarse, que todo se andará, y antes se juntaría el cielo con la tierra que vernos privados de las descripciones que los poetas chirles estarán perpetrando á estas

horas en sus domicilios para que luego, al imprimirlas, *jiman* con razón las prensas.

En vista, pues, de que aún no tenemos cantores poéticos ni más cronistas en prosa que los consagrados al periodismo diario, trataré de recoger de aquí y de allá datos, noticias y conversaciones que me permitan cómodamente llenar con esta fecha y en este lugar la obligación que tengo voluntariamente contraída.

LOS FORASTEROS

Al solo anuncio de que se preparaban fiestas en Madrid, los trenes de todas las líneas férreas derramaron sobre la heroica villa individuos, familias y vecindarios enteros.

Todo aquel que cuenta con relaciones fuera de Madrid ha visto su casa llena de huéspedes, que se han acomodado burlando la ley física de la impenetrabilidad de los cuerpos.

—Donde comen tres, comen nueve—habrán dicho los recién llegados.

—Sí—habrán pensado las víctimas, —comiendo la tercera parte de lo que deberían comer.

—Por nosotros —habrán seguido recetando los primeros—no hay que molestarse. Se ponen unos colchones en el suelo... y en paz.

—¡Y para eso acabo de hacer mis colchones!—pensará la dueña de la casa.

—Aquí traemos estas gallinas.

Y las gallinas, que están en el último período de consunción, lanzan un sentido cacareo al caer en tierra, y, presintiendo que su pescuezo peligra, se mueren de repente.

El vecino de Madrid se propone mentalmente llevar los cadáveres al laboratorio municipal para averiguar las enfermedades que padecieron en vida.

Los forasteros siguen diciendo:

—Aquí traemos también unos roscones y hornazos.

La criada observa que hay tormenta, y recordando el cuento del jitano, los saca al balcón á ver si los parte un rayo.

Desde aquel momento la casa del vecino de Madrid entra en el mayor desórden. Ya en ella no se come, no se duerme, no se descansa. Vecindados y transeuntes se ponen en movimiento y sólo piensan en agenciarse billetes para las fiestas. Cualquiera creería, al presenciar el espectáculo que ofrecen dichas casas, que la humanidad sólo ha sido creada para divertirse y cumple con entusiasmo aquel fin.

NO HAY BILLETES

¡Los billetes! Esos pedacillos de papel que dan derecho á su afortunado poseedor á creer que se divierte, han motivado á estas horas el rompimiento de largas y probadas amistades, el enfriamiento de amorosos anhelos, quejas, recriminaciones, arranques de dignidad ofendida, rasgos de entereza, lágrimas, gritos, amenazas y lances de honor.

Político matón conozco, que enojado con otro porque le mandó un paraíso del Real, ha prometido, á lo Luis Mejía, mandarle

«una bala envuelta en él.»

Otro, que ha recibido un billete de toril para la Plaza, ha traducido el obsequio como epigrama ofensivo y está que brama.

De durar las fiestas algunos días más hubieran hecho imprescindible la inauguración inmediata de la Necrópolis.

¡Qué de trabajo ayer por la tarde, y durante la noche, en la Presidencia del Consejo de Ministros! Las puertas estaban cerradas, los porteros vigilantes como nunca; allí, y encerrados con llave, todos los funcionarios de aquel centro, dando muestra de una laboriosidad incansable...

¿Qué ocurría allí dentro? ¿Acaso la preparación de algún importantísimo trabajo de política interior ó internacional? ¿Se celebraba algún Consejo extraordinario? ¿Reuníase la mayoría parlamentaria para acordar la campaña defensiva contra las oposiciones?

Nada de esto: en el palacio de la Presidencia, y durante la larguísima reunión de ayer, sólo se trató del reparto de billetes para la función de la Opera: de allí debieron salir acuerdos cuyos efectos han debido observarse hoy en el seno de las familias, destruyendo numerosas esperanzas y realizando deseos que durante algún tiempo pudieron conceptuarse irrealizables.

¡Ir al teatro Real en una función de gala! ¡Escuchar con encanto el *Mefistófeles*, que no entusiasmó al cantarse este invierno! ¡Observar la más rígida etiqueta en un sitio público, enfundados en el uniforme ó en el frac! ¡Colgarse del pecho todas las placas y condecoraciones de todas las órdenes habidas!... Este es el colmo de la ventura, el *desideratum* de todo buen español en estos días. Y si antes de ir por la noche al teatro de Oriente se ha pasado la tarde en las carreras perdiendo unas cuantas apuestas, poniendo el dinero á un caballo por estar prohibido ponerlo á una sota; si también

se ha asistido al Español ¡oh! entonces la felicidad de los favorecidos por la fortuna no reconoce límites.

Y para llevar la ventura á tantas familias, ¿qué menos puede hacerse en la Presidencia del Consejo que encerrarse á *pedra y lodo*, como dice un diario, sin tener en cuenta lo peligroso que es en ciertas ocasiones nombrar el lodo y la piedra?...

Pero á la vez que hayan surgido las alegrías de los favorecidos, ¡cuántos y cuántos rencores en los olvidados! Hay algún empleado que está resuelto á dimitir su cargo así que pasen las fiestas; electores que juran no volver á asistir á los colegios electorales ni contribuir al encumbramiento de los políticos; solteros que en su horror á la política y á las mamás de esta clase, utilizan la ocasión para romper con la novia, á la que no han podido proporcionar un billete; hombres importantes que fingen una enfermedad para no recibir á nadie; personajes que se ausentan de Madrid, aunque sólo sea á Vallecas, para evitar compromisos; amigos postergados, que son otros tantos ofendidos, y, finalmente, el coro general que protesta contra todos los encargados del reparto de billetes.

—Pero, ¿no habrá para mí un *paraísito*?—

Esto preguntan muchos, creyendo sin duda que su petición en diminutivo alcanzará mayor fortuna.

—No es posible: sólo quedan sin repartir los tejados.

—En cambio se tira de largo para la corrida de toros.

—Allí es diferente: en la plaza se ha dado un tendido entero al Congreso y otro tendido al Senado, sin duda para corresponder á la autorización concedida á los Diputados provinciales para entrar en los salones de conferencias.

—¿Y tendido de sol?

—¡Probablemente! Los que acepten la invitación suelen estar siempre al sol que más calienta...

Y las quejas se multiplican y se repiten sin descanso, y los que todavía abrigan la esperanza de conseguir algo, próceres, títulos, respetables ancianos, doctos catedráticos, hombres encanecidos en el servicio de la patria, repiten su eterna postulación:

—¡Aunque sea un paraísito!

—¡Aunque sea un asiento de toril!

Y los dispensadores de semejantes beneficios contestan á todos:

—¡No hay billetes!

LO QUE SE HABLA

En el Real.

—¿Y quién es ese demonio tan grande?

—Ese que hace de Mefistófeles se llama Rapp, y es el bajo de la compañía.

—¡Pues si ese es el bajo, los demás serán tamaños como bastidores!

* *

En el Prado.

—¡Hija! ¡Qué morena estás! Parece que te han *aculotao* á fuerza de humo.

—No es humo, es la luz del sol la que me ha puesto morena. Ya tu ves... al sol la venía de los Reyes... al sol la revista... al sol la hinchazón del globo... al sol...

—Pus, hija, no solearse y madrugar como yo, que cuando hay festejos no me desnudo.

—Ya me desquitaré esta noche tomando la luna á la puerta de Palacio.

—¡Jesús! Y qué apegáa eres á los espectáculos gratis.

—Pues, ¿y tú?...

* *

—Qué suerte tienes, Joaquina. ¡Apenas tuviste ayer gente en el puesto! Lo menos te con-

sumirían dos docenas de merengues y azucarillos y tres *boteyas* de aguardiente.

—¡Sí! La sangre fué lo que me consumieron. Persona hubo que se bebió un vaso de agua y me ocupó el sofá tres horas... Con que hazte una figuración.

—Alguien tomaría más...

—¡Vaya! Uno se tomó un *bolao* y se llevó una cucharilla.

—¡Adios, Sebastiana! No te das poco tono porque estás á la sombra...

—Donde estoy yo está siempre el sol.

—Pues temprano ha salido por el Prado, porque á las once venías ya, según me ha dicho *aquél*.

—Ya ves... para tomar primera fila.

—¿Y llevas siete horas de pie?

—Pero apoyada contra un árbol. Y así he podido ver bien al francés, que parece por el traje un empleado de la Funeraria, y he presenciado el sistema de hinchar el globo, que no es con paja, sino con gas...

—Claro... hoy se produce muy poca paja, y hay tantos que se la coman...

—Pero ¡mira, mira cómo se hincha!

—Y ya está el monsiú en el cesto.

—Ya ha cortado las cuerdas.

—¡Buen viaje!

—Y parece que toma el camino de Leganés.

—Con tal de que no se quede en la Casa de locos...

—¡Ea! salud, que me marchó á casa... Supongo que tú te quedarás esperando la vuelta del globo... Quien ha esperado siete horas para verle subir, bien puede esperar otras tantas á que baje.

* * *

En el café.

—¿Y te has divertido mucho?

—No he perdido nada... de lo público se entiende. Entrada de los Reyes, revista, ascensión del globo, y el miércoles pienso ir á la corrida de convite... Me han prometido un tendido del 5. Ya ves que hasta ahora no he llegado tarde á nada.

—Ni á tomar el sol, ya lo veo.

LO QUE SE ESCRIBE

„Querido Enrique: La resolución de mamá es irrevocable. O nos proporcionas dos gradas para la corrida del 30, ó te cierra las puertas de casa. Haz un esfuerzo y no te pesará. ¿Te acuerdas de la noche que pasamos el viernes

en el paraíso? Pues ten entendido que mamá no dormía; pero como nos habías proporcionado tú los billetes, fingía dormir. Si en lugar de dos gradas te proporcionas tres, podrás venir con mamá y con tu

Lola."

* *

„Sr. D. N. N., Diputado provincial.

Amigo mio: Mi felicidad depende de usted. Necesito tres gradas para la corrida del miércoles. No importa que una sea de sol, porque es para mi suegra.

Suyo afectísimo,

Enrique."

* *

De Madrid á Vallemalsano.

„Querida esposa: Cuando recibas estas cuatro líneas, manda al mozo con las caballerías á la estación, pues no quiero esperar el final de las fiestas. ¡Para fiestas estoy yol... ¿Te acuerdas de la persecución de nuestro Diputado á Cortes cuando aún no lo era? ¿Te acuerdas de aquellas promesas que nos hacía en el Casino y de la llaneza con que iba á las viñas para buscar votos de los labradores? Pues, hija, no he conseguido verle por más que lo he pretendido.

Y no creas que es por estar enfermo ni fuera de Madrid, no. Su ayuda de cámara, muy galoneado, nos ha dicho siempre: *El señor no recibe*. Pero anda, que día llegará en que pretenda vernos á nosotros, y tampoco le recibiremos.

Respecto al Diputado provincial, eso sí, nos ha recibido, pero dándonos á entender que le estamos molestando. Cuando le pedimos billetes para los toros nos dijo que todos eran para los portugueses. Figúrate tú si en sitios como la Plaza de Toros ó el Jardín, donde entran más de 14.000 almas, podrán estar holgados los 400 ó 500 portugueses que han venido.

Y si á esto se añade que no he podido encontrar á nadie en las oficinas para la reclamación que tengo hecha á propósito de mi fábrica y del pleito de las tierras, no necesito decirte más para que comprendas el humor de que estaré. Varias noches me he acostado con el propósito de tomar el tren así que amaneciera; pero, hija, este Madrid tiene mucho que ver con independencia de los festejos... En fin, de mañana no pasa.

Quisiera llevarte algo de esta capital, y anoche lo consulté con un amigo periodista, que me dijo:

—Hombre, ¿por qué no se lleva V. á unos cuantos concejales? Todos se lo agradeceríamos.

Y es que mi interlocutor ignora que ya tenemos en Vallemalsano la langosta y el pulgón.
Te abraza tu esposo

Claudio."

„Sr. Juez de guardia:

Que no se culpe á nadie de mi muerte. He pedido billetes á todo el mundo para todas las fiestas de estos días, y he visto tales cosas, he sufrido tantas decepciones, que no quiero vivir un momento más.

¡Adios, mundo amargo !

X."

MEMORIAS DE UN MADRILEÑO

.....
La verdad es que me he divertido mucho durante toda la semana anterior.

El día 22 llegaron los Reyes y allí estuve yo, en la misma estación de las Delicias, en la parte de fuera, por supuesto; tomé algún calor, pero todo lo di por bien empleado viendo el lujo de los carruajes y las corazas de los guardias. Por la noche me situé en la calle del Clavel, y vi entrar en la casa de la Sociedad de Escritores á muchos individuos, que sin duda

serían Zorrilla, Campoamor, Galdós, Tamayo, Fernández y González y otras eminencias, á quienes no conozco.

El día 23 no estuvo peor aprovechado: siete veces recorrí la línea de las tropas en la formación y después presencié el desfile. Como hacía calor me desabroché un minuto... el tiempo necesario para que me abandonara mi reloj.

El 24... ¿Qué hice yo el 24? ¡Ah, sí! El 24 madrugué para ir á la estación del ferrocarril, por donde se marcharon los Reyes á Aranjuez: pasé el día debajo de los toldos puestos para la procesión del *Corpus*, y por la noche me situé en la Carrera de San Jerónimo para ver entrar á los convidados en el almacén de música de Zozaya.

Por señas que se me acercó un individuo proponiéndome que le comprase en un duro un billete de libre circulación por las calles. No quise entregarle á la policía, porque los agentes me habrían llevado probablemente á la prevención, y acaso acaso se me habría procesado por calumnia si el timador tiraba su billete y no podía yo justificar mi denuncia.

El viernes 25, carreras de caballos, y carrera mía hasta el Hipódromo. Fui á pie por no gastarme un par de pesetas en un coche, y perdí res tduros apostando por un caballo. Por la no-

che estuve en el pórtico del teatro Real, y aguardé á que saliera la gente para escuchar al paso lo que dijeran de la función, que fué brillantísima. Terminó á las dos de la madrugada.

El sábado fué un mal día: los Reyes se habían marchado á Toledo, y yo tuve que pasar el día persiguiendo á un Diputado provincial que me había prometido darme un billete para los toros. Por la noche le encontré cuando se dirigía al palacio de la Diputación; le aguardé á que saliera, lo cual hizo á la una de la madrugada, y al acercarme á él me despidió con malos modos: "¡Como no vaya V. al tendido de los sastres!" me dijo, ignorando que semejante tendido no existe ya. Después me enteré de que la sesión había sido muy borrascosa, hasta el punto de haber estado cercanos al indulto los cornúpetos de Veragua que han de ser lidiados el día 30.

Ayer domingo fué un gran día: seis horas de pie en el Prado viendo hinchar el globo, y tomando el sol, y por la noche ver entrar en Palacio á los convidados al baile... ¡Y cuidado si he visto pantorrillas de hombres!

¡Oh! Estas fiestas no se borrarán jamás de mi memoria, y cuando yo muera dejaré estos apuntes á mis hijos para que sepan ellos divertirse también.

FINIS

El término de las fiestas va aproximándose.

Tranquilizaos, hombres metódicos, que sufrís una extraña sobrecitación tropezando por las calles con una concurrencia exótica.

Abrid el pecho á la esperanza todos los que aguardais á que funcionen las oficinas públicas en que teneis pendientes asuntos de importancia.

Regocijaos, políticos austeros, que no comprendéis por qué han de suspender sus tareas los Cuerpos Colegisladores por las visitas de las familias reinantes.

Tened un poco de paciencia, mendigos á quienes se ha hecho abandonar la vía pública para que no molesteis con vuestros clamores á los que gozan y se divierten.

No os impacientéis, industriales que veis paralizada vuestra producción.

Dentro de poco el trabajo, que regenera, reemplazará al ocio, que enerva; Madrid recobrará su aspecto habitual, y de las actuales fiestas sólo quedará el recuerdo, que traducirá, ya sincera, ya irónicamente, la siguiente frase:

¡Cuidado si nos hemos divertido!

Mayo de 1883.

MAJAS, MANOLAS Y CHULAS

Enrique Rodríguez Solís, el infatigable defensor de la mujer, á la que lleva consagrados cinco ó seis libros, acaba de aumentar el número de éstos con el titulado *Majas, Manolas y Chulas*, historia, tipos y costumbres de antaño y hogaño. El libro, aparte de su mérito literario, hará fortuna por su asunto, siendo consultado á la vez por curiosos y por artistas, que han de hallar en sus páginas documentos y testimonios bastantes para reconstruir la vida madrileña durante los siglos pasados y primera mitad del presente.

La maja, la manola y la chula, tres variedades del mismo tipo, tres derivaciones de la misma raiz, se hallan amenazadas de muerte: hijas legítimas y características de Madrid, forman parte integrante de su historia; pero el Madrid cosmopolita destruye su personali-

dad, reservándolas glorioso lugar en sus anales y eclipsándolas con la variedad de las cien procedencias que llegan diariamente á mezclar y á confundir los tipos existentes.

El Madrid heredero de la galantería del siglo xvii dió vida á la maja: su significación y carácter llegaron á ser tan marcados, que la altiva nobleza se complació en imitar servilmente á las majas, y que éstas, en un período de postración literaria y artística, son lo único que sobresale, lo único que anima el cuadro sombrío del siglo xviii, mientras dura la gestación de la nueva idea que ha de cambiar en la política y en la filosofía la faz del mundo. Las majas trasladadas al lienzo y á la plancha de cobre por D. Francisco Goya, llevadas al teatro con repetición digna de aplauso por Don Ramón de la Cruz, son lo único que ofrece algún relieve humano en una sociedad entregada al fanatismo y á la superstición, en un pueblo virgen todavía de todo adelanto en su policía interior. Altiva, rumbosa, mezcla de devota y de profana, osada en sus arranques y en sus rebeldías, acude á la iglesia con la misma facilidad que al motín; luce en las procesiones y en los bailes casi simultáneamente, y cifra su orgullo en ser fiel á su amante y en burlarse de los representantes de clases más altas, que

la persiguen por el cebo de su hermosura y acaso también por las dificultades de la conquista de su corazón.

Los comienzos del siglo xix influyen notablemente en la mujer madrileña: la representante de las antiguas *majas* empieza á desvanecerse en el lienzo de la vida de Madrid para dejar lugar á la *manola*, que procede acaso del Campillo de Manuela y que llega á ser alma del pueblo en que ha nacido. La manola, viendo invadida su patria por el extranjero, ataca navaja en mano á los ejércitos de Napoleón en 1808 ó acude en 1823 al encuentro del Duque de Angulema, á los gritos de ¡viva el Rey absoluto! y ¡vivan las cadenas! Obedece ciegamente el impulso secreto de las órdenes monásticas ó rompe sus trabas en 1834, y por una ley de terrible expiación produce las aterradoras escenas de los conventos, hijas de la superstición y del fanatismo del ignorante pueblo de Madrid. La muerte de Fernando VII y el triunfo de la idea liberal cambian el tipo de la manola, como ya habían cambiado su traje, fijándolo en los moldes que inmortalizó Bretón de los Herreros en la célebre letrilla, que comienza:

Ancha franja de velludo
en la terciada mantilla;

aire recio, gesto crudo,
soberana pantorrilla;
alma atroz, sal española...

¡alza, hola!

Vale un mundo mi manola.

Después de la guerra civil y del triunfo de las ideas liberales, el movimiento del progreso material y de las circunstancias que acompañan á la vida moderna, el tipo retratado por Bretón se desvanece, como antes se había desvanecido el que retrató D. Ramón de la Cruz. Las líneas generales de unas y otras seguían siendo las mismas, aun cuando en muchos detalles varíen. «La chula, como dice Solís, ese compuesto de gracia y seriedad; esa amalgama de risa y de llanto; de palabras atrevidas y de nobles acciones; de amor al trabajo y de afición á las *juergas*; tan amante madre como buena *cantaora*; tan amiga de las *palmas*, de los requiebros y de los bailes como de atender á los cuidados de su casa, velando hasta las altas horas de la madrugada, es uno de los pocos tipos que aún quedan en nuestra España, tipo característico, lleno de verdad, de donaire, de españolismo... No hay hombre que se resista á la chula de nuestros días, como nuestros padres no resistieron á la manola, ni á la maja nuestros abuelos.»

El libro de Rodríguez Solís está llamado á lograr la más completa aceptación, más todavía que en Madrid, donde sus tipos son tan conocidos, allí donde tienen el privilegio de lo desconocido y curioso.

SUCESOS MENUDOS

En una población como Madrid va siendo ya muy difícil llegar á la notoriedad por malos medios, ó buscar improvisada popularidad. Conviene que así lo tengan en cuenta los señores ladrones, asesinos ó suicidas, que puedan aspirar á salir en coplas ó á que publiquen su retrato los periódicos de crímenes grabados en madera.

Antiguamente bastaba la existencia de un suicidio para que inmediatamente se preguntara medio Madrid, ó lo preguntara á la otra mitad: ¿Quién es la víctima? ¿Cómo se llama? ¿Tiene familia? ¿Dónde habitaba? ¿Dejó alguna declaración escrita? ¿Hay noticias privadas de las causas que le han llevado á consumir su rapto de desesperación?

Hoy escuchamos acaso el ruido de un pistoletazo á cuatro metros de distancia; vemos caer herido á un individuo, y, á lo sumo, apre-

tamos el paso para advertir á la pareja más próxima lo que nos ha llamado la atención.

Antiguamente ocurría un robo á mano armada, y durante meses no se hablaba de otro asunto. Hoy, para obtener igual éxito, los ladrones tendrán que asesinar á los porteros y criados, tirar por los balcones á los inquilinos de todos los cuartos, llevarse algunas arcas de hierro en los bolsillos de la chaqueta, y ser sorprendidos al escaparse por los tubos de las chimeneas.

¿Reñían en lo antiguo varios representantes de la clase del bronce? Pues bastaban unas cuantas puñaladitas dadas y recibidas con gracia para que la curiosidad pública persiguiera aquel suceso. Hoy es necesario que en el combate tomen parte numerosas huestes, ó que queden clavados en suelo y paredes tres ó cuatro individuos con las navajas de sus contrarios; de no suceder ésto, ó de no ser los combatientes personas conocidas en los círculos tabernarios ó del timo, del juego ó la reventa, nadie busca detalles una vez leída en los periódicos la noticia pelada.

Un leve incendio alarmaba antes á todo el vecindario; hoy se escucha el toque de fuego como si se oyera llover, y á lo sumo se pregunta indiferentemente: ¿cuántas casas han ardido?

Pocos son los ciudadanos que se toman el trabajo de preguntar dónde es el fuego, porque suponen, siendo tan grande la población, que no ha de ser en su casa. Su lógica en estos casos es opuesta en absoluto á la de los jugadores de lotería, que sueñan con que les toque el premio grande, sin recordar que llevan cuarenta ó cincuenta mil probabilidades en contra.

Si fuéramos á registrar á diario los accidentes ocurridos en la población, tendríamos que decir:

Un albañil se cayó de la obra tal, quedando muerto en el acto.

En tal fábrica la máquina destrozó el brazo á uno de los obreros.

En tal otra riñeron dos capataces, quedando uno de ellos gravemente herido.

Una niña comió equivocadamente una preparación dispuesta contra los ratones, y falleció entre horribles tormentos.

Otro niño, haciendo volar un globo, cayó desde una ventana, quedando muy mal herido.

En la calle A robaron grandes cantidades en el primer piso.

En la calle B robaron los colchones del inquilino.

En la calle C robaron unos pañuelos amarillos puestos á secar.

En la calle D hubo un desafío á pistoletazos.

En la calle E un transeunte se vió repentinamente herido por otro, que emprendió la fuga.

... Y así sucesivamente hasta agotar todo el nomenclátor de las calles y plazas de Madrid.

El periodismo, más aficionado hoy que ayer á las grandes síntesis, se suele reducir á publicar un par de noticias concebidas en estos ó análogos términos:

»Ayer fueron detenidos 90 timadores y rateros en el momento de estar consumando otros tantos ataques á la propiedad.»

»En las casas de socorro ingresaron ayer 30 heridos en riñas, y en el depósito de cadáveres los de tres suicidas y un asesinado.»

Y después de leer semejantes noticias, si un madrileño pregunta á otro:

—¿Qué sabe V. de nuevo?

Es seguro que el otro responderá al uno:

—Pues nada de particular...

NOTICIERISMO

REPORTERS ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS—NOTICIAS ANTICIPADAS Y NOTICIAS FALSAS

Signo es característico de la sociedad presente el noticierismo, y ejerce influjo inconcebible sobre todos los ánimos.

El antiguo adagio decía aproximadamente:

”Por saber novedades no os apresureis, que ellas se harán viejas y saberlas heis.”

Hoy, no tan sólo no se espera á que las noticias se hayan hecho viejas, sino que se las persigue en su cuna para prodigar su conocimiento en los puntos más remotos. El telégrafo y el teléfono llevan los signos convencionales del lenguaje y los sonidos de la voz de extremo á extremo; la imprenta se apodera de la noticia para hacer millones de copias en un momento, y los vendedores de periódicos, el correo y otros elementos se encargan de diseminarla.

Y cuando algún suceso extraordinario hace que la primera noticia pueda tener derivaciones, cuando algo excepcional turba la tranquila monotonía de la vida pública, entonces se une á los citados medios de publicidad otro que en cierto modo los compendia á todos: Peris Mencheta.

El activo redactor de *La Correspondencia* podrá acaso ser vencido en literatura ó en picardía noticiera; pero en actividad, en arranque y en el trabajo, no hay seguramente quien pueda aventajarle en España ni en otro país. Entre el incendio, en el foco epidémico, en las grietas causadas por el terremoto, en las avanzadas del ejército combatiente, allí aparece siempre, y antes que nadie, Peris Mencheta. Para trasladarse á dicho punto podrá haber utilizado un coche de primera ó la cocina de un tren real; habrá caminado á pie ó hecho jornadas en una caballería menor; habrá compartido la cámara del jefe de una escuadra ó utilizado el petate de un grumete; pero de cualquier suerte, y olvidado de los medios, allí donde brota la noticia, Peris Mencheta llena su fin para transcribirla y comunicarla adornada con los mil detalles que puede reclamar el lector más exigente.

Yo no sé si el noticierismo á la moderna es

un bien ó un mal, y si sería preferible el refrán de nuestros abuelos que he citado; pero una vez admitida la necesidad ó conveniencia de la noticia, hay que proclamar la soberanía, indiscutible para mí, del activo redactor de *La Correspondencia*.

Hoy, sin la noticia, la vida es imposible.

La curiosidad de lo ajeno la ha engendrado y el progreso la ha prestado inconcebibles medios de desarrollo para que sirva de principal alimento á los periódicos.

Desgraciado el *reporter* que llega á una redacción con la cartera en blanco y las manos vacías.

—Pero, señor director—dirá viendo el mal gesto de éste:—cuando no hay noticias...

—Cuando no hay noticias... ¡se inventan!

Al rendir á un periodista español el tributo de justicia que precede, lo he hecho para reivindicar las glorias de nuestros compatriotas, pues no comprendo, por ejemplo, el asombro que produjo en 1885 la actividad noticieril de los periodistas americanos con motivo de la enfermedad y muerte del General Grant, Presidente de los Estados Unidos.

Desde que el estado del enfermo fué decla-

rado grave, los noticieros pusieron sitio á la casa: uno dormía en el portal; otro alquiló una habitación que daba frente á la casa del General; otro intentó el monopolio de las líneas telefónicas para que ningún periódico, fuera del suyo, pudiera dar noticia de la muerte, y un postrero prometió avisar disparando un cohete para que en su periódico se tirase un suplemento extraordinario.

La verdad es que los periódicos españoles hacían mal en asombrarse, pues olvidaban que en este punto los noticieros españoles no reconocen rivales en el mundo.

Durante la guerra de África, y cuando más ansiedad había por conocer los despachos oficiales, un noticiero burló la vigilancia del centinela del Ministerio de la Guerra y penetró en el jardín á las cuatro de la madrugada: en la entrada del edificio logró no ser advertido y después cruzó diferentes porterías, no se sabe cómo, penetrando, por último, en un salón donde el General O'Donnell, rendido por el sueño, dormía en una butaca. El noticiero no vaciló en despertarle, dándole un golpecito en el hombro, para preguntarle si había algo nuevo, y el caudillo, adormilado y sin darse cuenta de aquella extraña llamada ni de su objeto, le indicó unos despachos que tenía á la mano, y por

los cuales pudo conocer el *reporter* y publicar luego la noticia de un importante hecho de armas.

Al ocurrir la muerte del General Narváez, los que velaban el cadáver tuvieron un susto, creyendo que se movían las cortinas de la cama imperial... Acudieron allí, pensando acaso en la posibilidad de una resurrección, y encontraron agazapado en un rincón á un periodista noticiero.

A alguno conozco que, en su afán de ser corresponsal en una campaña, consintió en seguir á pié las operaciones de un ejército.

Durante la guerra civil, *El Imparcial* supo mucho antes que el Gobierno la toma de Puigcerdá.

Aquí hemos visto á los *reporters* entre las llamas de un incendio, y donde se aguardaba una explosión de pólvora; si se han repartido palos á los estudiantes, pongo por caso, los periodistas han llevado también algunos, y bastó hace unos tres años que se dijera haberse observado cierto descontento en un cuartel, para que un periodista se colara en él, siendo detenido y preso en el cuarto de banderas.

En su afán de adelantar noticias, periodista hubo que anunció la muerte de Ventura de la Vega cuando éste se hallaba bueno y sano, y

sólo rectificó á disgusto cuando el autor de *El hombre de mundo* se tomó el trabajo de decirle, en verso, que se había engañado.

Porque eso de rectificar es tan duro...

Aún recuerda todo el mundo que otra noticia de una falsa muerte, dada y desmentida varias veces por *La Correspondencia*, puso de tan mal temple á ésta, que cuando se realizó el triste suceso no pudo el periódico noticiero menos de exclamar: *por fin murió la señora doña...*

Y también es muy conocida la frase de un periodista ingeniosísimo que creó á un Ministro la reputación de borracho, y al cual periodista, pidiéndole una persona de buena fe que rectificara la falsa acusación, sólo consiguió esta respuesta:—Pues que rectifique el Ministro... ¡que beba!



Esto de las noticias falsas me recuerda que todavía hace muy pocos meses un periodista de Berlín fué sentenciado á varios días de cárcel por haber publicado en el *Tageblatt* una noticia falsa.

—¡Gran Dios!—decían los periodistas madrileños.—¿Qué será de nosotros si la costumbre alemana llega á nuestra patria?

El miedo de los mismos no puede ser más justificado, porque aquí no se observa con excesiva escrupulosidad el respeto á la verdad de los hechos.

Entre las mentiras célebres de la prensa española, algunas merecen ser recordadas. Por ejemplo, la noticia del estreno de un drama, que dió el periódico *La España*, haciendo resaltar los primores de su ejecución y el éxito obtenido por el mismo. Y el drama, no obstante, aunque anunciado para la noche anterior, no había llegado á estrenarse por motivos privados de la empresa.

Del mismo periódico fué el extenso artículo publicado por el año de 1867, dando detallada cuenta de la revista pasada á la Guardia rural creada por entonces. En dicho artículo se incluía la alocución dirigida por el General Narváez á dicha Guardia, alocución que había sido impresa previamente y de la que pudo proporcionarse un ejemplar el autor del artículo. Aquella revista no había sido pasada tampoco, y el periódico quedó en descubierto.

Más afortunada *La Política* en eso de publicar documentos, logró imprimir, antes de que se pronunciara, el discurso que el Sr. Ruiz Zorrilla dirigió á la Comisión que fué á Italia en busca del Rey Amadeo. El discurso se pro-

nunció después, con lo cual, si no quedó el periódico por embustero, pudo pasar plaza de profeta.

Fuera empeño superior á mi memoria, ya que no á mi voluntad, recordar ahora las mil y mil noticias del estreno fracasado que pasa por un éxito; de la edición del libro, que se presenta como próxima á agotarse y que aún duerme entera en la librería; de los aplausos que se supone han seguido á un discurso escuchado en medio de la mayor indiferencia, y de las infinitas mentiras veniales que pasan ya por verdades evidentes.

El bizarro brigadier, la bella dama, el joven modoso, el sabio profundo, el poeta inspirado, el actor concienzudo... todo esto se dice, y mucho hasta se cree, porque el público no se ha tomado el trabajo de averiguar que el bizarro brigadier no ha tomado parte en una sola acción; que la bella dama debe sus perfecciones al adelanto de la pintura y de los postizos; que el joven modesto acude en persona á las redacciones de los periódicos á propinarse semejantes bombos; que el sabio profundo debe este concepto á la seriedad típica que constituye su único estudio; que el poeta inspirado es un plagiarío sin conciencia y un gran copista de lo que otros hicieron; que el actor

concienzudo lleva este sobrenombre por no podersele dar ningún otro que le enaltezca.

En ocasiones, los cajistas se encargan también de tergiversarlo todo con sus erratas, haciendo que pase por embustero el redactor, debiéndose á esto en gran parte el escaso crédito de veraces que disfrutaban los periódicos, fama que ha logrado expresión sintética en la tradicional frase de

—Miente más que la *Gaceta*.

DÍAS DE ALARMA

MOTÍN DE ESTUDIANTES—MOTINES DE MUJERES

Hoy se desarrollan en Madrid los más graves sucesos sin que se entere de ellos la mayor parte de los madrileños.

Los días de alarma puede decirse que pertenecen á la historia.

Las costumbres han cambiado en esto de una manera notable: hace treinta años bastaba el rumor de que hubiera podido ó pudiera ocurrir algo para que cada vecino acomodado hiciera que el aguador le llevase un par de cubas de los antiguos viajes, comprara dos ó tres arrobas de patatas y arroz, trasladase á su domicilio todo el pan disponible en la tahona más próxima y diera un recorrido al juego de llaves, llavines, cerrojos, barras de hierro y clavos complementarios. Los vecinos se disponían á encerrarse en sus casas por un período inde-

finido de tiempo, hasta que la *Gaceta* del Gobierno dijera que el principio de autoridad había triunfado, ó hasta que los sublevados mandaran colgar los balcones y poner iluminación para festejar su victoria.

Hoy vivimos al minuto y esto mismo nos hace ser valientes. Por eso basta que haya un leve movimiento de alarma para que todos nos echemos á la calle, no en el sentido que antiguamente se daba á la frase, sino con el deseo de averiguar noticias, de recoger impresiones de unos y otros, de sumar y restar probabilidades para hacer un balance político.

En noches de alarma había antiguamente en Madrid un punto de reunión que desapareció y no ha sido reemplazado: el café de la *Iberia*. En él se sabía en la noche del 21 de junio de 1866 que muchos sargentos habían estado tomando licores y pagando con monedas de cinco duros; en él averiguaban los trasnochadores del 28 de septiembre de 1869 que á la mañana siguiente había de publicarse una *Gaceta extraordinaria* aconsejando al público madrileño que aguardase tranquilo el desarrollo de los sucesos de Cádiz y Alcolea; en él se refería sin rebozo en la noche del 2 de enero de 1874 que de un momento á otro iba á cambiar la situación política; en él, antes que en

parte alguna, se supo en diciembre del mismo año el suceso de Sagunto, llamado á cambiar radicalmente el aspecto de la política española.

La carrera de San Jerónimo contenía al público que no entraba en el café, y en sus aceras se formaban círculos que comentaban las impresiones de unos y de otros, y aquilataban la frase del político y la noticia que llegaba disfrazada de rumor de problemática certeza.

Derribado el café de la *Iberia*, y no recogida su herencia por ningún otro determinado de la población, los grupos se han congregado preferentemente por la calle de Alcalá y Puerta del Sol, acaso porque su proximidad á las antiguas gradas de San Felipe le han hecho conservar el caracter de *Mentidero* de Madrid.

Por lo demás, si en pasadas épocas era necesario para conservar el orden un aparato de fuerzas militares, ahora han llegado á ser contraproducentes estos recursos; y aunque haya algún motincejo en Madrid, no hay siquiera una previsora madre de familia que mande por un suplemento de pan: todas saben que podrán adquirirlo cuando quieran sin peligro, y si no con todo el peso legal, por lo menos de la última hornada.

—Lo único que me causa verdadero espanto—ha dicho un político ilustre,—son los motines de mujeres y de muchachos.

Y precisamente lo que abunda más en Madrid—en clase de motines—son los de muchachos y mujeres.

¿Qué delito estamos purgando para que los motines y los pronunciamientos no acaben nunca, para que la política se haga corrompiendo y comprando á elementos respetables y dignos de cariño? ¿Qué hemos hecho los españoles para no entrar nunca en la normalidad social de los otros pueblos y para que las enseñanzas de lo pasado no nos guíen en el presente ni garanticen nuestra felicidad del porvenir? Lo que con los estudiantes pasa frecuentemente confirma mis reflexiones.

El estudiante.—Mis compañeros gritan y corren, las clases están desiertas y llenos los claustros de tumultuosa muchedumbre. ¿Qué ocurrirá? Así, á medias palabras, he comprendido que se atacan las prerrogativas de la cátedra, que han metido en la cárcel á varios de nuestros compañeros... ¿Dónde van los de tercer año? ¿A visitar á aquéllos en la cárcel? Pues me agrego á la manifestación... ¿Qué ha gritado

el que va al frente? Un viva... pero no sé á qué. De todas maneras hay que secundarlo. ¡Viva!...

* * *

La madre.—¡Dios mío! Son las cinco de la tarde y no ha vuelto Enrique cuando todos los días viene á la una...

El vecino me ha dicho que en la calle de Atocha y en la de San Bernardo los guardias han acometido á los estudiantes; pero esto es imposible. ¿Qué hacer? ¿Ponerme la mantilla é ir á buscarle? Tampoco: las puertas de la Universidad están cerradas según me dicen... Por ahí pregonan un extraordinario... A ver que dice. (La pobre madre compra el extraordinario, lo lee con avidez y de repente da un grito, cayendo atacada de una violenta conmoción nerviosa. Entre sus manos crispadas se ve el papel, en el que aparece, entre otras noticias, la lista de los heridos en la colisión del día.)

* * *

Un periodista (que no ha visitado nunca á Alcalá ni se ha tomado el trabajo de meditar cinco minutos sobre las modernas exigencias de la enseñanza universitaria):

—Lo que debe hacerse es trasladar la Universidad de Madrid á Alcalá de Henares.

* * *

El telégrafo juega entre tanto y el correo lleva á todos los extremos del territorio la relación de los sucesos ocurridos en Madrid. ¡Con cuánta impaciencia aguardarán al cartero las familias que tienen hijos estudiantes en la Corte! Muchas saben que el muchacho ni es político ni se mete seguramente en nada; pero ¿acaso no le podrán haber seducido sus compañeros? ¿No podría ser instrumento de los políticos sin conciencia que, á la sombra del más pequeño tumulto, aspiran al triunfo de sus respectivos ideales, ó si no al triunfo, á que aparezcan confundidas causas que nunca tuvieron la más pequeña relación entre sí? ¿No puede haberles ocurrido algo á los estudiantes aunque no intervinieran en los tumultos? Sólo los que tengan hijos, y sobre todo hijos ausentes, podrán hacerse cargo de las profundas amarguras que se sentirán en estos días en las provincias cuando en ellas se hable de los sucesos de Madrid.

Entre tanto se va logrando por los estudiantes lo principal.

Y lo principal para los estudiantes es... no estudiar.

—¡Qué día!—exclama uno.—Escribir cien citaciones á los compañeros... ir hasta el colegio de San Carlos, perorar elocuentemente,

entrar, en una palabra, en la vida pública...

—Pero ¿y los estudios?

—Eso luego. ¡En cuanto tome yo el título de abogado voy á darme unos atracones de Derecho romano!...

—Y yo, cuando sea médico, de disección sobre el cadáver. Entonces la haré solo, y no como ahora, que no puede aprenderse nada con tanta gente.

—Pues yo, si llego á licenciarme en Farmacia, no vuelvo á mirar un Tratado de Química. ¡Cosa más inútil!

—Creo—dice otro estudiante más prudente—que damos al asunto mayor importancia de la que merece.

—¿Serías capaz de entrar hoy en clase?

—Hombre, eso no; pero entre tomar parte en el motín y asistir dócilmente á clase, hay un buen término medio.

—¿Cuál?

—Jugarnos el almuerzo á carambolas.

—Muy rico estás. ¿Has pedido dinero á tu padre?

—No ciertamente.

—¿Se lo has robado?

—Tampoco: entre uno y otro procedimiento hay siempre el término medio.

—¿Y es?...

—Vender los libros de texto.

Por el diálogo transcrito se comprende que ya han pasado los tiempos en que los asuntos de orden académico podían originar sucesos como los de la célebre noche de San Daniel. Hoy estas cuestiones no se resuelven á tiros, sino á carambolas, y las únicas víctimas suelen ser los libros, condenados al ostracismo desde que se inicia el motín estudiantil hasta mucho después de que termina.

* * *

Los motines de las mujeres tienen invariablemente por cuna:

El mercado,

El hospital de San Juan de Dios,

La cárcel,

Ó la Fábrica Nacional de Tabacos.

Causas:

Los abusos de los asentadores,

El mal trato de los enfermeros,

Los vicios crónicos en las cárceles,

Ó la supuesta invención de máquinas que puedan disminuir el trabajo manual.

En unos ú otros puntos se empieza por desconocer el principio de autoridad, se sigue construyendo barricadas ó utilizando como proyectiles tronchos ó ladrillos, y se termina

con el pronto restablecimiento del orden si hay autoridades enérgicas é inteligentes.

De entre todas estas sublevaciones, las más temibles son las de las cigarreras por los miles de trabajadoras que ocupa el vicio nacional, y por la verdad que encierra la copla de la zarzuela de Chueca *Agua y Cuernos*:

Siempre que se arma
bronca en esa casa,
corre que es un gusto
por allí la guasa;
pero si la cosa
toma ya calor
no *pué* con nosotras
el Gobernador.

Y mientras las amotinadas cigarreras llevan á la práctica la letra de la zarzuela, Juan Filósofo dice, procurando hacer que arda un cigarrillo lleno de toda clase de incombustibles:

—¡Y pensar en que ésto parará en que empeore el género!...

CIRCO DE PAUL

Un ilustre poeta y cariñoso amigo mío, muerto no hace mucho, consagró una de sus más bellas inspiraciones á los sentimientos que experimentó viendo derribar una casa. Y es que los poetas reconstruyen en su fantasía mundos desconocidos allí donde el resto de los hombres pasa de largo y ve sólo polvo, cascote y madera podrida.

Algo de lo que sentía el venerable Ventura Aguilera sentí yo al pasar ayer tarde por la calle del Barquillo, aunque con mayor inutilidad para el mundo, que no podrá tener en mis impresiones ni siquiera una parodia de la inspiración poética del ilustre vate.

El circo de Paul—le llamaré por su primitivo nombre para no perderme en la extensa lista de los que tuvo,—el circo de Paul no existe ya... la fundación debida al jefe de la dinas-

tía de los acróbatas establecidos en España ha caído á tierra; su frente principal subsiste, aunque no á toda su altura; á su lado derecho se ha abierto ya una calle que comunica y sirve de terminación á la de San Marcos; dentro de poco se levantará sobre su actual emplazamiento alguna elegante casa, y no quedará recuerdo alguno de aquel local entre la gente joven. Solamente los viejos, y los que á serlo caminamos, recordaremos que en el circo de Paul se han iniciado en todos los tiempos los géneros que mayor boga alcanzaron después.

—Allí—dirá un veterano de la primera guerra civil,—se regularizó el primer espectáculo gimnástico, que antes se había inaugurado en el circo olímpico de la plaza del Rey, y ecuestre. Allí daba Auriol sus inimitables saltos; allí, ligero como una pluma, trabajaba á caballo Mr. Price...

En aquel circo, convertido después en teatro, se inauguraba en 1855 el de género andaluz, gracias al empresario Olona. Dardalla, Pardo, Guerrero y Zamora conquistaban allí grandes triunfos, y la niña Cándida Dardalla indicaba en *La vida de Juan soldado* el talento dramático que más tarde había de manifestar en todo su esplendor en el drama *Grazalema*, obras ambas del malogrado Luis de Eguílaz.

—También aquel teatro —dirá un glotón,— inició la literatura *con obsequio*. Por tres reales función de verso y un chico de limón ó un café con media tostada de abajo.

—No es eso completamente exacto —le contesta un interlocutor. —La gloria del invento, ó al menos su introducción en España, se debe á D. Vicente Llorente, que lo estableció en los salones de Capellanes y lo continuó en los de la Infantil, calle de Carretas. El circo de Paul cogió lo del obsequio con una leve modificación, y es que en Capellanes y la Infantil á los consumidores del café se les daba un billete para entrar en el teatro, y en el circo de Paul, á los concurrentes al teatro se les daba un bono para tomar algo en el café. Esta es la verdadera historia del *obsequio*.

—¿Pues y su campaña de 1868? —dirá un político. —Allí Eugenio Fernández y Carratalá, allí la Matilde Guerra y la Navarro, allí el malogrado Martínez daban vida á una graciosa parodia de Granés; á la pieza *Café, teatro y restaurant cantante*, de Emilio Alvarez; á *Las cursis* y *La agencia López Casaca*, de autor anónimo, pero que debe parecerse mucho á mi amigo Llanos Alcaráz (dicho sea hoy, que ya no ha de influir la política en el bueno ó mal éxito de aquellas obras); á *Roncar despierto*, que se ha

conservado en el repertorio, y á otra infinidad de obrillas ligeras que preparaban al espectador á presenciar lo más saliente del espectáculo: el *can-can*, baile exótico que penetraba en nuestras costumbres, bailado por las hermanas Fernández, alumbradas por luces de Bengala, y entre las destempladas notas de la orquesta y los rugidos de entusiasmo de los espectadores. ¡Qué aspecto en aquellas noches el del teatro! En las cuatro ó seis primeras filas de butacas, cabellos blancos y calvas respetables; aquí y allá tímidas espectadoras que salían del local haciéndose cruces y prometiendo no volver, como si aquel espectáculo se hubiera dado por sorpresa... pero que volvían; detrás de las butacas, en puntillas para ver mejor, y de pié sobre banquetas, en pasillos y galerías, la juventud de entonces, embriagada, frenética, concediendo el *exequatur* popular, consagrando plebiscitariamente aquellas saturnales... Así esperaba el pueblo de Madrid el desarrollo de sucesos de orden muy diverso. Hubo una noche en que el teatro tuvo menos gente... Aquella noche era la del 28 de septiembre de 1868. En las siguientes volvió á bailarse el *can-can* con mayor entusiasmo que nunca. Diríase que *La modista de París* y otros bailes análogos eran la apoteosis de ciertos sucesos políticos.

Más tarde, en 1870, la moral y la dramática buscaron allí un refugio; se renovaron las pinturas del salón y los asientos, se reformó el decorado, y sobre su puerta de ingreso figuró el nombre de *Lope de Rueda*, padre del teatro español. Con el mismo nombre escribió Eguílaz, para inaugurarle, uno de sus dramas, y en su escena brillaron Pepa Hijosa, Felipa Díaz, Pizarroso, Mario, Morales y Manuel Ossorio...

Detrás de la grandeza la decadencia; detrás del drama el cante flamenco, refugiado allí durante dos inviernos.

Y recientemente el Skatin-ring, el salón de patines, por el que se deslizaron muchas bellezas...

Allí siempre se deslizaron: precisamente el circo de Paul, con independencia absoluta de las funciones gimnásticas, dramáticas y líricas, ha celebrado durante los inviernos bailes de máscaras, de tres de la tarde á seis de la madrugada siguiente. Alguna empresa, movida de emulación, inventó sin duda la célebre habanera de

No me llesves á Pol,
que me verá papá:
llévame á Capellanes,
que estoy segura que allí no va.

Algún predicador, célebre por sus extravagancias, lanzó también anatemas sin cuento contra el salón de baile; pero Ortego con sus dibujos lo popularizaba á la vez, la gente alegre y joven se daba cita en él, y hubo momentos en que el mismo Capellanes se conmovió y pareció vacilar, á pesar de sus gruesas columnas... El circo de Paul ha sido siempre fuente de todas las grandes inmoralidades...

—Supongo—dirá tal vez algún zurupeto dirigiéndose á los que evoquen estos recuerdos,—que no incluirán Vds. en esa calificación al largo período de tiempo en que estuvo destinado el edificio á *Bolsa*...

—¡Oh! seguramente que no; en las operaciones bursátiles no hay inmoralidades como las que llevaron á Paul acróbatas, cancanistas, poetas, músicos, cantaores, bailarines y patinadores. Pero convengamos en que los bolsistas pudieron haber elegido otro local, con lo cual se habrían evitado figurar junto á ellos en este recuerdo histórico...

Dentro de poco el edificio será solar; más tarde casa de vecindad y calle que facilite las comunicaciones en aquel barrio... Pasarán los años, y solamente los ancianos lo recordarán, acaso con encanto, con remordimiento tal vez...

Bien podía algún artista haber trazado un

apunte del monumento, que si no brilló por los primores de arquitectura, merecía conservarse por sus recuerdos.

Y mandar el apunte á cualquiera de las Exposiciones que se celebran en la actualidad.

Junio de 1883.

NOMBRES DE LAS CALLES

Ayuntamiento de Madrid.
Esta Excm. Corporación, en sesión celebrada en 25 de junio último, se ha servido declarar oficial la denominación de *calle de Estanislao Figueras* para la comprendida entre las de *Isla de Cuba* y *Paseo del Rey*, correspondiente al distrito de Palacio, barrio de Argüelles.

Lo que se anuncia al público para su conocimiento.

Madrid 8 de julio de 1886.—
El Secretario general, *Rafael Salaya*.

Poco enseña la experiencia á los ediles madrileños, ó muy grande es su obstinación para marchar en contra de las lecciones de ella. Han podido ver que no han prevalecido las calles de Narváez, del Duque de la Victoria ni del General Izquierdo; han tenido que quitar sus lápidas á las plazas de Topete y de Riego, y todavía se atreven á dar nombres políticos á las vías públicas.

Y cuenta que lo efectuado por el Municipio madrileño fué doblemente grave, pues

no se trataba de confirmar ninguna calle que llevase los nombres de *Enhoramalahayas*, de *Cantarranas*, del *Burro* ó de *Arrastraculos* (que así, dicho sea con perdón, se han llamado algunas calles), sino de quitar á una el glorioso nombre de *Velázquez* para sustituirlo con el de *Estanislao Figueras*.

—¡Velázquez!... diría para sí algún concejal: me suena el nombre; pero no recuerdo quién lo ha llevado... Seguramente que ni siquiera fué en vida concejal.

—Velázquez fué un pintor—dirá otro edil más ilustradito;—pero un pintor que en muchos documentos se firmaba «criado del Rey,» y en tal concepto vivía en Palacio y cobraba de la Tesorería del Rey.

Y en estos tiempos democráticos, el abo-lengo de las funciones palatinas debe ser un sambenito cuando Velázquez, el precursor de la gran pintura, el autor de *Las lanzas* y de *Las Meninas*, de *Las Hilanderas* y de *Los borrachos*; del *Cristo crucificado*, en el orden religioso, y de *Las fraguas de Vulcano*, en el mitológico; el que hace dos siglos espera una estatua digna de su grandeza, ha perdido hasta la pobre lápida que daba su nombre á una de las calles del barrio de Argüelles.

Y no me guía seguramente el menor espí-

ritu de hostilidad contra la memoria de *Estanislao Figueras*, cuyo nombre va á reemplazar al del ilustre pintor. Por el contrario, reconozco las altas dotes de inteligencia del Presidente que fué de la República española, y el buen deseo con que trató de encauzar las desbordadas pasiones de los suyos. Recuerdo que en una tarde del 1873 le seguía un grupo de intransigentes exigiéndole que sustituyera su sombrero de copa con un gorro frigio, y que Figueras, subiendo en una silla que se le facilitó en la fotografía de Laurent, tuvo el buen gusto y el valor de calificar de *estúpidos* á los que en nombre de la libertad pretendían imponer su capricho en los vestidos, y creían que la democracia no se podía sentir sin calarse en la cabeza aquel pimientó riojano. Aquella escena, que quedó muy impresa en mi memoria, ganó todas mis simpatías para con el citado repúblico; pero creo que él mismo, si viviera y supiese que su nombre iba á inscribirse en una calle borrando previamente para ello el de Diego Velázquez de Silva, había de encontrar en su claro juicio algún calificativo gráfico para los autores de la idea, como lo encontró para los ciudadanos que dudaban de su republicanismo porque gastaba sombrero de copa en vez de gorro frigio.

CAMBIOS DE FORTUNA

Así como Madrid es una de las poblaciones donde más se observa la desaparición y reaparición en escena de muchas personas, así también lo es donde con mayor frecuencia se notan los cambios de fortuna. Indudablemente debe encerrar esta población elementos muy eficaces así para subir como para bajar, cuando tanto se repiten los casos en el siempre estrecho círculo de nuestros conocimientos.

Hace meses, por ejemplo, dejamos de ver á nuestro amigo X..., quien para eclipsarse más dignamente hizo preceder su fuga de un sa- blazo de cinco pesetas que no supimos parar. Desde entonces ninguno de los círculos en que antes pudo vérselo ha tenido la fortuna de conseguirlo, y ni siquiera hay noticia de que su sable haya ocasionado nuevas heridas. De repente X... reaparece; pero no hay medio de

hablarle: ocupa una carretela y sin duda la gasta hasta para andar por casa, puesto que nadie logra encontrarle á pié. ¿Ha heredado? ¿Se ha casado con una rica? ¿Ha jugado con buena suerte á la lotería? ¿Ha utilizado alguna irregularidad administrativa? ¡Misterios! ¡Lo único que es exacto y comprobado es que X tiene carruaje, que pasea en él por la Castellana, y que aunque ahora le acoge la gente rica con maliciosa sonrisa, dentro de poco le concederá la alternativa en todas las fiestas del gran mundo.

K... es otro de los que han desaparecido; pero se le puede encontrar muy fácilmente. Hace años montaba los mejores caballos, hacía el amor á las mujeres más hermosas y tiraba su pingüe patrimonio en juegos y fiestas. Hoy, como he dicho, puede vérselo fácilmente; pero hay que acudir para ello á los Asilos del Pardo.

H..., artista distinguido en su juventud, también desapareció hace años, y con él uno de los más decididos protectores del sexo débil en el orden moral. ¿Qué ha sido de H? suele preguntarse á muchos que fueron sus amigos, y ninguno responde, como no pertenezca á la curia. En este caso sabremos por él que H extingue condena en el penal de Alcalá de Henares por una falsificación.

Los más antiguos linajes y las casas más poderosas son hoy preferentemente conocidas por sus deudas, y en los registros de la propiedad se anotan diariamente transmisiones inconcebibles que van acabando con los antiguos patrimonios y elevando y enriqueciendo el comercio al menudeo, que es el verdadero dueño de la riqueza de Madrid.

Muchos á quienes conocimos escribientes de juzgado ó meritorios en las oficinas del Gobierno son hoy capitalistas y hombres de negocios. Pocas personas saben en qué pueden consistir esos *negocios*; pero muy lucrativos deben ser para haber cambiado esencialmente la situación de quienes los realizan.

Aquí hay banqueros á quienes los tribunales tienen embargada hasta la cama, y mendigos á quienes se sorprende en posesión de considerables riquezas. ¿Qué extraño que cualquier día nos salga al encuentro en la calle uno de los primeros pidiéndonos diez céntimos para comer en la tienda-asilo, ó que alguno de los segundos alquile un cuarto de mil duros anuales, sin perjuicio de seguir pidiendo limosna para ocupar en algo sus ocios?

En las cuestiones de hacienda privada los cambios se realizan sin que entrañen otros de índole moral ó intelectual. A... era tan poco

escrupuloso de rico como ahora lo es de pobre; B... era idiota cuando pobre y sigue siéndolo á pesar de figurar entre los primeros accionistas de todas las sociedades de crédito; C... fué orgulloso cuando tuvo fortuna, y conserva su orgullo ya que no su riqueza.

El asunto de los cambios de fortuna se halla fundado en un contraste que he tenido ocasión de observar ayer: el encuentro con un individuo que ha ido ascendiendo de repartidor de periódicos á corredor de quintos, de corredor de quintos á prestamista y de prestamista á dueño de un magnífico hotel; y la petición que me dirigió un anciano, diciéndome en una calle extraviada:

—¡Una limosna para un jefe de Administración cesante!

MADRID NOCTURNO

Años hacía que, por el arreglo de mis tareas, trabajaba de día y dormía de noche como los hombres de bien; pero las circunstancias, más poderosas que la voluntad, me han obligado á volver á antiguas y malas costumbres, ó sea á trabajar de noche... y á no dormir de día.

Esto al pronto fastidia un poco; pero después... después no se puede aguantar.

La población madrileña es esencialmente trasnochadora: los teatros, los casinos, los círculos arrojan de su seno desde las doce en adelante numerosísima concurrencia. En muchos paseos los individuos, con pretexto de tomar el fresco, se evitan la incómoda costumbre de pagar al casero, no faltando ciudadanos que, llevados del mismo espíritu de economía, enlazan la última hora de la taberna ó del café

con la primera de la buñolería. Pero ni de los que se retiran, aunque tarde, á su casa, ni de los que no la tienen, me propongo hablar ahora: dirígese este recuerdo á mis compañeros de trabajo nocturno.

El sereno que nos abre la puerta de casa.

El vigilante que pasea la calle, dispuesto á acudir allí donde la paz se turbe ó el desorden se manifieste.

El que presta sus humanitarios servicios en los hospitales y casas de socorro.

El que trabaja durante la noche en obras que han de terminarse antes de que vuelva con el nuevo día el tránsito de los peatones y el movimiento de los carruajes.

El tahonero que prepara el pan que ha de alimentarnos.

Los industriales que velan para terminar urgentes labores.

Y los que trabajan y pulen la idea sobre el papel para que otros la reproduzcan en caracteres movibles de plomo y cinabrio, y otros, finalmente, la multiplican en copias numerosas entre el ruido incesante que producen las ruedas de la máquina.

Todas estas víctimas del trabajo gastan su vista y pierden la salud escuchando acaso como única frase de gratitud y conmiseración

la que oí yo una de estas mañanas cuando regresaba rendido de trabajo y deseoso de ver á mi familia:

—Valiente conducta la del vecino del principal... Casi siempre se retira á las seis de la mañana.

Durante las noches de calor, el taller se encuentra en comunicación con la calle mediante los balcones, que hay necesidad de conservar abiertos, y ésto distrae en cierto modo permitiendo estudiar la vida de Madrid.

Entre las doce y la una de la madrugada el ruido de los coches y de las conversaciones de los transeuntes indica que los espectáculos públicos han terminado. Después todos los ruidos van haciéndose más lentos y también más perceptibles entre el silencio de la noche.

Esas pisadas acompasadas y metódicas son de la pareja del orden público que vela por nuestra seguridad.

Ese susurro de voces lo produce la enamorada vecinita de la esquina y el joven que la galantea.

Ese ruido seco y sordo debe ser de una bofetada perdida entre un diluvio de quejas no mejor halladas.

La vibrante campana indica que se ha declarado un incendio, y cinco minutos después

se escucha el rodar de la bomba que acude á combatirlo y las pisadas del bombero—ese héroe del trabajo anónimo—que vuela á sacrificarse por sus semejantes.

Unas voces que salvan el diapasón normal señalan una disputa; un disparo de arma de fuego la terminación de la misma y el principio de un proceso judicial.

Algunas veces, á los ruidos indicados sigue por un momento el que producen al abrirse algunos balcones; pero luego todo vuelve á quedar en silencio, sólo interrumpido por el canto de la codorniz, el del grillo, tan generalizado en la estación veraniega, y el de algún gallo, vecino de la Villa y Corte, con residencia, aunque sin padrón, en alguna pollería ó patio de las afueras.

Después se escucha el ruido de las escobas municipales y el de las mangas de riego; los golpazos del sereno contra la puerta de una tienda para que despierte el amo, que debe tener el sueño pesado, y el trote acompañado de música de campanillas que anuncia la visita de las nodrizas de largas orejas á los enfermos del pecho.

Algunas buñoleras se sitúan en sus esquinas; algunos empresarios de café económico anuncian sus mercancías; los serenos se reti-

ran silenciosamente para continuar en sus casas el sueño que durante toda la noche estuvieron descabezando en los portales de las ajenas, y el sol abrevia el espacio del crepúsculo para legar más pronto á su completo dominio.

LO QUE PAGAN LOS MADRILEÑOS

Una curiosa noticia nos permite conocer lo que al Estado han satisfecho durante el último año económico los madrileños por diferentes conceptos. He aquí el pormenor:

Por contribución territorial.....	9.720.358
Contribución industrial.....	12.059.503
Impuesto de consumos.....	20.896.256
Renta de tabacos.....	9.136.750
Renta del timbre.....	7.505.435
Derechos reales y transmisión de bienes....	3.841.665
Cédulas personales.....	550.000

Lo que da un total de 63.709.967.

Distribuyendo esta recaudación entre los cuatrocientos mil habitantes que cuenta Madrid, resulta que cada uno de ellos ha pagado en el año 159 pesetas 274 milésimas, ó lo que es lo mismo, 0,4089 diez milésimas diarias.

Si incluimos los recargos municipales y

algunas contribuciones indirectas, como la de la lotería, sellos de espectáculos, pagos por instrucción pública, etc., no sería exagerado calcular la totalidad en otros 63 millones, con lo cual resultará que Madrid, este pueblo al que se supone, fuera de él, consumiendo y no produciendo, contribuye para las cargas generales con 126 millones de pesetas, ó sean 504 millones de reales. La cantidad es bonita, y creo que, al compararla con el presupuesto general de ingresos, basta para acreditar que si la propiedad y la industria se hallan muy recargadas en el territorio todo, aquí en Madrid no tenemos los privilegios que los forasteros nos suponen.

Y cuenta que en estos tributos no se incluyen para nada los que tenemos que satisfacer á las provincias por el mero hecho de vivir en la capital. Los madrileños somos los agentes de negocios, sin sueldo, del resto de los españoles.

—Como V. reside en Madrid—nos escribe un amigo,—le ruego que me envíe un décimo de la lotería, cuyo importe es adjunto.

Y, efectivamente, aunque el importe es adjunto, no figuran en él los cinco céntimos del cartero, los 15 de la carta contestación, ni los 75 del certificado, si es preciso, ni se cuen-

tan para nada las molestias que se ganan ni las botas que se pierden.

—Cómprame V. el número tal de *Las Dominicales*, porque ninguno llegó á este pueblo.

Y hay que hallar colocación para el sello de recibos que manda el amigo libre-pensador y pagar otros cinco céntimos de cartero y uno de correo, amén de buscar el periódico en la administración y pagarlo más caro por ser ya atrasado.

—Para el próximo mayo le haremos una visita en ésa y le llevaremos alguna friolera.

Y desde el día de la Cruz se planta en nuestra casa el matrimonio Astudillo, y sus tres hijas, y un cuñado, y el Teniente alcalde del pueblo; y hay que alojarles, y alimentarles, y divertirles hasta el día 20 del mes gastándonos un sentido, á cambio de un pucherete de miel de la Alcarria, cosa de una cuartilla de nueces y media docena de roscones.

—Cuando tenga V. tiempo cóbreme los cupones que le mando.

—Si no le sirve á V. de molestia, recomiende usted en Fomento una instancia de mi primo Manolo para que le declaren de texto un *Manual del poeta rural* que tiene escrito.

—Ahí va ese pagaré del hoy Ministro D. X para que lo haga V. efectivo.

—Mándeme las obras completas de Galdós, edición de lujo, y dígame su importe para enviárselo cuando haya ocasión.

—Suscribame V. á *El Imparcial*, y que le den de favor todos los folletines que lleva publicados de la novela actual.

—Ahí va la medida de la cabeza de mi mujer. Cómprela V. un sombrero de última moda, y busque en seguida entre sus relaciones algún empleado ambulante de correos que se lo traiga gratis.

—Mándeme V. todos los sorteos la lista grande de la lotería; y si sale premiado el 37.921, avíseme por telégrafo.

Todas estas comisiones nos convierten á los vecinos de Madrid en agentes de negocios, que hemos de consagrar nuestro tiempo y nuestro dinero al servicio de los ausentes, haciéndonos tributarios de la amistad, como ya lo somos por el sueldo que cobramos, por la casa en que vivimos, por la luz que nos alumbrá, por la industria que ejercemos y por el tabaco que nos envenena.

¿No es justo incluir estos tributos entre los que figuran en la estadística que ha dado origen á estos párrafos?

Julio, 1886.

PROBLEMAS DE MADRID

La población de Madrid se encuentra constantemente enfrente de un pavoroso problema: el problema de la vida. Los artículos de primera necesidad se cotizan hoy como antiguamente los de mayor lujo.

Dentro de poco podrá imponerse una contribución suntuaria al que se atreva con un *beafsteak* con patatas, y la inmensa mayoría de los madrileños habrá de limitarse á comerse... las partidas, ó devorar... las injurias.

Los partes diarios de subsistencias que publica el Ayuntamiento constituyen una lectura interesantísima, porque ya sólo podemos conocer á muchos de sus artículos de *oídas* ó de *reputación*, como decía Liern cuando hacía versos, antes de hacer números.

Dentro de poco las familias se consagrarán al estudio de efemérides, y se recordará el día

en que entró en la casa un besugo, y el otro en que se corrió el padre hasta llevar un cabrito asado. Se sabrá por tradición que hubo un tiempo en que para los madrileños la comida no era un episodio casual, sino una costumbre diaria y religiosamente seguida, y en que el ayuno sólo era obligatorio en tiempo de Cuaresma.

El problema reviste tales caracteres de gravedad, que no me parece fuera de propósito llamar la atención de las autoridades acerca de las posibles contingencias que puede acarrear.

El estudio comparativo de los artículos de primera necesidad y de los sueldos y jornales de las clases menos acomodadas, arroja un desequilibrio que espanta. La vida es imposible porque el déficit es evidente. ¿Cómo se salva? ¿Con la abstinencia? ¿Con la inmoralidad?

De todos modos, la carestía tiende á terribles consecuencias dentro del orden moral, social, económico é higiénico.

Esto cuanto á los precios, pues en lo que se refiere á cantidades y calidades habría también mucho que hablar, por lo mismo que en las costumbres madrileñas hay prácticas que tienen muy poca razón de ser. Nadie, por ejem-

plo, ha pensado nunca en examinar las cubas de los aguadores; nadie ha presenciado la operación de pesar el carbón que consume; nadie ha comprobado si el pan tiene el peso que debe tener. Y á la sombra de esta confianza, ni el aguador ha sido muy escrupuloso en llenar su cuba, ni el carbonero ha tenido más peso que su capricho, ni los panes merecen más calificativo que el de *panecillos*, por parecerse en su tamaño á los que se venden en las romerías de San Isidro y San Antón. Sólo cuando los problemas de la vida van siendo difíciles por el precio exagerado de los artículos de primera necesidad, el madrileño empieza á sospechar tardíamente que tiene mal colocada su confianza, y que la honradez de ciertas clases industriales y comerciales no justifica un abandono que no puede subsistir sin graves peligros.

Se ha visto, por ejemplo, que el quintal de carbón sólo tiene tres arrobas para los vendedores de aquel artículo, cosa que ya el consumidor había sospechado muchas veces; de otra manera: que la arroba tiene un precio nominal de siete reales y otro efectivo de nueve y medio. Y si profundizásemos todavía en la carbonera veríamos aún aumentar considerablemente el precio por la disminución del

producto. ¿Cómo? En primer lugar por el cisco: éste constituye generalmente la cuarta parte del peso del carbón; pero como el cisco solo tiene un valor la mitad más bajo que aquél, resulta gravado notablemente el carbón referido. Si del peso total se quitan luego los tizos, digan los lectores qué es lo que queda de la encina carboneada. Y cuenta que para nada hablo de las piedras de que pródigamente siembran los carbones los encargados de su expendición; y entiéndase que no hablo del carbón de piedra, sino de la piedra adicionada al carbón de encina, procedimiento que convierte nuestras casas en depósito de guijarros y de grava, con lesión de nuestros intereses.

Sin perjuicio de la acción de las autoridades, que para estos casos vendría de perlas, el público debería atender algo más al cuidado de sus propios intereses; y así como hace pesar medio kilo de patatas que vale diez céntimos, debiera hacer lo mismo con otros artículos.

—Lléveme V. á casa una arroba de carbón—dice la criada. Y el carbonero, después que aquélla se ausenta, pesa hasta doce libras del género, le adiciona tres ó cuatro de cisco, y, lleno de conciencia, arroja en la sera cuatro ó cinco guijarros de la calle. Después lleva el

género al consumidor y barre hacia dentro su tienda.

—Lleve V. cinco cubas para el baño—se le dice al aguador; y el aguador sirve perezosamente cinco medias cubas, no por el ahorro de trabajo ni por lo caro del producto, sino porque cinco cubas medianas hacen forzosa la venta de otras dos ó tres.

—Vengan ocho panecillos—se le dice al tahonero; y éste, aceptando el diminutivo gramatical, sirve al parroquiano entregándole poco más de una mitad del peso total que deben tener los mismos.

El problema de la vida, como he dicho, presenta caracteres alarmantes: el público, no obstante, sigue dispensando una confianza inconcebible é injustificada hacia determinados proveedores, y las madres de familia sufren terribles pesadillas por dormirse pensando en las naturales exigencias de su prole.

* * *

Pero si la pobreza es modesta y no da publicidad á sus sufrimientos, el lujo se exhibe en mil diferentes formas y disfraza la situación angustiosa del pueblo.

Abren doce teatros sus puertas, y para todos hay público.

Se dan corridas de toros, y la gente se atropella por pagar un tendido á precios fabulosos, y agrega al gasto de la fiesta el del coche.

Anuncia su beneficio cualquiera de los llamados primeros actores ó primeras actrices, y los admiradores agotan los depósitos de los joyeros para obsequiarles.

Viene de París una nueva moda, y en quince días se generaliza.

Basta que un timador se eche en el bolsillo un cartucho de perdigones para que inmediatamente le entreguen por el mismo monedas de buena ley y billetes del Banco. Las compañías dramáticas y líricas, juglares y funámbulos se precipitan sobre Madrid, y para todos hay coronas, y aplausos, y monedas.

Cierto que el menestral apenas come; que los tributos nos agobian y los políticos nos desesperan; que hay muchos hogares sin lumbré y muchos desgraciados sin pan; pero no pasa día en que, por una ú otra causa, no haya bailes y regocijo, música y banquetes...

Y es que, así como debajo del verde musgo que engaña y alegra la vista, se encuentran las negras y pestilentes aguas de la peligrosa acequia, la superficie madrileña es tan brillante que causa miedo profundizar lo que oculta.

LOS PORTEROS

En enero de 1886 decían los periódicos de Madrid:

„Parece que los Jueces de instrucción de Madrid van á celebrar muy en breve una reunión, á fin de acordar que una comisión de dichos funcionarios se acerque al Gobernador civil de la provincia para pedirle que estudie cuanto antes un reglamento encaminado á exigir la debida responsabilidad en el cumplimiento de sus deberes á los porteros, á fin de que la acción de la justicia pueda, en determinados casos, desarrollarse con más prontitud y acierto, y evitar muchas veces que se perpetren los delitos. La constante vigilancia de los porteros en las casas que sirven habrá de evitar en muchas ocasiones criminales actos.”

No es la primera vez que las autoridades pretenden investir á los guardianes de nues-

tras casas de facultades extraordinarias y excepcionales. Recuerdo que hace tres ó cuatro años se intentó también, cayendo en el descrédito antes de plantearse, otra medida que obligaba á los porteros á llevar un registro de los inquilinos, en que constase su método de vida, sus relaciones, el partido en que militaban y el concepto que les merecían.

Esto, aquí donde el portero suele vivir de la munificencia del inquilino, pareció desde luego un absurdo y no llegó á prosperar.

A nadie se le ocultaba, por ejemplo, que los servicios de un portero á un inquilino de dudosa moralidad suelen ser mejor recompensados que los que prestan á cualquier pobre diablo muy honrado, pero falto de recursos.

A nadie se le ocultaba tampoco que era denigrante para los porteros la vigilancia que se les encomendaba, y no faltó quien recordase que esos guardianes de la casa y esos auxiliares de la acción de justicia no suelen acreditar, para obtener su empleo, el haber sido agraciados con el más pequeño de los premios que suelen concederse á la virtud. La historia de la criminalidad registra, por el contrario, muchos casos de porteros que han tenido participación directa en diferentes crímenes que conmovieron á la opinión.

Les concedo, no obstante, que los porteros procedan siempre de buena fe; pero ¿son acaso infalibles en sus apreciaciones? ¿Pueden servir éstas de base para los fallos de las autoridades, ya gubernativas, ya judiciales? ¿No participan de las pasiones del resto de los hombres?

El proyecto de hace tres ó cuatro años fracasó, como queda dicho, y el que hoy se acaricia no parece predestinado á lograr mejor fortuna.

Que vigilen los porteros, me parece perfectamente; pero que se reglamenten sus funciones, que se les convierta en brazos auxiliares de la justicia, que se les exijan determinados servicios, no remunerados ni agradecidos, eso me parece un poco fuerte.

Creo, por lo tanto, que el proyecto no pasará de tal, que se escribirán acaso algunos pliegos de reglamento; pero después todo quedará como está.

Y los porteros son los primeros interesados en que suceda así.

De otra suerte, cuando uno de ellos reciba una gratificación de la dama del segundo, cuyo estado civil se ignora, ó del inquilino del principal, de quien se sospecha que se consagra, en unión de algunos amigos, al noble juego del monte, se entablará un *conflicto entre dos debe-*

res: el que le pone al servicio del inquilino y el que debe llevarle á entablar contra él una denuncia en toda regla.

De igual suerte cuando el pobre inquilino del piso cuarto, cesante en virtud de un arreglo político, deje de retribuir al portero con la acostumbrada propina mensual, es muy posible que éste agrave lo triste de la situación del mismo pasando á las autoridades un volante en que se diga:

“Don N. N., vecino del piso cuarto de esta casa, debe ser un conspirador terrible y un criminal empedernido. Hoy, al salir á la calle, iba diciendo entre dientes: ¿A quien daré el sablazo? Conviene que la autoridad le siga los pasos, que no deben ser muy buenos.”

No: no es esto lo que quieren indudablemente los señores jueces de Madrid.

**

Respecto á las aptitudes del gremio de porteros para la vigilancia de los inquilinos pude convencerme de ellas no ha mucho escuchando desde un balcón el diálogo siguiente entre dos porteras:

—¡Qué tarea, señá Flora!—decía la una.—Desde las once que cierro la puerta hasta la madrugada, no me dejan dormir los vecinos.

—¿Pues se dedican al baile?

—No, señora; pero cada cuarto es un misterio y un belén. El inquilino del principal es un Diputado que ensaya sus discursos con la criada. Anoche mismo la decía:

—Fundámonos en uno; olvidemos nuestras procedencias, y sellemos con un abrazo este momento histórico.

—¿Y ella?

—Ella quería algunas garantías. Después pregunté á mi marido lo que ésto era, y me dijo que una especie de ley que recomendaba *El Globo*.

—Pero ¿hablaban esas cosas á gritos?

—Ellos no; pero yo aguzaba el oído, y váyase lo uno por lo otro.

—¿Y la vecina del segundo?...

—Esa no da escándalo, aunque su casa parece un jubileo; pero como tiene una puerta en la escalera principal y otra en la de servicio, mis chicos, que son el demonio, han hecho una observación muy curiosa. Entra por la primera un Conde viejo, y á los pocos momentos sale por la segunda un estudiante de Farmacia; llega otra señora, y el Conde baja por la escalera de servicio; llega después un Senador, y la inquilina, en vez de hacerle la visita, se asoma al balcón. Por las mañanas sube siempre un mé-

dico para averiguar, sin duda, cómo ha pasado la noche; por la tarde sale ella de paseo y vuelve acompañada, porque tiene muchísimas relaciones en Madrid, y por la noche tiene tertulia, que se prolonga mucho... Alguna vez ha dado buenas propinas á mi marido por haber ido á comprarle unas barajitas.

—¿Y los vecinos del entresuelo?

—En el de la derecha vive un matrimonio muy juicioso y muy devoto. El señor asiste á todos los sermones y la señora á la iglesia en que están las Cuarenta Horas; el señor trabaja todas las noches en un periódico absolutista, y la señora mientras tanto reza el Rosario con un antiguo amigo de la familia. Una criada que se marchó de la casa murmuraba mucho de la devoción de ambos esposos, y hasta aseguraba que una noche tuvo que estrellar un plato sobre la frente del señor por no sé qué atrevimientos; pero, según él, si se hizo un chichón fué por haber perdido el equilibrio en la iglesia al querer besar el suelo.

—¿Y en el otro entresuelo?

—No me hable V., que en él vive un *méndigo atrasao*. (El aludido era un escritor público.)

—Diga V., ¿y en los cuartos terceros?

—Desesperada me tienen. En uno de ellos

vivía un sagastino y en el otro un protegido de Martos; pues bien, como los partidos esos se han unido, las dos familias han despedido uno de los cuartos y se han juntado á vivir en el otro. Esto ocurrió hace quince días, y desde entonces no tengo momento de reposo: un individuo vota, otro jura, las mujeres se arañan después de dos ó tres horas de pelea, los chicos lloran y ruedan la escalera, y no hay día en que el sagastino y el martista no peguen una zurra á sus respectivas mujeres.

—Los del sotabanco serán más tranquilos.

—Uno de ellos es un pintor que suele decirme una porción de cosas agradables. Hoy mismo me aseguraba que había intentado hacer mi caricatura y le había salido mi retrato.

—¿Y en el otro sotabanco?

—El inquilino me tiene con el alma en un puño. ¡Si oyera V. las cosas que dice! Él se propone colgar á todos los caseros de los faroles de sus casas, y guarda los recibos del cuarto para atacar el trabuco el día que se arme la gorda. Ha estado deportado en 1848, fué herido en las barricadas en 1854 y fusilado en 1866, aunque no murió de los balazos... Después estuvo en Alcolea, en los arrastamientos de Alcoy, en el cantón de Cartagena, en Orán, y qué sé yo en cuántas partes más.

—Y ahora ¿qué hace?

—Él se las busca como puede: unas veces se alquila como director de periódicos para ir á la cárcel; otras espera en la calle de Sevilla el paso de sus amigos, y hasta hay quien dice que le ha visto comiendo la sopa en las Escuelas Pías... pero esto no debe ser cierto, porque él maldice de todos los curas y frailes.

—¿No es el que salía hace un momento?

—Sí, cuando yo estaba encendiendo las luces. Por cierto que me dijo: ¡Qué lástima de petróleo! ¡Con lo que contiene esa lata, bien distribuído, podría quemarse una casa!

.....

Una ruidosa murga, que en esto empezó á tocar habaneras y polkas para celebrar la inauguración de una taberna próxima, me impidió escuchar el final del diálogo. Yo me quedé meditando:

El Gobernador izquierdista sabía lo que se pescaba al querer confiar ciertas estadísticas á las porteras, pues éstas, á semejanza de un novelista célebre, cuando no saben la historia... la inventan.

LA MARIBLANCA

Pasaba por la plaza de las Descalzas, y me llamó la atención una cuadrilla de trabajadores desmontando la fuente central, después de numerar cuidadosamente sus piedras.

Acerqueme al que parecía capataz ó guarda de la obra, y le pregunté:

—¿A dónde se traslada el monumento?

—Al depósito, señor.

—¿Al de las aguas del Lozoya?

—No, señor; al depósito del Ayuntamiento. Desde allí, no sabemos á dónde irá.

Involuntariamente recordé los años que estuvieron junto á la ronda de Embajadores las piedras de la característica fuente que hubo en la plaza de Antón Martín, y la progresiva desaparición de dichas piedras, numeradas y todo; y temeroso de que ahora ocurra lo mismo con la fuente que se desmonta, no pude menos de exclamar, suspirando:

—¡Pobre *Mariblanca*!

Después la contemplé breve rato, como á un conocimiento de toda la vida á quien despedimos por la vez postrera, y me alejé de la plaza de las Descalzas, entregado á honda meditación.

¿Era por apego á las glorias artísticas mi anterior exclamación? No, ciertamente; la estatua que coronaba la fuente no brilla por su mérito, y es pálida reproducción ó imitación, poco afortunada, de las muestras que dejó en España el arte francés, traído por Felipe V, primer Monarca de la casa de Borbón. En vano he buscado en la historia de los escultores del siglo XVIII quién pueda haber sido el autor de la citada estatua.

Pero, ¿qué mucho que esto suceda, cuando ni siquiera están de acuerdo los historiadores de Madrid respecto á cuál sea la deidad mitológica representada por el artista? Unos aseguran que es *Venus*, y otros que *Diana*; y mi llorado amigo, el célebre cronista madrileño D. Ramón de Mesonero Romanos, que hizo glorioso el pseudónimo de *El Curioso Parlante*, por un descuido incompensable en tan ilustre literato, dice en uno de sus libros ser *Diana*, y *Venus* en otro. A mi modo de ver, sobre este asunto no puede existir duda, pues el rapa-

zuelo que tiene á su lado la diosa, demuestra que ésta es la del amor.

El pueblo de Madrid, que la vió durante el final del siglo xvii coronando la maciza fuente exagonal de la Puerta del Sol; que en el siglo xviii la vió dominando la fuente churrigueresca labrada por el propio D. Pedro Rivera, y que en vísperas de la mejora y ensanche de la Puerta del Sol presencié su traslado á la plaza de las Descalzas, no aquilató su carácter artístico ni se fijó en la dureza de sus líneas, mayor sin duda que la del material en que se halla labrada, ni quiso investigar por qué causa había una diosa del paganismo, ayer entre cuatro templos, y hoy en la plaza á que dió nombre otro convento: él gustó de la figurilla, la denominó *Mariblanca*, la conceptuó como una joya y trató de perpetuar su fama con alusiones y cantares.

Pero la *Mariblanca* no era ya recuerdo de lo que fué; quitada del sitio más céntrico de Madrid y llevada á otro harto más solitario, apenas era vista actualmente más que por los madrileños que acudían al Monte de Piedad á empeñar la capa ó el reloj... y hay momentos en la vida en que no está el hombre en disposición de admirar las bellas artes.

A la hora en que este artículo se publique,

es posible que la pobre *Mariblanca* haya sido trasladada al depósito municipal; y sin mi espontáneo recuerdo, es más que posible también que nadie hubiera advertido la ausencia de la que fué durante muchísimos años testigo de infinitos sucesos de la vida de Madrid.

Ella presencié impasible el motín contra Esquilache; vió la construcción de la antigua Casa de Correos y hoy Ministerio de la Gobernación; sintió muchas veces que la cubrían de lienzos pintados y de ramajes, con ocasión de toda índole de acontecimientos palatinos; pudo ver en semejantes fiestas los versos que fijaba en la puerta de su tienda el sombrerero-poeta Abrial; considerárase transportada á los tiempos heroicos de la Grecia, presenciando la obstinada, terrible y desigual lucha librada junto á ella en 2 de Mayo de 1808 entre la caballería del ejército imperial francés y los chisperos y manolas de Maravillas y Lavapiés; escuchó más tarde las descargas con que el vencedor inmolaba al vencido; presencié la solemne proclamación del Código político de 1812, y vió pasar, ya en triunfo, ya camino de la muerte, á los numerosos caudillos de nuestras reyertas políticas. La entrada de la Reina Cristina en Madrid, la muerte de Canterac, los infinitos motines y asonadas de nuestra historia contempo-

ránea, tuvieron siempre un mudo testigo en la pobre *Mariblanca*, tan querida de los madrileños.

Yo conocí entre éstos un anciano empleado de Hacienda, que estuvo enamorado de *Mariblanca*; pero enamorado de verdad, y con tales extremos y constancia, que cuando el asfalto arrojó de la Puerta del Sol á la fuente, aquél juró no volver á pisar dicho sitio de Madrid; y en veinte años que el cielo le concedió aún de vida y el Gobierno de paga, el funcionario en cuestión se limitaba á ir desde el Pretil de los Consejos hasta la calle Mayor esquina á la de Procuradores, y casa que se llamó "del Plateron", donde sin duda entre sumas y restas pretendía olvidar á la imagen de la diosa que le hizo aborrecer la Puerta del Sol.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS

Como aquí en Madrid los hechos se repiten periódicamente, tengo que consagrar hoy algunos párrafos á un asunto que más de dos y de tres veces he registrado en mis crónicas: me refiero al hecho de que el industrialismo mortuario llegue en ocasiones á turbar los últimos momentos de un moribundo ó por lo menos á agravar el dolor de las familias.

No basta que en muchas calles céntricas se ostenten en escaparates y portadas objetos mortuarios: era preciso que las empresas fúnebres se anunciasen con la remisión directa de prospectos, ofreciendo sus tristes servicios.

Tal vez, profundizando el origen de este mal, tropezáramos con que la vanidad de los vivos tiene mayor culpa que el afán de lucro de los especuladores, y de seguro que no habría los comercios aludidos de ataúdes de lujo

si el orgullo no hubiera levantado en los cementerios suntuosos mausoleos á los que dejaron riquezas para ello.

De todas maneras, esa guerra de funerarias y ese reparto de prospectos merecen severa condenación. Porque debe ser poco halagüeño eso de estarse muriendo y oír que llaman á la puerta.

—¿Quién es?—pregunta el enfermo, que espera acaso el auxilio de la ciencia ó el consuelo dé la religión.

Y la criada, que no suele reflexionar á diario, contesta de seguida:

—Pues uno del comercio fúnebre de la esquina, que viene á ofrecer sus cajas con un 25 por 100 de rebaja sobre los precios de los demás comercios.

Vuelta á sonar la campanilla y vuelta á preguntarse y responderse:

—¿Quién llama ahora?

—El encargado de anuncios del periódico *El Necrólogo*, que dice si puede poner la papeleta de usted para la edición de provincias.

Poco después entra un hombre con ademanes descompuestos y gritando:

—¡Esto es una estafa! El Sr. Pérez se ha inscrito en nuestra Sociedad de seguros sobre la vida cuando ya estaba enfermo, y no ha paga-

do más que una cuota trimestral... ¡Esto es un miserable engaño!

—Pero observe...

—Calle usted, señora... Pero yo le aseguro que no quedará así... Si el enfermo se muere, habrá pleito ó entablaré querrela criminal contra los herederos... ¡arderá la casa!

El pobre enfermo siente en tales momentos más que nunca el no gozar salud, para coger una tranca y despedir á las importunas visitas. Pero como no puede moverse, se resigna á seguir sufriendo.

Después le anuncian la llegada de un amigo de la infancia, célebre doctor, y el doliente cobra esperanzas. El doctor habla cariñosamente al enfermo, le pulsa, le ausculta al pecho y después entra de lleno en el asunto:

—Amigo mío—le dice,—tu situación es desesperada; pero yo he descubierto un sistema perfecto de insensibilizar al hombre. Mediante una leve operación, análoga al embalsamamiento, puede hacer que vivas uno, dos ó más años; pero frío, inerte, sin sentir nada, muerto para todos aunque no para la ciencia.

—Y después...

—Después, trataré de inventar otro procedimiento para restituirte la sensibilidad y volverte á la vida. Los experimentos que vengo

haciendo en perros y gatos me permiten sospechar que sobre la naturaleza humana obrarán mejor que sobre ellos mis reactivas.

A la visita del inventor, sucede la de una comisión de una Academia científica.

—Sr. Pérez—dice el que lleva la palabra,—usted debe saber que las Cortes han autorizado la cremación de los cadáveres, si bien con ciertas restricciones. Pues bien, nuestra docta Corporación espera de su bondad que aumente una cláusula en su testamento, pidiendo que su cuerpo sea reducido á cenizas... Qué honor para usted si logramos que inicie con su cuerpo la era de la cremación práctica!

Y el enfermo, víctima de tantas emociones, sólo tiene alientos para llamar á su esposa y decirle suplicante:

—Hija mía, en nombre de nuestro amor y de nuestra pasada ventura, coge mi revólver y pégame un tiro.

Afortunadamente para el enfermo, el sonido de otra campanilla se escucha á lo lejos... ¡El mercantilismo, la pasión y el progreso se alejan de su lecho, y Dios se acerca á visitarle!

LA CASA DEL POBRE

Los relojes de las torres han dejado oír las últimas campanadas de las doce de la noche, invisible línea divisoria entre dos fechas y momento preciso en que termina su reinado y pasa á la historia la hoja del almanaque de pared, compensando lo que de vida nos arranca con el chascarrillo ó la charada que nos ofrece á la vuelta; los teatros arrojan á la calle á "los morenos" que han concurrido á sus funciones y presenciado los desplantes de los actores trágicos y las contorsiones y cabriolas de los cómicos; los cafés reciben su acostumbrado contingente y preparan sus centenares de jícaras del maravilloso chocolate en que para nada han intervenido la canela ni el cacao; en los templos en que se rinde culto al género flamenco se dan los artistas sus penúltimas pataditas acompañadas de los penúltimos *jipíos*; las tabernas cierran sus puertas, obedientes á los preceptos de

la autoridad gubernativa, sin perjuicio de abrirlas después á otros parroquianos, conforme vayan llegando, y dejando desde luego dentro á varios de sus habituales consumidores; y el ruido fatigoso que producen rodando numerosos carruajes, acaba de demostrar que Madrid es un pueblo rico, prodigiosamente rico, en el que á sus felices habitantes no faltan comodidades de ninguna clase. Las llamadas al sereno, el abrir y cerrar de puertas, los aldabonazos dados á las casas del antiguo régimen, signos son evidentes de que los madrileños se retiran á sus domicilios, para entregarse al descanso reparador de las fatigas originadas, en escasa proporción, por el trabajo, y en mucha por los placeres.

Y á fe que los habitantes de la invicta y coronada villa proceden muy acertadamente, pues con independencia de lo que puedan decir astrónomos y almanaques, el frío intenso de la madrugada penetra los huesos, y no hay abrigo de pieles, capa española ni plebeya bufanda que basten á combatir sus peligrosos efectos. Para algo tenemos casas, y casas perfectamente acondicionadas, con recias y lujosas cortinas, *chouberskis* y caloríferos de gas, tupidas alfombras y todo cuanto puede contribuir á caldear la atmósfera interior, después de aco-

modar las junturas de las dobles vidrieras y de adicionarlas, como colmo de precaución, con buenos burletes.

Dentro de un rato sólo quedarán por las calles, apisonándolas al natural, como preservativo contra sabañones, y envueltos, ó más bien enfundados en sus capotes, los vigilantes de la autoridad y los individuos del benémerito Cuerpo de serenos, guardianes celosos de nuestro sueño y de nuestras fortunas. Los transeúntes serán escasísimos, porque el frío arrecia, la escarcha hace en extremo peligroso el piso por las piedras y doblemente por los registros de hierro que nos comunican con ese mundo subterráneo en que se cruzan corrientes de agua, de gas y de electricidad; por eso podrán verse únicamente el jugador que se retira de su partida, el amante que acude á donde su pasión le llama y los escasos trabajadores con que cuentan las industrias nocturnas.

Mas ¡ah! que no todos los madrileños tienen habitación que les brinde con su abrigo.

En muchas calles retiradas, y aun en bastantes céntricas, en el quicio que forman las puertas de las casas, ó entre los materiales de algunas obras, vense, entumecidos por el frío, amoratados, sin apenas ropa que pueda cubrir sus desnudeces, abandonados, solos, tan distan-

tes de todo bien como de toda esperanza, numerosos muchachuelos, de poquísimos años muchos, que llevan en sí mismos su misterioso y oscuro origen, espuma acaso de la orgía social, residuos tal vez del crimen, que caminan entre abrojos y oscuridades, sin cariñosa ni compasiva mano que los guíe, preservándoles de las horribles asperezas de la adversidad.

Esos desgraciados no se quejan, no lloran, no rezan, porque nadie les ha enseñado, porque acaso fué una blasfemia su primera oración, y acomodados estoicamente con su abandono, se arrojan al suelo allí donde el cansancio les rinde, sin una esperanza que les aliente, ni un grato recuerdo que les adormezca.

La casa del pobre no tiene alfombras ni caloríferos, cristalerías ni burletes: fórmala un hueco de medio pie, al aire libre, sin techo que le defienda de la nieve ni de la escarcha... únicas mantas que suelen cubrir su aterido cuerpo.

Ante semejante espectáculo, de ahora y de siempre, los gobernantes en primer término y todos los hombres honrados después, deberían sentir hondos remordimientos, pues ni los unos ni los otros cumplen la misión humana á que están llamados. La caridad y la beneficencia han tenido grandes desarrollos en esta época,

y ya tenemos, aunque malamente traducidos de otros países, algunos refugios; pero la humanidad no habrá cumplido su deber en tanto no vaya recogiendo uno por uno á esos infelices muchachuelos que, tiritando en estas noches de invierno, se acurrucan en los quicios de las puertas.

¿Eres desgraciado?—debe decirles,—levántate, que la caridad te recoge.

¿Eres solo? Anímate, que la sociedad vela por tí.

¿Eres acaso un malvado? La casa correccional, creada por el legislador, te reclama.

Todo menos dejarte á la intemperie en crudísima noche de Diciembre; todo menos ser cómplice de tu abandono; todo menos permitir que, en plena civilización, puedan infelices niños perecer de hambre y de frío en esa casa inmensa que se llama la vía pública.

Que el calor de la caridad cristiana acuda en auxilio de los niños sin hogar, y así se evitará al Juez de guardia la penosa y frecuente obligación de levantar los cadáveres de los que mueren de hambre y de frío.

LOS POBRES

VARIEDADES DE LA CLASE

A pesar de las órdenes de la autoridad gubernativa para que sean recogidos los pobres, que habían hecho imposible el tránsito por las calles, todavía son tantos los que han logrado burlar la vigilancia de los agentes, que estamos próximamente como estábamos.

No es, pues, inoportuno señalar las variedades de la gran familia que se consagra á vivir á costa de las demás, en esta población donde tantas pobrezaas se ocultan y tantos dolores se recluyen en las tristes soledades del hogar.

Pobres que lloran. Suelen ser distinguidísimos actores en las artes de imitación y llegan hasta derramar lágrimas verdaderas, como prueba de un dolor convencional. Nos salen al paso, nos acompañan y nos siguen, metiéndolo-

nos el alma en un puño, y cuando nos vemos en la necesidad de negarles su petición, algunos se alejan para seguir llorando á otros de los transeúntes, y otros pasan á diferente categoría: la de los

Pobres que amenazan. Son ya en muy crecido número, y aunque todavía no han llegado, que yo sepa, á imitar al mendigo del *Gil Blas*, acompañando á sus palabras la elocuencia de un arma, á todo se llegará. Hasta hoy se suelen limitar á prorrumpir en improperios, hacer *votos* porque llegue un día en que se encuentre al transeúnte en lugar solitario, y, lo que es más frecuente, asustar á las señoras que llevan niños, lanzando maldiciones sobre las tiernas criaturas.

Los pobres que están desnuditos. Pertenecen á uno y otro sexo y son bien conocidos. Personas caritativas los han provisto de ropas de abrigo y á las veinticuatro horas han vuelto á encontrarles nuevamente "desnuditos." Se conoce que produce la especialidad de la desnudez en estas épocas de grandes fríos.

Los pobres lisiados. Prosiguen saliéndonos al encuentro y poniéndonos junto al vientre los fragmentos de su pierna ausente ó metiéndonos por los ojos y obligándonos á besar como una reliquia la mano mutilada ó el brazo seco.

Los pobres que agarran. Una variedad de los que no fian mucho en su elocuencia. Hasta ahora nos cogen por el brazo, haciéndonos que nos paremos. Con el tiempo nos agarrarán por el cuello ó nos echarán la zancadilla para obligarnos á parar y á que nos fijemos en la necesidad que alegan.

Hay otras muchas variedades; pero las citadas son las que constituyen verdadera actualidad en Madrid. Tal vez no fuera descaminado incluir á los pobres que ejercitan la mendicidad á la sombra de una industria, como la reventa de fósforos ó de periódicos; pero este examen me llevaría demasiado lejos, porque con el mismo derecho pedirían ser incluidos en la galería los sablacistas de todas las gerarquías, las busconas y otras mil y mil especialidades madrileñas que pueden reirse á su sabor de la divina sentencia lanzada en el Paraíso para que el hombre gane el pan con el sudor de su frente.

Así como la verdadera caridad rechaza las llagas postizas y las epilepsias fingidas, la propia conservación rechaza la limosna, que adopta la forma de sablazo.

—Vengo á dar á usted una prueba de amistad—me decía no ha mucho un caballero bien portado, fumando un grueso cigarro y que se había hecho introducir en la sala de mi casa.

Habiendo salido de casa sin dinero y teniendo que pagar el consumo que han hecho en el café unas señoras amigas, espero que me facilitará usted un duro.

—No tendría inconveniente si le conociera á usted siquiera de nombre... Pero de todas maneras se ha equivocado, porque empezó diciendo que iba á *dar*, cuando venía precisamente á pedir.

Y es que, para acudir á la caridad ajena en remedio del mal propio sólo hay una fórmula: la que pone por intermediario un recuerdo superior al hombre para hacer fraternales las relaciones del pobre y el rico. Esa fórmula es la que emplea el verdadero necesitado cuando pide que se le atienda *por el amor de Dios*.

LOS SUICIDAS

Los guardias corren, los transeúntes se agolpan en un estrecho círculo, repítense de boca en boca los más extraños comentarios, y al poco rato es llevado al Juzgado de guardia un joven pálido, harapiento y desesperado.

¿Que ha ocurrido?

La diaria escena: que aquel joven ha intentado escalar la débil valla del Viaducto de la calle de Segovia, para buscar en el empedrado de ésta la muerte por que suspira.

¿Qué pasa ahora entre dos guardias y un joven en la Castellana? ¿Es una reyerta?

No, señores; es que uno de los guardias ha arrebatado á aquel infeliz una pistola que dirigía sobre su frente.

Otras veces los guardias del Viaducto no llegan á tiempo, y el Juzgado de guardia necesita levantar un cadáver; otra, son inútiles los esfuerzos de la ciencia para evitar la muerte de la muchacha desesperada que ha recurrido al

veneno por unos amores imposibles: la carencia de recursos, las falsas ideas del honor, el aca-loramamiento, hasta la embriaguez, son factores que diariamente influyen para aumentar guarismos y guarismos á la estadística del suicidio.

Esto es ya una epidemia, una verdadera liquidación en que se derrochan las existencias.

—¿Cuáles serán los suicidios de hoy?— nos preguntamos por las noches al comprar *La Correspondencia*. —Y apenas comenzada su lectura, tropezamos con la contestación.

Jóvenes de diez y ocho años que se quitan la vida por estar ya *cansados* de ella.

Ancianos de ochenta años que hacen lo propio por la impaciencia de lograr el anhelado descanso.

La versión explicatoria de muchos suicidios se conserva estereotipada en las imprentas de los periódicos. Según ella, D. N.... estaba examinando una pistola, y disparándose ésta, le dejó muerto en el acto.

Otras veces los suicidas, buscando notoriedad, acuden á los procedimientos más extraños, y uno se abre el pecho con una aguja de colchonero, otro se cuelga de un lazo corredizo puesto en el remate de un poste telegráfico, y alguno se fuma seguidamente media docena de cigarros de la Compañía Arrendataria.

El afán suicida de los madrileños ha llegado á sus últimos límites, y son ya muchos los filántropos que en cuanto ven á un individuo abrir una navaja, se arrojan sobre él y piden auxilio, sin tener en cuenta que el poseedor de aquel arma tiene á su lado un magnífico melón, cuya cala y cata pretende hacer.

Ya no se venden polvos insecticidas sin una información de vecinos honrados, ni hay ciudadano que se acerque á un tranvía sin que el conductor, receloso, dé vuelta al torno, por si aquél pretende lanzarse sobre la vía.

— Dame dos pliegos de papel y dos sobres— me dice hoy entrando en casa un antiguo amigo:— tengo que escribir á mi familia y á un juez.

— Juan, tú tratas de matarte, y yo no puedo, no quiero ser cómplice de tu locura.

— ¡Qué disparate! Escribo al juez mandándole el suelto de un libro que le interesa, y á mi familia pidiéndole quince duros para un terno.

— Y traes una pistola en el bolsillo...; desde fuera se ve el bulto.

— ¡Si es la llave de casa, hombre de Dios!

— En fin, toma el papel, que yo me lavo las manos.

— Es muy loable y muy limpia costumbre.

—Y ahora, júrame.....

—Sí, te juro que otra vez me entraré á escribir en un café, antes que escuchar tus maniáticos temores.

* * *

Desde que hay personas que se matan "por gusto", según propia declaración de una de ellas, y no muy remota, es punto menos que imposible privarles de la satisfacción que se tratan de proporcionar.

Pero yo les diría siquiera:

—Vais á mataros... perfectamente... No discutís el derecho que invocáis para hacerlo, ni trato de disuadiros. Pero, ¿no os parece que es ya una vulgaridad eso de agujerearos la piel, saltaros la tapa de los sesos ó haceros una tortilla sobre el empedrado? Hay muchos géneros de muerte más gloriosos.

¿Queréis morir abrasados? Pues aguardad á que surja un incendio; penetrad en las habitaciones que las llamas lamen, salvad la vida á alguna criatura, y, cuando la hayáis dejado en seguro, volved al incendio simulando que buscáis nuevos seres, y morid allí.

¿Queréis ahogaros? Pues lanzaos al río cuando veáis á un semejante próximo á perecer en él, conducidle hasta la orilla, y cuando tengáis

la evidencia de que se ha salvado, sumergíos en el fondo y moriréis glorificados.

Ya sé lo que vais á objetar.... que no siempre se encuentran personas que están ahogándose en el río ó abrasándose en el fuego..... Pues bien, yo os proporcionaré nuevos procedimientos para quitaros de enmedio.

Todos los años veis numerosas familias desoladas y llorosas por haberle correspondido á un muchacho el servicio de las armas y tener que prestarlo en Cuba, donde las enfermedades, cuando no los enemigos, acechan á los peninsulares para postrarles. Devolved á esa familia el hijo por quien llora, reemplazadle en el servicio, y, ya que morir es vuestro deseo, morid al menos como honrados á la sombra veneranda de nuestra gloriosa bandera.

¿Queréis otro medio?..... Entrad en los hospitales; solicitad la investidura de enfermeros; buscad con preferencia las salas en que sufren los acometidos por enfermedades contagiosas, y sed los confidentes y amigos del moribundo. Este procedimiento no ofrece ninguna lentitud..... ¡Mueren tantas Hermanas de la Caridad que no están desesperadas!

Otros muchos sistemas podría indicaros; pero no os quiero privar del placer de la iniciativa, ni cansaros más. Cuando vayáis á mataros,

abrazad á vuestros hijos, si sois padres, y pedid inspiración á Dios; y, si sois huérfanos, acudid al cementerio, arrodillaos junto al sepulcro de vuestra madre, orad, si aún conservais alguna creencia, ó meditaad en caso contrario, y cuando, con la vista nublada por el llanto, y el corazón estallando de dolor, salgáis del fúnebre recinto, aceptad el medio que juzguéis preferible para entrar de nuevo, no allí donde la cruz protege el sueño de los que fueron, sino donde el eterno olvido sigue fatalmente á la momentánea desesperación.

INDUSTRIAS MENUDAS

¡El ratón y el gato! ¡Juguete muy bonito para los niños!

—¡La pelota mecánica!

—¡Corbatas y bastones!

—¡Botonaduras, llaveros y palillos para la dentadura!

—¡El pantógrafo, para copiar cuadros y retratos, sin saber dibujar!

—¡El guardián de la casa, de raza de Terranova!

—¡Cinco periódicos distintos por cinco céntimos!

—¡*El Herald de Madrid, El Blanco y Negro* y el *Madrid Cómic*!

—¡Almanaques americanos!

—¡Cuentos y chistes de D. Francisco de Quevedo!

—¡El crimen de Oropesa, en que un malvado

asesina á una madre y sus cinco hijos!... ¡Risa para todo el día!

.....

Respetemos, en nombre de la ciencia económica, de la moral y de la conciencia, semejantes pregones, que son representación y fórmula de algo más grande y más digno de lo que generalmente se supone. No imitemos al Municipio madrileño que, escuchando sus gritos, sólo pensó en que pudieran ser materia tributaria, y les asignó una tarifa completamente caprichosa é injusta, y muy superior, sin género de duda, á las que pagan comerciantes é industriales de tienda abierta, fábricas en función, derechos políticos y aptitud para los cargos administrativos del Municipio y de la provincia.

Esos industriales que nos salen al paso, que tal vez nos lo dificulten, que nos ensordecen con sus gritos y sus ofertas, realizan mucho mejor que otros comerciantes en mayor escala los fines que les asigna la ciencia. Nadie como ellos aproxima el producto al consumidor; nadie facilita como ellos los tratos y las transacciones; nadie abastece el mercado en mejores condiciones.

Esos perrillos de astrakán con tubos de goma para hacerles mover, han ocupado no pocos días á muchas familias pobres, y el producto de

su venta encenderá el hogar de bastantes casas pobres; esos paquetitos de palillos para la dentadura son el refugio de otra familia obrera, imposibilitada de realizar mayores trabajos; esos vendedores de periódicos, no sólo son auxiliares poderosísimos de las empresas y concurren á difundir enseñanzas entre todas las clases sociales, sino que realizan un beneficio positivo, aunque exiguo, y llevan relativo bienestar al seno de sus familias; detrás de ese industrial que bota la pelota automática, ó nos ofrece el ratón y el gato, ó quiero vendernos el pantógrafo para trazar cuadros y retratos sin saber dibujar, lo hace para dar alimento y abrigo, acaso educación profesional á sus hijos; y el que nos ensordece, queriendo facilitarnos con diez céntimos de libros clásicos «risa para todo el día», ó por un real una biblioteca entera «que el papel vale más», espera la recaudación del día para llevar alimentos ó medicinas á los individuos de su familia necesitados ó enfermos.

Los industriales del arroyo son los primeros auxiliares de toda empresa naciente; dan á conocer el periódico recién nacido, el invento llamado á mayores éxitos, el comercio que se inaugura, la industria que se promueve; y cuando el arruinado comerciante ó el industrial quebrado quieren dar salida al resto de sus exis-

tencias, los mismos industriales se encargan de facilitar su liquidación, haciendo por sí lo que la industria que se inicia ó que muere no pueden hacer.

Respetemos, pues, á los que, en grandes cestos y á real la pieza, nos ofrecen acabado modelo del comercio universal; no exageremos nuestra queja si acaso, abusando un poco de las licencias municipales, nos obligan á echarnos por el arroyo, mientras ellos ocupan la acera, y consideremos que detrás de ese mundo madrileño que pregona, reparte prospectos ó se convierte en anunciadora ambulante, existen numerosas familias que á la sombra de tales industrias alientan y viven más ó menos desahogadamente.

Las industrias menudas constituyen un honrado trabajo, digno de todo respeto, y los que á ellas se consagran son merecedores de las mayores benevolencias. El Ayuntamiento les ha hecho contribuyentes, asignándoles las primeras cuotas, aunque hay muchos días en el año que sólo pueden salir á la calle el tiempo estrictamente necesario para satisfacer la contribución; el Estado les ha obligado, ó les obligará, á satisfacer el tributo de sangre á la patria; los mismos que utilizan sus buenos servicios abusan, en ocasiones, de los que ejercen su indus-

tria con el relativo *confort* que ofrece el clima de Madrid á quien vive á los cuatro vientos, mal vestido y peor alimentado, aturdiendo al transeúnte con los gritos de:

—¡La sortija eléctrica para curar todas las enfermedades!

—¡La pelota mecánica!... ¡Bonita diversión para los niños!

—¡A veinte céntimos novelas de Pereda y Galdós! ¡A diez céntimos los poemas de Campoamor! ¡Por cinco céntimos diez números distintos del periódico *El Arte*... para acreditarle! ¡El papel vale más!

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	5
Una superstición.....	7
Esperando á los Reyes.....	11
San Antón.....	15
Bailes públicos.....	19
Comercio de almanaques.....	25
Carnaval. (El bando previo.—Las fiestas.—Miér- coles de Ceniza.—Después del Carnaval.).....	31
San José.....	41
La primavera.....	47
Semana Santa.....	51
Un aniversario.....	60
Elecciones municipales. (Preparativos.—Lo de siempre.—Reflexiones de un elector.).....	65
Corrida de Beneficencia.....	77
¡Pobres perros!.....	81
San Isidro labrador. (Preparativos.—Aprove- chando el tiempo.—La romería.).....	85
San Desestero.....	97
Gimnasia.....	101
Presupuestos.....	106
Exámenes.....	114
El verano. (Los que se van.—Los que se quedan. Baños del Manzanares.).....	117

	<u>Págs.</u>
Verbenas de calle.....	129
Cédulas personales.....	134
A cuarenta grados.....	137
Tertulias de calle.....	141
Preparativos teatrales.....	145
Las ferias.....	149
Los que vuelven.....	153
Principio de curso.....	157
Anuncios de frío.....	162
Conmemoración de los difuntos.....	168
La fiesta de San Eugenio.....	174
Padrón de vecinos.....	178
Preparativos de Pascua.....	182
El premio gordo.....	186
Nochebuena.....	193
Fin del pavo.....	201
El pavo del pobre.....	204
Poetas de diciembre.....	208
Los amigos de lo ajeno. (Caracteres madrileños. El timo y el entierro.—Algo en serio.).....	215
Politicomanía. (La atmósfera de Madrid.—Política á domicilio.—La taberna como elemento político.—Vida parlamentaria y política veraniega.—Mercado político.).....	225
Los del comité.....	242
La ópera política.....	249
Servicio de incendios.....	256
Ordenanzas municipales.....	260
Información municipal.....	264
Museo municipal.....	268
Carreras de caballos.....	272
El Saladero.....	276

	<u>Págs.</u>
La voz del viaducto.....	280
Los lectores de <i>La Correspondencia</i>	284
Fiestas reales.....	289
Majas, manolas y chulas.....	305
Sucesos menudos.....	310
Noticierismo. (Reporters españoles y extranjeros. Noticias anticipadas y noticias falsas.).....	314
Días de alarma. (Motín de estudiantes.—Motines de mujeres.).....	323
Circo de Paul.....	332
Nombres de las calles.....	339
Cambios de fortuna.....	342
Madrid nocturno.....	346
Lo que pagan los madrileños.....	351
Problemas de Madrid.....	355
Los porteros.....	361
La Mariblanca.....	369
Los últimos momentos.....	374
La casa del pobre.....	378
Los pobres: variedades de la clase.....	383
Los suicidas.....	387
Industrias menudas.....	393

